

# LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 14.

NUM. 159

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSE DE LAZARO**

—————  
**MARZO, 1902**  
—————

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

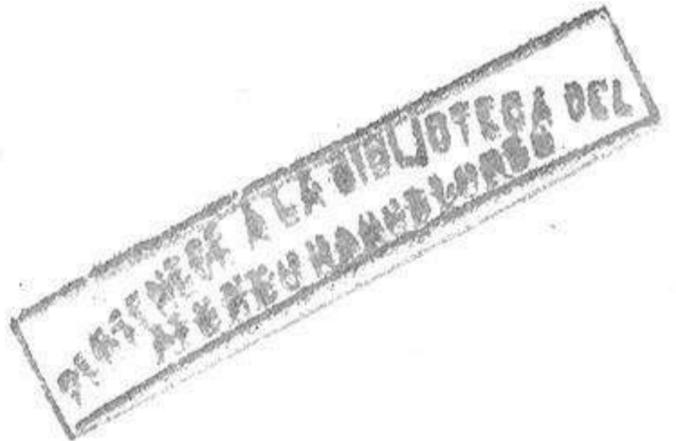
*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# HIGH-LIFE

NOVELA

(CONTINUACIÓN)



V

La Princesa Hohenberg y la Condesa de Thunen se encontraban en París desde hacía ocho días. El Príncipe Hohenberg las había acompañado, pero había regresado inmediatamente á Austria, en donde, según él, le reclamaban con urgencia los asuntos parlamentarios. Experimentaba un vago temor de que la nave política derivase hacia las aguas liberales.

—El puesto de nosotros los conservadores, declaró en una comida en la Embajada de Austria, nuestro puesto nos ha sido confiado para una misión sagrada. Somos los centinelas del Estado y del orden social. Hay que estar dispuestos siempre á dar el «¡Quién vive!» y á presentar la punta de las bayonetas al partido radical. Mi deber me llama á Viena; toda palabra que no pronuncie en defensa de nuestra causa amenazada, es una falta para mi conciencia. Además, no me gusta nada en París. Estamos aquí entre compatriotas, y puedo confesar que estas corrientes demagógicas me repugnan profundamente... La ciudad es admirable, convengo en ello; pero una vez que el extranjero ha visitado los monumentos y visto los teatros, ha agotado todos los placeres parisienses... Odio á esta banda de aventureros que llevan los principios más perniciosos

á los círculos oficiales. La única fracción escogida de la sociedad, la nobleza legitimista, se ha confinado en el *Faubourg*, y sus ideas—que son también las nuestras—pasan por antiguallas y no ejercen influencia alguna en los acontecimientos políticos. Así, pues, tengo prisa por salir de París... Todos estos decretos de expulsión de sacerdotes y príncipes me exasperan... Mi mujer y mi cuñada se quedarán todavía, les divierte visitar los almacenes y los teatros; á mí me reclaman asuntos más importantes: la cuestión escolar...

El Príncipe Hohenberg marchó, pues. El duque Emilio, que se encontraba en París, se ofreció á las señoras para servirles de caballero y de protector en caso de necesidad. Las dos hermanas se alojaban en el Gran Hotel, con su servidumbre, compuesta de una aya inglesa (la Princesa había llevado á la niña), tres doncellas y dos ayudas de cámara; además, un hombre de confianza de la casa Hohenberg asumía cerca de las viajeras las funciones de secretario, de intendente y de correo. Efectuaba los pagos, hacía los recados, tomaba los carruajes, los palcos de teatro, etc. Había elegido unas magníficas habitaciones en el primer piso, que daban sobre el *boulevard*, y Cari é Isi se complacían en ponerse al balcón para mirar la animación de la multitud, sin ser reconocidas. En Viena no podían dar un paso por la calle, sin que todos los tenderos, cuando no todos los transeuntes, murmurasen, dándose con el codo: «Esa es la Princesa Hohenberg, ó la Condesa de Thunen.» En París pasaban inadvertidas y recorrían á pie los almacenes y las tiendas con infantil alegría, constantemente en movimiento, tomando el aire, gozando de su libertad.

A eso de las cinco de la tarde, el carruaje de las dos hermanas se hallaba estacionado ante un hotelito de la calle de Presbourg, habitado por la señora de Orsakoff, una gran dama rusa con quien la Princesa se había encontrado recientemente en la Embajada de Rusia. «El martes recibo», había dicho la señora de Orsakoff, y como su amabilidad encantó á Isi y á Cari, habían ido á visitarla.

La dueña de la casa las acogió con demostraciones de alegría:

—Son ustedes amabilísimas... Estoy encantada de verlas en mi casa... Desde que las conocí no pienso más que en ustedes, me han comprendido... Permítanme ustedes que les presente á la Marquesa Adela de Marcy, una de nuestras reinas parisienses... Es de lamentar, señoras, que hayan venido ustedes con la estación tan adelantada; dentro de una semana París quedará desierto, todo el mundo marchará á los baños de mar...

—Esa es también nuestra intención. Pensamos ir á Trouville.

—¡Ah!, tanto mejor. Nos veremos allí—dijo la señora de Marcy.—Hay que hacer que nuestra amiga la señora de Orsakoff renuncie á sus proyectos cosacos y se una á nosotras.

—¡Ah! ¡bien lo quisiera! ¿Cree usted que voy por gusto á las estepas? Necesito vigilar mis propiedades; mis Intendentes me roban como en un bosque, y me hace mucha falta el dinero. ¡Es espantoso lo que devora este París! Su ciudad es un paraíso, Adela; pero un paraíso ruinoso... ¡El traje más modesto cuesta mil francos y no se puede llevar un sombrero de cinco luises!

La conversación había recaído en asuntos de tocador, terreno fértil como pocos. La Orsakoff y, sobre todo, Adela de Marcy hablaban de aquello con una gravedad, un fuego sagrado, con un fervor tal, que se hubiera creído que el tocador era una divinidad y su culto un sacerdocio.

Por lo demás, la persona de la Marquesa parecía entregada por completo á semejante religión. Era una mujer de unos treinta y dos años, de regular estatura, delgada, de facciones que acusaban cansancio, pálida; pero la gracia de sus movimientos, la elegancia de sus modales, lo fino de su sonrisa le prestaban un encanto particular, muy picante; una verdadera mundana, coqueta, nerviosa, frívola.

Adela era viuda. Su marido, el Marqués de Marcy, un gentilhomme gastado y arruinado que deseaba dorar sus blaso-

nes, se casó con ella siendo ésta muy joven, al salir del colegio, cuando se llamaba Adela Durand, hija de un rico industrial que le entregaba siete millones de dote. Esta unión fue tan feliz como debía esperarse. El estaba satisfecho de la fortuna, ella de haber adquirido un título. Tuvieron una niña, que dió ocasión á una canastilla en la que abundaban los encajes, y á un bautizo en el que ofició el Arzobispo de París. El Marqués murió pocos años después; proporcionó también un alarde de blasones y trajes de luto cuyos crespones sentaban admirablemente á la viudita.

Al año siguiente, la Marquesa reanudó su existencia disipada. Su hotel era uno de los mejores de París, y sus tocados se describían en todas las crónicas de la moda. Los trenes, las libreas, el mobiliario, eran de una corrección perfecta. Sus salones estaban abiertos al mundo oficial, y sobre todo á la colonia extranjera; no faltaba á una recepción del Elíseo ó de las Embajadas, y todos los Príncipes de paso acudían á su casa. Adela de Marcy no quería volverse á casar, gustaba de su libertad; sabía lo que costaba el casarse por sus millones y no quería hacer una nueva experiencia. ¿Tuvo alguna debilidad? ¿Dió alguna vez, ó prestó, su corazón? Nadie lo sabía y á nadie le importaba: su mesa era buena, su trato afable; esto bastaba para protegerla contra la maledicencia.

Más se hablaba de las aventuras de la Orsakoff, viuda y rica como su amiga, es decir, independiente en absoluto. Todos los rusos que residían en París ó pasaban una temporada, frecuentaban los salones de la dama; ésta era muy bien quista en la corte de San Petersburgo, y no hacía mucho, un gran Duque y su mujer habían comido con ella. Edad: frizando la cuarentena. Belleza: ninguna, pero mucho atractivo.

La conversación de las cuatro mujeres continuó mucho tiempo sobre el tema «modas». Las dos austriacas se contentaban con escuchar é interrogar, porque se sentían enfrente de fuerzas superiores, como un aficionado ante un artista célebre. Se despidieron al cabo de un cuarto de hora.

—No olviden ustedes que recibo los miércoles—dijo la Marquesa de Marcy estrechándoles la mano.

El duque Emilio, que había sido instituido por el Príncipe Hohenberg en protector y *factotum* de las señoras, había tomado para aquella misma noche un palco en la *Renaissance*.

Luego que Isi y Cari dejaron el salón de la Orsakoff, se hicieron conducir al Bosque y volvieron al hotel hacia las siete. El Duque las estaba ya esperando.

—¡Ah! Es usted muy amable en haber venido—exclamó Cari.—¿Vendrá usted á que le demos de comer?

—Al contrario... Quería proponerlas el ir á un *restaurant* á fin de librarse de la vulgar comida del hotel, siempre la misma.

—No sé, verdaderamente, si...—dijo vacilando la Princesa.

—Sí, sí—exclamó Isi con alegría,— es una excelente idea.

—No, no quiero—replicó Cari después de haberlo pensado,—podríamos ser reconocidas.

—¿Pero cree usted —objetó el Duque — que pretenda conducir las á un lugar sospechoso y mostrarme indigno de la misión que su marido de usted me ha confiado? Mi proposición es muy natural y no ofrece ningún peligro. Todos los extranjeros comen en el *restaurant*. Tan poco comprometedor es ser visto en esos lugares como en el teatro. Ultimamente hice lo que propongo con el Duque y la Duquesa de Alvarez...

—¡Ah! un marido y su mujer es diferente. Nuestros maridos no están aquí...

—Pero con un Mentor como yo, un anciano de cabellos blancos...

—No tan Mentor...

—No tan blancos... Tus escrúpulos son exagerados, Cari—dijo Isi.

—¿Irían al *restaurant* la gran Duquesa de Rusia ó la Princesa de Gales?

—No—confesó el Duque.

—Entonces tampoco irá la Princesa Hohenberg. — Y to-

cando un timbre, añadió, dirigiéndose al ayuda de cámara:— que sirvan y pongan un cubierto más.

—Me someto á sus voluntades, mi altiva soberana — dijo el Duque.

—Una soberana muy fastidiosa — murmuró Isi. — Me hubiera encantado ceder. No sé, pero el aire que respiro aquí me embriaga y me dispone á las locuras...

La puerta del comedor se abrió: «La señora Princesa está servida», anunció el *maître* de hotel.

—El brazo, Duque.

—Vamos — dijo Cari luego que se hubieron sentado á la mesa, —¿no se está más convenientemente aquí que en un *restaurant* en donde cualquier persona puede comer cerca de una?

—No se trataba de conveniencias—replicó Isi.

—La Condesa tiene razón.

—Se trataba — añadió aquella — de divertirse; nada más que para eso estamos aquí.

—¡Ay! — exclamó el Duque suspirando. — París ya no me parece el mismo; tal vez me encuentre yo envejecido, quizás haya yo cambiado...

—Entonces, ¿para qué ha venido usted?

—Sin duda por motivos... *rubios*—dijo la incorregible Isi. Cari permaneció impasible.

—Ciertamente, Condesa. Por lo demás, París es un centro que atrae á todos los viajeros cosmopolitas, y esta fuerza de atracción es irresistible. Deseo volver á ver la Ópera, deseo oír á Sarah Bernhardt y Coquelín, deseo visitar las Exposiciones, los almacenes, los Museos, sin dejarme cegar por el odio que noto contra los alemanes. Pero me irrito en mi cualidad de...

—¿De alemán?

—No, en mi cualidad de hombre. Como alemán, admito que la aversión de que soy objeto se justifique desde el punto de vista francés. Pero el sér humano se siente injustamente

atacado, y deploro el estado de atraso de nuestra civilización, que deja aún subsistir esos odios nacionales. Esto era bueno en la época en que cada cual vivía á la sombra de su campanario. Hoy está en desacuerdo con nuestras costumbres de viajar, con nuestra actividad, con nuestras relaciones exteriores. En materia de arte, de placeres, de literatura y, sobre todo, de ciencia, todos los hombres fraternizan. Los odios nacionales son un anacronismo, un contrasentido, y provienen de ese absurdo espíritu belicoso. Mientras vivamos en la expectativa de una guerra, de un degüello de nuestros semejantes, el apretón de manos amistoso entre gentes de naciones distintas no existirá, y Deroulède tendrá razón en negarse á darlo.

—Ya se ve, querido Duque, que no pertenece usted al Ejército; si no, encontraría usted muy natural la guerra—dijo Cari.—A mí me gustan los militares.

—Como á la gran Duquesa de Gerolstein.

—No de la misma manera. Encuentro que es la carrera más brillante para un gentilhombre. Mi hijo será sin duda oficial.

—¿Y si lo matan?

—Será la voluntad de Dios y por la patria.

—¡Espartana!... Pero hablemos de cosas menos graves... ¿Qué haremos mañana por la mañana? ¿Quieren ustedes ir al salón?

—¿Mañana por la mañana? Imposible, ¡tenemos que hacer cosas mucho más importantes! ¡Es nuestro día de prueba en casa de Worth!

No tardó en terminarse la comida. El servicio había sido tan rápido—un jefe de comedor y dos mozos para tres comensales,—que los platos fueron despachados en menos de tres cuartos de hora.

Volvieron al salón. Era demasiado pronto para ir al teatro, pues la función no empezaba hasta las nueve. Salieron al balcón que daba sobre el boulevard. Desde abajo, entre el bri-

llo de las luces y el hormigueo de carruajes y peatones, subía un rumor alegre y confuso. La avenida destacaba su larga cinta blanca bajo los focos eléctricos, ardían los mecheros de gas de las tiendas, las sombras negras de los transeuntes se alargaban para desaparecer en la luz deslumbradora, y la rápida marcha de los coches producía la impresión de una carrera de placer. El ambiente era tibio, y los efluvios parisien- ses—cada ciudad tiene su olor—se desprendían penetrantes de la ola humana. La Princesa se puso de codos en la balaus- trada.

—¡Qué animación!—exclamó.

Emilio permanecía silencioso.

—¿En qué piensa usted?

—En nada... Respiro París. Aquí, en el movimiento de la calle, la atmósfera está saturada de fiebre y como espolvorea- da de pimienta. En otras ciudades se ve á las gentes dirigirse al teatro por brillantes avenidas, pero en ninguna parte se ex- perimenta esta ilusión de vivir en un torbellino de novela vi- vida.

—Es verdad, experimento la misma impresión. ¿De dónde procede?

—De nuestras costumbres literarias, Princesa. Leemos tantos libros, vemos tantas obras cuya acción se desarrolla en París, que cuando nos encontramos transportados en el mismo medio de esas historias, experimentamos sensaciones especia- les, particulares... Esto es lo que respiro.

—A propósito, Duque, ¿conoce usted á la Marquesa de Marcy?—preguntó Isi.

—Ciertamente. Vivía aún su marido cuando me presenta- ron á ella. Todavía no he ido á verla. Tiene uno tantas rela- ciones en este París, que es imposible cultivarlas todas duran- te una estancia de corta duración; por lo demás, los salones de la Marquesa de Marcy no me atraen. No son originales, ni políticos, ni literarios, ni divertidos, ni fastidiosos. Óyese en ellos á cantantes medianos ó á pianistas de segundo orden,

desplegar su repertorio; la sociedad que en ellos se encuentra está muy mezclada, se codean muchas castas de gentes sin simpatizar...

—Creo que ya es tiempo de ir al teatro—dijo interrumpiendo Isi.

Media hora después, las dos hermanas y su caballero aparecieron en un proscenio de la *Renaissance*.

—¡Un verdadero estuche!—exclamó Isi, mirando la coqueta sala llena de espectadores y brillantemente iluminada.

Los dorados, los paños, las pinturas, parecían recientes; en los palcos, trajes bonitos y sonrientes rostros; en la escena, un dúo exquisitamente cantado por intérpretes queridos del público; una música ligera, alegre, de la que se repetían varios números; en fin, un espectáculo delicioso. La misma Cari, á pesar de su frialdad, sintió en su alma una bocanada de alegría, y muy animada dijo al Duque:

—Ha sido una buena idea el habernos traído aquí.

Cayó el telón, y la *divette* fue llamada á escena entre grandes aplausos.

—¿Ve usted algunas caras conocidas? ¿Quién es esa mujer tan bonita que está enfrente de nosotros?—preguntó Isi.

—Es una *demi-mondaine* muy conocida.

—¡Ah! ¿Cómo se llama?

—No sea usted tan curiosa, Condesa. La curiosidad de las grandes damas es el triunfo de las pequeñas... No contribuya usted á él.

—¡Qué moralista tan austero! ¿Pero cómo no fijarnos cuando en todas partes vemos á esas mujeres más hermosas, más elegantes y más atendidas que nosotras? Esa lleva encajes y brillantes de un valor inestimable, atrae todas las miradas, la escoltan cinco hombres de aspecto irreprochable...

—Mientras que ustedes no tienen más que un caballero caduco...

—En Viena no sucede lo mismo. Allí esas se eclipsan ante las verdaderas damas... Los jóvenes no se atreven á presen-

tarse en público con ellas, sus trenes no rivalizan con los nuestros, sus hoteles no son una sucursal de nuestros palacios...

—Es verdad, París es el paraíso del *demi-monde*.

—Diga usted—dijo Cari volviéndose.—¿No es aquél el Príncipe de Abcasia, allí, en la primera fila de butacas? Está desconocido con su frac negro y su corbata blanca... Pero sí, es él, acaba de vernos.

Algunos instantes después, el Príncipe Arlán entró en el palco. Se cambiaron las frases de rúbrica: ¿Ustedes aquí? ¿Desde cuándo? ¿Por cuánto tiempo? ¿A dónde van ustedes luego?...

—Yo creía que deseaba usted volver á su país para realizar los proyectos de reforma de que me habló usted en Viena—dijo el Duque.

—Tal era mi intención, pero una circunstancia imprevista me ha detenido aquí, y no iré hasta la primavera próxima—respondió el ruso.

—¿Viene usted á menudo á París?—preguntó Cari.

—Mucho; tengo aquí un apeadero. Un hombre que se respeta debe tener una habitación en París, porque siempre se concluye por volver.

—Yo creía que detestaba usted la capital de la República—dijo el Duque, que poseía una memoria molesta para los habladores y los embusteros.

El Príncipe no se acordaba ya de lo que dijo en Viena, y no cayó en la alusión de Emilio.

—No le comprendo á usted, querido Duque, aun cuando como alemán esté usted obligado á interpretar así las cosas; pero los rusos somos parisienses en un rinconcito de nuestro corazón. Tengo intención de comprar un hotel y amueblarle al estilo de mi país; el interior de un Príncipe asiático no puede parecerse al de una persona cualquiera...

—Se ha impuesto usted una doble tarea verdaderamente difícil. Quiere usted europeizar la Abcasia y orientalizar París; si va uno á ver á usted en su patria, se encontrará con algo de

la civilización moderna, y en su hotel se creará uno transportado á Oriente... Por lo demás, jamás he encontrado en ninguna parte cosas más parisienses como en la corte del Kedive, y en parte alguna he pisado tantas alfombras persas ni visto tantos alfanjes como en las salas de fumar de los de París... Con el tiempo, toda la tierra ofrecerá el mismo aspecto.

—¿Irá usted á las carreras esta semana?—preguntó Cari al Príncipe Arlán.

—Hasta tomo parte activa en ellas, Princesa. Mi caballo inglés ha alcanzado varios premios, pero en esta ocasión no tiene ninguna probabilidad, he apostado mucho dinero...; rece usted por mí.

—¡Como si el cielo se interesara por los jugadores!

—¿Por qué no?—replicó el Duque. A usted le parece natural que el cielo intervenga en las partidas que se pierden ó se ganan en los campos de batalla, pues del mismo modo...

—¡Querido Duque, esta noche se halla usted demasiado ergotista!—para todo lo que decimos tiene usted máximas que rebosan sabiduría...

La orquesta preludió los primeros compases del acto siguiente. El Príncipe Arlán se despidió de las señoras, prometiendo visitarlas al día siguiente en el Gran Hotel.

## VI

—¡Bien venido, Witterstein! — exclamó el duque Emilio muy satisfecho, al ver entrar al primero inesperadamente. ¿De dónde llegas?

—De Londres; he llegado esta mañana, y aquí me tienes.

—Ya no te esperaba; se ha corrido el Gran Premio. ¿Por qué no has llegado á tiempo? Todo el mundo se va, yo también me iré dentro de unos días.

—¿Están todavía las diosas?

—¿La de Hohenberg y la de Thunen? — Sí; pero no por mucho tiempo. Se van á Trouville la semana próxima.

—¿Dónde paran? Iré hoy mismo á ofrecerlas mis respetos.

—En el Gran Hotel. Verdaderamente, para ser novio tienes mucha prisa en volver á ver á Isi... Cuéntame, pues, lo que te ha detenido en Londres.

—¡Ah! querido amigo, me lancé de tal modo al torbellino mundano, que no podía separarme de él. Hice que no corriera el rumor de mi noviazgo, á fin de conservar mi prestigio de soltero en estado de merecer; de esta suerte he sido de todos los bailes, de todos los conciertos, de todas las partidas de *lawn-tennis*, de todos los *pique-nique* de Richemond. No he faltado ni á una recepción en la corte, ni á una fiesta de Marlborough-House, y hubiera necesitado veinte años de estancia para atender á las invitaciones con que me abrumaban... Por lo demás, si todas las personas á las que he rogado vengan á cazar este otoño á mi casa se decidieran á aceptar, no bastarían para alojarlas mis castillos reunidos. Si se quiere realmente conocer una existencia de lujo y de placer, es preciso vivir en medio de la sociedad inglesa. Sin Gertrudis, me hubiera quedado allí, me ofrecían los mejores partidos. Figúrate una *countess in her own right* de veinte años, propietaria de un nombre famoso y de un castillo histórico, bonita como un ángel, espiritual como un demonio.

—¡Lady Herminia Caverland!

—¿La conoces?

—Tu descripción me la ha recordado. La ví el año pasado en Niza, á donde fué con su yate. Una hermosa y deslumbradora persona evidentemente, pero tu elección me parece más acertada. Es mejor ceñir la corona en frente más modesta, y tú no tienes necesidad de casarte con una *countess in her own right* para realzar tu rango. Se me figura que una joven tan independiente, tan adulada, tratada como soberana por los que la rodean, no servirá para esposa sencilla y cariñosa.

—No me pesa, no. La hermosa lady no ha hecho ninguna impresión sobre mi corazón, el cual, además, ya está conquistado.

—¿Por fin confiesas tu amor á Trudy?

— ... ¿A Trudy? ¡Ah! sí... naturalmente... ¿Iremos juntos á alguna parte esta noche? ¿Estás comprometido?

—Sí, he prometido á las diosas acompañarlas á casa de la Marquesa de Marcy. ¿Quiéres que te presente?

—¿Sin visita previa?

—No hace falta. La Marquesa tendrá mucho gusto en recibirte. Te iré á buscar á las diez. ¿Dónde paras?

—En el Continental.

—No hay más que hablar.

Witterstein se dirigió al Gran Hotel, pero las dos hermanas habían salido. Dejó su tarjeta, y se fué al Bosque con la esperanza de encontrarlas. Sufrió una decepción, las señoras estaban de compras. Cuando regresaron al hotel y vieron entre otros nombres el de Witterstein, Isi experimentó una profunda sorpresa, porque no creía volverle á encontrar. El *hasta la vista* pronunciado en la última reunión del palacio de Hohenberg, no había, sin duda, tenido para él la misma importancia que para ella, puesto que él permanecía voluntariamente ausente... La joven, por mucho que se repitiese que más valía así, experimentaba, sin embargo, una especie de decepción, una herida de amor propio; ciertamente ella contaba con permanecer insensible á los homenajes de él, pero la pasión de éste se había desvanecido harto pronto... Ha venido, decía el pedazo de cartulina que ella tenía en la mano. ¡Qué lástima no haberse encontrado allí! Al día siguiente no saldría... Sin embargo, ¿no sería más prudente evitarle? Pero, ¿por qué? Estaban llamados á encontrarse en sociedad, y ella no podía evitar semejante encuentro; lo esencial era mostrarse indiferente, á fin de no dejarle ninguna esperanza. «El está comprometido, comprometido, comprometido...» y á pesar de todo, aquella tarjeta la causaba alegría.

Eran cerca de las doce de la noche cuando las dos hermanas llegaron al hotel de Marcy, construído entre patio y jardín. Los carruajes de los invitados llenaban las calles adyacentes, el cupé se acercó al peristilo; Cari é Isi bajaron.

—Me temo que esta reunión debe ser aburrida—había declarado Isi.

En el vestíbulo había una media docena de criados con pelucas blancas y calzón corto. Dos de ellos las ayudaron á quitarse los abrigos, mientras que un tercero abría las hojas de una puerta y las anunciaba en alta voz.

Antes de entrar dirigieron la inevitable ojeada al espejo, que les dió esta amable respuesta: belleza perfecta, exquisita elegancia. Ambas iban de blanco con encajes; Cari llevaba zafiros, Isi rubíes; las dos, flores; la primera azules, la segunda rojas. Cuando atravesaron los salones, llenos de gente, se elevó á su paso un murmullo de admiración. Adela de Marcy salió á su encuentro y las dijo algunas frases de bienvenida; pero no tardó en dejarlas, reclamada por la llegada de nuevos invitados.

Aparecieron el duque Emilio y Witterstein. Isi rectificó mentalmente el pronóstico que antes formulara: la reunión no podía ser ya aburrida. Tomó un aire indiferente:

—No creía encontrar á usted aquí, Duque.

Y Cari:

—Hemos recibido su tarjeta, Witterstein; pero, ¿cómo es que llega usted después del Gran Premio? ¿Qué es lo que le ha detenido á usted?

El ama de la casa se acercó:

—¿Quieren ustedes pasar á esta otra sala? Va á cantar la señorita X.

Witterstein se sentó cerca de Isi, pero las vocalizaciones de la tiple le obligaron á guardar silencio. Terminado el canto, se oyeron algunos bravos discretos, porque el entusiasmo mundano no es ruidoso.

Un señor en traje de etiqueta sucedió á la cantante, y se puso á recitar una poesía.

—Hubiera querido ofrecer á ustedes á Coquelín—dijo Adela en voz baja á sus invitados,—pero no era posible tenerle hoy... En su lugar he traído á M. I..., del Odeón, que recita admirablemente.

El joven artista comenzó con el *Arenque salado*, de Carlos Cros, un arenque seco, seco, seco, que, colgado de un hilo largo, largo, largo, es arrojado por encima de una pared blanca, blanca, blanca, todo

*Para fastidiar á las personas graves, graves, graves,  
Y divertir á los niños pequeños, pequeños, pequeños.*

Pero el público se quedó frío, frío, frío.

—Por fin... Por fin, vuelvo á ver á usted, Condesa... Déjeme usted decirla...—comenzó á hablar Witterstein.

Pero el cómico recitó otra composición, y en seguida la cantante se lanzó á interminables variaciones. Isi se volvió, al notar que la daban en el hombro con un abanico.

—Buenas noches, querida—dijo la señora de Orsakoff.—Me he acercado á usted silenciosamente, en medio de esta gritería. Por fin puedo darla la mano. Quisiera someter á usted un proyecto.

—¿Qué proyecto?—preguntó Cari.

—Tengo ganas de organizar una partida de campo y pasar juntas todo un día alegremente, en pleno aire. ¿Les agrada á ustedes?

—Ciertamente.

La Marquesa fue invitada por la Orsakoff, así como Witterstein y el duque Emilio.

—Llevaré también al Príncipe Arlán y á un americano muy original—añadió ella,—un muchacho encantador.

—Será verdaderamente cosmopolita—replicó el Duque.—Europa, Asia y América estarán representadas dignamente. ¿No puede nadie proporcionarnos un africano?

Se citaron para el día siguiente, con objeto de fijar el día y el lugar de la excursión.

El estrado fue asaltado de nuevo por un pianista, que lo ocupó durante tres cuartos de hora. Witterstein trató en vano de hablar en voz baja con su vecina, pero ésta le impuso silencio. Cuando se hubieron agotado los placeres artísticos de la noche, los individuos se dirigieron al comedor, en donde estaba servido un suntuoso *buffet*, bajo la celosa inspección de los *maîtres d'hotel*.

—Querido Duque—dijo Cari á su caballero,—me aburro soberanamente.

—Lo comprendo; todas estas gentes parecen cumplir con un deber penoso. Nada hay tan triste como una fiesta sin alegría.

Isi no se aburría. La presencia de Witterstein bastaba para que aquellos momentos fuesen para ella interesantes y dignos de ser vividos.

## VII

«Llegado ayer bueno París. No sé cuánto estaré. Mi pensamiento al lado de Gertrudis.

Witterstein, hotel Continental.»

Este telegrama llegó al castillo de Stockau, en Bohemia, en donde la Condesa de Simmersburg se encontraba desde hacía unos días. El calor se había hecho abrumador y expulsó á la aristocracia. El equipo de Gertrudis estaba encargado, nada la detenía en la ciudad. El proyecto de un viaje á Carlsbad había sido desechado, porque no existía el principal motivo: la caza del marido.

La joven se alegró mucho de encontrarse en el campo y saborear su felicidad cerca de la Naturaleza, en medio de los bosques, bajo el cielo tachonado de estrellas, entre el perfume de las rosas... La ausencia de Hans reanimaba la pasión.

de la niña, algo apagada por la frialdad de aquél, y llevaba la imagen del ausente al través de los campos, en sus largos paseos á pie.

Abuela y nieta estaban solas en el castillo y veían poca gente, de manera que la niña vivía absorbida por completo en sus sueños. Pasaba los días lluviosos en la biblioteca, y cuando hacía buen tiempo se llevaba un libro á su sitio favorito, en un rincón del jardín. Leía poesías, cuentos, historias que hablaban de amor; ¿no era para ella su destino un poema delicioso, una admirable novela?... Amaba, era amada, y esta exquisita felicidad no alcanzada por las heroínas sino después de mil aventuras, le sonreía desde los albores de la vida.

Contemplaba á menudo un retrato del amado, encerrado en un medallón de oro, que jamás la abandonaban. Había allí, bajo los sedosos y rizados bigotes, una boca que, para ella, contenía el mundo. Algún día posaría ella sus labios en aquel lugar, y sus elocuentes besos dirían la fuerza de su pasión. ¿Podría resistir tal alegría? Sentía aún el penetrante encanto del primer cambio de mirada, la turbación de la primera presión de manos... Una vez, su novio se había inclinado hacia ella por casualidad y aquel contacto la había trastornado... Todo esto le parecía el preludio de una sinfonía alegre, poderosa y magnífica... ¡Ay! ¡jamás serán igualadas las delicadas melodías del amor naciente!

Las cartas de Witterstein no eran apropiadas para avivar la llama de Gertrudis: billetes raros y lacónicos, vulgares notas de viaje, apenas una frase de ternura; pero ella no podía más... ¿No le había él prevenido que detestaba las epístolas largas, buenas para colegialas?

También Gertrudis no le enviaba más que cartas breves y secas. Tenía que someterlas al parecer de la Condesa, y esto bastaba para contener la expansión de su corazón. Hubiera sido preciso escuchar la sempiterna frase: «Trudy, eso no está bien.» Además, su amor propio le vedaba dirigir á su novio palabras más afectuosas que las que ella recibía de él.

No sabiendo á quién confiar los sentimientos que desbordaban de su corazón, contestaba largamente á cada telegrama y guardaba su misiva en su diario íntimo. Más adelante, la leería él y podría juzgar de la ternura de ella.

Al despacho recibido de París, Gertrudis contestó con las siguientes líneas, aprobadas por su abuela:

«Mi querido Hans:

»Me alegro saber que ha llegado usted bien á la segunda etapa de su viaje. Deseo que encuentre usted grata su estancia en París. En cuanto á mí, no tengo nada nuevo que decirle; nuestra vida continúa siendo tranquila y solitaria. Nuestra salud es excelente y disfrutamos de los buenos aires del campo. Se acerca el momento de su regreso: espero que tendrá usted muchas cosas interesantes que referirnos. Escríbame ó telegráfeme pronto.

»No dude usted de la honda afección de su prometida,

*Gertrudis.»*

Mientras que el cartero se llevaba el citado extracto de manual epistolar, la joven estaba ya dedicada á su grata tarea.

«Amado mío:

»Tu telegrama está delante de mí; pero este vulgar papel que no está escrito por tu mano, no me dice nada de ti, nada más que tu nombre: lo beso amorosamente.

»Estas frases afectuosas: «mi pensamiento está al lado de Gertrudis», me hacen, sin embargo, muy feliz. Gracias, adorado mío. ¿De manera que no te olvidas de tu Trudy? ¿O me lo dices para complacerme? No, debes pensar en mí, porque á veces he sentido pasar por mi alma la caricia alada de uno de tus pensamientos. El deseo de verte me obsesiona... ¡Ojalá fueras ya mío para conservarte celosamente! Temo que nuestra separación sea eterna, que me muera antes de nuestra unión ó que tú me seas infiel. Pero no, estoy loca, tú me quieres ¿no es verdad?, puesto que me has elegido entre todas. El

amor significa, ahora lo sé, que el universo no contiene más que un solo hombre ó, más bien, que el universo entero está contenido en ese hombre. Mi vocabulario es muy pobre; antes tenía palabras para expresar la Felicidad, la Eternidad, la Vida, la alegría; ahora no sé más que repetir: Tu, tu, tu,

Tu *Gertrudis*.»

### VIII

Al día siguiente de la velada en casa de la Marquesa de Marcy, Witterstein se dirigió al Gran Hotel, y fue recibido por Cari. La Condesa Thunen figuró como si hubiera salido, pero permaneció encerrada en sus habitaciones.

Por la noche se vieron en el teatro de Variedades para oír á una *divette* en boga, cuya picaresca gracia hacía furor. Los audaces chistes que salpicaban la obra se embotaban en la coraza de indiferencia de la Princesa Hobenberg. No estaba enamorada, y el sutil fuego que, entre el ritmo de una polca se difundía por la cargada atmósfera de la sala, la dejaba tranquila y fría. A veces, ocultaba un bostezo tras su abanico de encajes. Prefería con mucho la Ópera de Viena ó el Burgtheater, en donde reinaba en su palco, ante espectadores extasiados que murmuraban con respeto: «¡La hermosa Princesa Cari!»

Aquí, su belleza atraía los gemelos; pero, ¿por quién la tomaban? Quizás por una aventurera... ¡Su nombre era algunas veces citado en las crónicas de sociedad, entre los de una señora Duval ó Durand cualquiera! ¡No se había atrevido un cronista, con motivo de una función de gala en la Opera, á decir en su reseña que habían sido admiradas en el palco del Embajador de Alemania dos encantadoras húngaras! ¡Confundir á los Thunen y á los Hohenberg con los magiares! En la siguiente línea describía el traje de una actriz en boga: «Forro

de seda color pálido, con orquídeas». ¡Ah! Cari despreciaba casi tanto como su marido á aquel París democrático.

En cambio, á Isi, que no era aristócrata en cuerpo y alma, la embriagaba la vida parisiense. En aquel momento hubiera querido escapar á la custodia de aquella hermana altiva y dura que velaba celosamente por el honor del gran nombre; hubiera querido ser una mundana libre, como Adela de Marcy, é ir después de la representación á cenar con Witterstein.

Pero pensándolo bien, si no fuera ella la inaccesible Isi Thunen, ¿la desearía tan ardientemente aquél? Seguramente no. Había mil mujeres bonitas con las que Hans podía cenar alegremente aquella noche,—ella no debía ponerse al mismo nivel. Permanecer en su pedestal, recibir homenajes, flotar por encima de la multitud, tal era la primera condición de su poder. Por esto fue muy poco amable durante todo el resto de la noche.

Al día siguiente se celebró la famosa jira; se reunieron en el Gran Hotel para ir á Versailles; Adela de Marcy iba acompañada por varias personas, y la Orsakoff había llevado á su decantado americano, al Príncipe Arlán y á algunos miembros de la colonia rusa.

Se hicieron rápidamente las presentaciones. Los franceses presentes, y entre ellos un oficial que había hecho la campaña del 70, experimentaron un ligero malestar cuando fue pronunciado el nombre del Príncipe alemán, aunque éste fuera el hombre más amable del mundo y no hubiera tomado parte en la guerra. Estaban preparados dos breaks y dos landós. Después de una ligera colación, se pusieron en camino alegremente. Hacía un tiempo delicioso. La idea de pasar el día al aire en medio del campo, daba alegría á todo el mundo. Los excursionistas se compadecían de los pobres ciudadanos reclusos en sus casas, en sus asuntos, en sus ocupaciones; y esta conmiseración aumentaba en egoísta placer. Isi se prometía ser muy coqueta, porque en la velada pasada se había convencido del amor de Witterstein, y esperaba oír mil cosas tier-

nas y seductoras. Gustaba de estos halagos, como gatita mimosa, y gustaba del vértigo como mujer temeraria. Pero la gatita no quería más que saborear mimos sin transcendencia, y la mujer temeraria no quería sino costear el precipicio sin caer en él. En otros términos, Witterstein sería escuchado, pero no atendido: tal era la resolución de Isi.

Las damas hubieron de designar á sus caballeros; Isi eligió á Walgrave, el americano, aun cuando hubiera preferido al oficial de dragones; Adela de Marcy, al Príncipe Diamante. Cari había invitado al duque Emilio á sentarse á su lado. Aquella partida de campo le parecía una cosa de mal tono que atacaba á su dignidad. No podía disimular un asomo de mal humor, ostensible en la expresión de su fisonomía, más fría y más orgullosa que nunca. Pero el desdeñoso gesto sentaba bien á su hermosa cabeza de Juno, rubia. Se pusieron á la mesa hacia las ocho de la noche, después de haber visitado concienzudamente el castillo y el parque de la antigua residencia real. Una honda tristeza se había apoderado de los visitantes: la melancolía que inspiran las grandezas pasadas, que exhalan los palacios de Venecia, los vetustos castillos de Escocia y los antiguos burgos alemanes.

Cari pensaba en Schœnbrunn, menos grandioso que Versalles, pero mimado por el sol imperial. Allí, en su país, la Princesa Hohenberg se representaba á aquellas Duquesas de antaño que tenían taburete en la Corte y eran admitidas á los juegos de la Reina. Ella gozaba de los mismos privilegios, era dama de Palacio y estaba condecorada con la Orden de la Cruz estrellada; así se sentía ella superior al resto de la humanidad.

La reunión se instaló en el jardín del hotel de Reservoirs y ocupó dos mesas, una grande y una pequeña. En esta última, cuatro señoras: Isi, Cari, Adela de Marcy y la Orsakoff; y cuatro hombres: Emilio, Witterstein, Walgrave y el Príncipe Arlán. Este, que conocía todos los *restaurants* de París, había ordenado la lista de la comida y elegido los vinos. En

un bosquecillo cercano comía otro grupo parisiense de *demi-mondaines* y *clubmen*; hablaban, reían, bromeaban, no en voz mucho más alta ni de manera mucho menos discreta que en la partida de las grandes damas. En medio de la conversación general, Witterstein se inclinó hacia Isi, y la dijo en voz muy baja:

—¿Se acuerda usted de nuestra despedida en Viena?

Ella hizo un signo afirmativo.

—Dije á usted: «hasta la vista», y nos volvemos á encontrar aquí. ¿Será preciso separarnos de nuevo?

—Es preciso.

—¿De veras?

—Pero su prometida...

—No me hable usted de la pobre criatura. No me casaré sino en caso de que usted consienta...

—¡Hans!

—¡Isi!

Sus manos se unieron bajo la mesa y permanecieron enlazadas.

A lo lejos, una orquesta tocaba piezas de opereta, repercutían risas en las sombras, el follaje crujía suavemente. Los aromas de la madreselva se mezclaban á los olores de cocina y al humo de los cigarros, los mecheros de gas salpicaban de manchas luminosas el verde sombrío. Isi, con los dedos prisioneros en los del joven, experimentaba una embriaguez singular, un extraño trastorno; le parecía, por una especie de doblamiento, asistir á su propio goce, contemplar una acción exterior, en la que ella desempeñaba un papel principal que debía abandonar muy pronto...

Los comensales se levantaron, pues ya era hora de marchar; al regreso, Isi y Witterstein fueron separados.

Al día siguiente, los vapores del champaña se habían disipado, la Condesa Thunen se había recobrado; cuando Hans se presentó por la tarde á informarse de su salud, ella le dijo con tono de fría amabilidad:

—Gracias, un poco de jaqueca.

—También yo—añadió Cari,—esas jiras son absurdas; no se me verá más en ellas.

Hans había recobrado igualmente el sentimiento de la realidad. Ya no pensaba en abandonar á su novia, perder su mayorazgo, volver al servicio militar y renunciar á la agradable existencia que se había prometido, y en la que Gertrudis, el exquisito capullo, algo representaba... Tiempo habría de reanudar más adelante su novela con Isi, pues la fidelidad no estaba inscrita en su programa. Temió que la joven le recordase su promesa de la víspera; pero su actitud demostraba que ella no tenía para nada en cuenta lo que había pasado. De común acuerdo, quedaron borrados de sus *carnets* las deudas de amor.

## IX

*De John Walgrave á Walter Sydney, en Boston.*

París, 15 de Junio.

«Querido amigo: Ayer, en medio de una partida de campo, me pidieron mi opinión acerca de Europa; esto me recuerda que te debo, desde hace mucho tiempo, una relación sobre el antiguo Continente.

»Continúo experimentando aquí sorpresa, alegría, cólera y un poco de fastidio. Los americanos somos más ó menos europeos nacidos en el Nuevo Mundo. Nuestra lengua, nuestro modo de pensar, nuestros estudios, nuestra religión artística, todo nos viene de fuera; mil lazos nos unen á esta Europa, que es nuestra cuna. Dentro de algunos años será otra cosa. Tendremos una personalidad, y nuestra alma, que se despierta ahora, se hará grande y libre.

»Déjame apuntar lo que me parece imperfecto, primitivo

y pueril en estos países. Una impresión semejante debe experimentar el europeo que visite la China ó la India, la corte del Rey de Siam ó el templo del Elefante blanco. Considerará la Monarquía del uno y la santidad del otro como una comedia, y sin embargo, respeta en su patria las testas coronadas, los grandes, las pompas de la religión. Yo, el americano, el democrata, el hombre libre, considero todo este aparato como un espectáculo oriental. Los actores van llenos de condecoraciones, de cruces, de bandas y de placas; detrás de la decoración brillan las armas, lucen los ojos, rechinan los dientes. Los ejércitos se hallan prestos á lanzarse unos contra otros y á destruirse. Te aseguro que el drama es interesante.

»He asistido—desde lejos—á las grandes maniobras; el grupo de Generales y de Príncipes estaba allí, erguidos en sus caballos, adornados con plumas, bandas, galones, cruces... En Siam, los magnates llevan algunos brillantes más, esto es todo. Ante aquéllos desfilaban las diversas máquinas de destrucción acompañadas por sus «maquinistas». No era más que un ensayo general, pero podía uno imaginarse la representación formal, evocar los mares de sangre, los gritos de dolor, los estertores de los heridos, las entrañas palpitantes, las agonías de los moribundos en los fosos... Cada Príncipe llevaba por cortesía el uniforme del país de que era huésped, y una vez terminado el espectáculo tomaba parte en un alegre banquete, dispuesto á lanzar al día siguiente sus tropas contra el que le recibía á su mesa... ¡Ofrece tan bruscos cambios la diplomacia!... Tú no puedes, en tu calidad de bostoniano, formarte la menor idea de lo que todavía subsiste aquí de espíritu feudal, de prejuicios y de orgullo.

»Hay gentes que se creen por encima del resto de la humanidad porque han heredado un título ó un cargo en la corte y porque tienen, por derecho de nacimiento, un puesto en la mesa ó en las cacerías reales. ¿Cuándo se convencerá la humanidad de que el mayor de los honores es el honor, la mejor de las dignidades la dignidad, el más grande de los derechos el dere-

cho? Nosotros, los «trasatlánticos», no hemos inventado tales cosas, pero nos complacemos en importarlas á nuestra casa. Continuamos extrayendo del antiguo mundo nuestro alimento intelectual. No somos precursores. Las flores más preciadas de la inteligencia crecen aquí, nosotros nos contentamos con aclimatarlas. La única superioridad que reivindicó para nosotros es la que el niño tiene sobre el hombre y que consiste en las promesas del porvenir. Hoy nos contentamos con proveer á las regiones desheredadas de granos, carnes en conserva, máquinas de coser y lámparas eléctricas; pero llegará tiempo en que las enviaremos también la luz y el alimento del espíritu.

»Bastante de peroración sobre filosofía social: hablemos de cosas menos abstractas, de mis aventuras parisienses. Continúo siendo solicitado y festejado en los centros mundanos. Ayer conocí á algunas personalidades extranjeras muy curiosas. Comienzo por los hombres: un Príncipe asiático, medio ruso, medio oriental, con tres cuartos de *boulevardier*, que parece creer en sus embustes y charlatanerías. Se escucha al hablar con interés y no sin cierta sorpresa, pues como no sabe de antemano lo que va á decir, espera con curiosidad sus propias palabras. Un Príncipe alemán, hombre de corazón, refinado, amable y suave. Sus manos son las más bellas del mundo, por la forma y por la expresión, porque ya sabes que las manos tienen su fisonomía propia. En tercer lugar, un Príncipe austriaco, un arrogante oficial de caballería en traje de paisano, joven, rico, tal vez inteligente...

»Vengamos ahora á las damas. Primero, la señora de Orskoff, excéntrica, habladora, expansiva, sin tacto ni medida. Después, una mezquina advenediza, tipo de las damas alegres del segundo Imperio, que vive para sus trajes, el mundo y los placeres. En seguida una Princesa austriaca, una Venus de mármol. Me ha parecido ser la encarnación del orgullo, que asistía á la partida de campo como á una comida en la Corte. He visto en el Almanaque de Gota todos sus títulos, que le van como anillo al dedo: alteza serenísima, princesa de

esto, de lo otro, etc., etc. Por último, la hermana de la anterior: una morena picante, muy sencilla, muy natural, muy corriente, amiga de reír y divertirse.

»Comíamos de campo en Versalles, y nuestra mesa carecía de animación. Yo observaba; el Príncipe alemán hablaba de cosas serias. El Príncipe asiático refería anécdotas, y el austriaco permanecía reservado. ¡Que se le perdone! Se encontraba en el estado semi-consciente de los enamorados. ¡Algunos cuchicheos con su vecina, la Condesa de ojos negros!... Aquella pareja feliz me hacía experimentar una rabia virtuosa, así fue que gracias á una jugarreta mía, fueron separados al regreso; sentados uno al lado del otro, se hubieran tal vez aprovechado de la oscuridad para juntar sus labios...

»Hasta otra, amigo mío; se hace tarde; hasta la próxima.»

## X

—¡Gracias á Dios! Isi no insiste sobre la ruptura de mi boda—se dijo Witterstein después de su visita al Gran Hotel.

Me ama, y me lo ha demostrado claramente ayer noche. Sería verdaderamente imperdonable dejar escapar tan hermosa ocasión de recoger en el árbol el fruto maduro, pronto á desprenderse.

El joven se preguntó si no debía volver sobre sus pasos y tratar de continuar la escena interrumpida de la víspera. Isi era razonable, y parecía querer evitar las violencias, las manifestaciones trágicas; pero su carácter era débil, y su pasión sincera. ¿Consentiría acaso en una ligera escapatoria en aquel gran París donde nadie espiaba sus hechos y sus acciones? ¿Resistiría á las ardientes súplicas de Hans? ¿Debía él volver para tratar de decidirla, ó valía más escribirla?

Hans se decidió por lo segundo. Entró en un café, pidió tintero y papel, y trazó los siguientes renglones:

«Nada más fácil que hacerse conducir en un simón á la entrada de los Campos Elíseos. Un traje oscuro y un velo espeso son de rigor. Una vez en el lugar designado, se bajan las cortinas, se hace que pare el coche, se permite á un transeunte que abra la portezuela y se siente al lado de usted. Ruego que se haga esto esta noche de ocho á nueve. Si allí arriba, en las estrellas, un genio benéfico lleva la cuenta de las sumas de felicidad prodigadas á los habitantes de la tierra, inscribirá: algunas horas de placer para dos personas inteligentes.

*Hans.»*

Witterstein dirigió el billete á la Condesa de Thunen, y lo entregó á un demandadero con orden de traer la respuesta.

Al cabo de diez minutos de espera, volvió el mensajero.

—Esa señora ha salido—dijo,—he dejado el billete al conserje. Hans quedó desesperado al tener que permanecer en la duda hasta la noche; sin embargo, más valían las angustias de la espera que una negativa inmediata... tal vez más que una aceptación demasiado pronta: la aventura adquiriría cierto encanto con la resistencia inesperada. Se imaginaba las luchas que Isi sostendría durante todo el día con ella misma; después bruscamente, en el momento fatal, obedecería casi inconscientemente á los impulsos de su corazón. Se pondría un traje negro, bajaría á la calle, tomaría el primer coche que pasara, y llegaría á la cita confusa, conmovida, trastornada... ¿A dónde la llevaría? ¿al bosque?... Sí; y desde allí al restaurant de Madrid...

Quiso ir él mismo á organizar la fiesta; se dirigió á Madrid, ordenó una comida delicada, retuvo un gabinete particular, dió órdenes para que todo estuviese preparado para las nueve, dispuestos los platos en los calentadores y en el hielo las botellas de champaña...

—Pudiera ser también que no venga—añadió Witterstein.

El jefe de comedor se inclinó, pues no le pareció extraordinaria semejante eventualidad.

Aquel día, las dos hermanas volvieron al hotel bastante tarde. Habían hecho una larga visita á una Princesa de la familia de Orleans que, de paso en París, se dirigía á sus tierras. La Princesa había acogido á las dos austriacas con la mayor amabilidad, y las había propuesto ir á pasar con ella algunos días en el campo, antes de marchar á Trouville. Isi y Cari habían aceptado la invitación gustosísimas, porque desde su llegada á París se encontraban por primera vez en su verdadero centro... Respiraban una bocanada de ambiente propio...

El hombre tiene varias patrias: la del corazón, la de la inteligencia, la del espíritu. Un sabio de cualquier país que sea, se sentirá más «en su casa» en una sociedad de sabios extranjeros que en una posada, rodeado de tratantes de ganado. Del mismo modo Cari é Isi se sentían más en su centro entre los Príncipes de Orleans que en los salones de la Presidencia, en donde se anunciaban á la entrada los nombres vulgares de las mujeres de los Diputados ó de los Ministros. Allí el ambiente era distinto. No flotaban en él ninguna de las ideas que vician la atmósfera; allí el aire era puro, estaba saturado de oxígeno aristocrático.

Cuando entraron en el hotel, les entregaron las tarjetas y las cartas que habían llegado mientras estaban fuera.

Isi reconoció la letra del billete que la estaba dirigido.

—¡Ah!, es de Witterstein—dijo rompiendo el sobre. Después leyó y enrojeció.

—¿Qué dice?—preguntó Cari, que se encontraba cerca de su hermana.

—¡Oh!, nada... es á propósito de un encargo que le dí...—y rápidamente se guardó el billete en el bolsillo.

A las ocho, Hans esperaba, con el corazón palpitante, á la entrada de los Campos Elíseos. Contenía la respiración cuando veía aparecer un coche. Por fin, después de una media hora interminable, un coche fué á pararse junto á la acera, en el lu-

gar designado. Hans se aproximó: las cortinas estaban echadas. Abrió violentamente la portezuela. Salió un hombre, un demandadero que le entregó una carta, diciendo:

—Tengo encargo de entregarle á usted esto, señor.

Después desapareció. Hans leyó á la luz de un farol:

«Si hay en las estrellas un genio que inscriba la impudencia de los habitantes de la tierra, tendrá hoy que hacer una importante anotación.—I.»

El joven hizo un gesto de cólera, y exclamó:

—Será mía... será mía, aun cuando tenga que sacrificar á Gertrudis, á mi boda, al mayorazgo y á mi propia...

Se dirigió en seguida al Gran Hotel.

—¿Está la Condesa de Thunen?

—No, esas señoras han salido—respondió el portero.

—¿Sabe usted á dónde han ido?

El interpelado creía haber oído decir que iban á la Ópera, pero no podía asegurarlo.

Witterstein fué á la Ópera, tomó un billete y entró en la sala. No se encontraban las hermanas. Se hizo conducir á la Comedia Francesa: la misma decepción. Recorrió de la misma manera varios teatros, sin mejor resultado. Trató de saber algo en casa de las señoras de Marcy y Orsakoff, pero en vano. Era ya demasiado tarde para presentarse en otras partes, y se decidió á acechar el regreso de las hermanas á la entrada del Gran Hotel.

¿Qué diría á la cruel Isi? No lo sabía y no tenía más que una idea: verla. Su cabeza ardía, su frente abrasaba, su pulso estaba agitado. Se paseó ante el hotel hasta cerca de las doce; varios carruajes se detuvieron, pero de ninguno salió la mujer amada. Cayó un chubasco: sufrió un violento estremecimiento y experimentó un tal malestar, que estuvo á punto de caer desvanecido. Subió á un simón y se hizo llevar á su hotel...

—Mañana—se dijo,—mañana la veré; caeré á sus pies; mañana...

Subió penosamente la escalera hasta su habitación. Tenía

tan mala cara, que su ayuda de cámara se asustó y le ayudó á acostarse. Al día siguiente, Hans se encontraba con una violenta fiebre que le hacía delirar.

Isi se sorprendió al no recibir noticias de su adorador. Conocía bastante á los hombres para saber que una negativa excita siempre la pasión. ¿Cómo no se apresuraba á verla para obtener su perdón? ¿No debía él suponerla ofendida con su billete? Ciertamente era que ella se encontraba muy resentida por semejantes procedimientos, pero había en el fondo de su indignación cierta satisfacción que no se atrevía á confesarse á sí misma, y no la hubiera gustado que aquella inaudita audacia se trocase en completa indiferencia... En todo caso, Hans debía expiar su falta á los pies de ella, pedirle perdón, arrepentirse y hacer una corte más lenta, más discreta... ¡Nunca sería de él, no, jamás...! Tal vez algún día se dejaría conmover y le concedería un favor pequeño... Tal vez en un momento de abandono le dejaría darla un beso... Tal vez si él ponía á sus pies su porvenir, su fortuna, su vida entera; tal vez... tal vez...

Pero ¿por qué no se presentaba él? ¿Era una táctica de enamorado? ¿Era por desesperación ante los rigores de ella?

Isi estaba lejos de suponer la enfermedad de Witterstein. Al día siguiente hubo de salir de París con su hermana, para ir al castillo de la Princesa \*\*\*, y no supo la indisposición de su amigo sino algunos días después.

Hans se curó al cabo de una semana de su fiebre física y moral. Mientras tanto llegó de Austria una carta de su tío llamándole apremiantemente; resolvió marchar, pues no podía seguir á Isi al castillo, en donde se le había ofrecido una hospitalidad regia.

Este obstáculo y la enfermedad misma le parecieron incidentes providenciales en pro de la felicidad que estuvo á punto de sacrificar con ligereza. Envió en seguida un telegrama á Gertrudis:

«Salgo mañana, y regreso al país en donde se encuentra lo que más quiero.»

## XI

Al día siguiente de la jira á Versalles, el americano se hizo anunciar en casa del duque Emilio. Este salió á su encuentro con la mano extendida.

—Tenía la intención de ir hoy á verle á usted, y me felicito de que se haya adelantado á mis deseos.

Desde la primera entrevista se había establecido la simpatía entre aquellos dos hombres. Se habían reconocido puntos de vista comunes, ideas semejantes, un mismo modo de considerar la vida y juzgar de las cosas. John Walgrave tenía treinta y tres años, y nada en su persona acusaba al «yankee». Las personas que han viajado mucho, vivido mucho fuera de su país, visto mucho, observado mucho, concluyen por despojarse de todos los signos exteriores de su nacionalidad. Los ingleses pierden su tiesura, los alemanes su torpeza, los franceses su vanidad, los italianos su facundia y los americanos su vulgaridad. Estos nómadas ofrecen todos los caracteres de un tipo más viable y más nuevo que deberá algún día conquistar el mundo; son los ciudadanos del universo. Walgrave se juzgaba miembro de ese grupo cosmopolita, y se sentía en comunidad de pensamientos con el Duque; así fue que, después de una hora de conversación, los nuevos amigos habían llegado á una perfecta intimidad intelectual, y experimentaban el uno hacia el otro una verdadera amistad. El Duque, que iba á marchar á Trouville, rogó á John que fuese á pasar con él algunas semanas, y el segundo aceptó gustoso.

Ambos se encontraban aquel día en la terraza de la *villa*, ocupada en Trouville por las dos «diosas». Muchas personas estaban reunidas en torno de Isi y Cari: la Marquesa de Marcy, el Príncipe Hohenberg, que había llegado de Viena la vis-

pera, el Duque de Abcasia y algunos otros bañistas. Eran las ocho de la noche, y acababan de levantarse de la mesa para tomar el café. La conversación era unas veces general, otras particular; los invitados iban, venían, paseaban, contemplaban el mar ó escuchaban á las dos hermanas.

La Princesa Cari refería á su marido su estancia en el castillo de los Príncipes do Orleans.

—Hemos pasado allí una semana deliciosa.

—Aburridísima—replicó Isi.

—Para ti tal vez...; por lo demás, parecías bastante distraída y de mal humor. No correspondías en modo alguno á la amabilidad de nuestros huéspedes. A decir verdad, éramos pocos; ni bailes, ni recepciones, ni *rallye-paper*...

—No. Se jugaba al bezigue y se leía en alta voz los artículos del *Correspondant* — continuó diciendo Isi; realmente no era muy divertido.

—No la hagas caso, Fernando. Te aseguro que la estancia ha sido encantadora. El tren de la casa, la magnificencia del castillo, los recuerdos históricos, el tono de la conversación, la severidad de la etiqueta, todo, en una palabra, me ha reconciliado con Francia. He tenido la ilusión de encontrarme ante los soberanos legítimos del país.

—¡Ah! tocas un punto interesante—dijo Hohenberg.—¿Han hablado los Príncipes de la posibilidad de una restauración monárquica?

—No. Se evitaba todo lo posible el hablar de política, y cuando por casualidad se deslizaba una palabra acerca de este asunto, siempre había alguien que cambiase de conversación.

—¡Ah! les garantizo el triunfo de sus derechos. Francia está identificada con la Monarquía; debe toda su grandeza á sus Reyes, y si quiere vivir, preciso es que vuelva á la Monarquía... aun cuando no sea más que por instinto de conservación.

Walgrave, que acababa de aceptar del Duque una taza de té, cogió un terrón de azúcar y se alejó en silencio.

—¿Duque Emilio?—exclamó Hohenberg.

—Aquí estoy—respondió aquél, que se había sentado aparte contemplando la mar bruñida.

—Dígame usted, querido, ¿qué opina usted del restablecimiento de la Monarquía?

—No quiero que se ventilen aquí semejantes cuestiones—dijo Cari.—Estamos á orillas del mar para reposarnos, lejos de los ruidos del mundo. No nos mareemos hablando de política.

Emilio aprobó con un ademán.

—La Princesa habla como un libro—dijo.

—De canto rojo y dorado—murmuró Isi.

—Isi, tus burlas sobre mis cabellos rojos, me harán creer que tienes envidia.

—No tendría razón, nada hay tan bonito como los cabellos negros, de un negro intenso. Confiéselo usted mismo, Duque.

—Verdaderamente, mi querido Hohenberg, me pide usted demasiado. Tengo que decidir á quemarropa si la Monarquía es preferible á la República, y si los cabellos negros son preferibles á los cabellos rubios. Yo creo que la mujer amada es siempre hermosa, sea su cabellera negra ó rubia, y la patria siempre querida, esté gobernada por un Rey ó por el pueblo.

Un poco más allá estaban sentados Adela de Marcy, Walgrave y el Príncipe de Abcasia.

—¿Por qué no quiere usted hacer un viaje de recreo á mi país, Marquesa?—preguntó Arlán.

—Me gusta tanto París, que me cuesta mucho dejarlo; y cuando lo hago, es para hallarlo en otra parte... No tengo ningún deseo de ir á perderme en su país de salvajes.

—¡Salvajes es ¡duro!

—¡Dios mío! confieso que antes de conocer á usted ignoraba absolutamente el lugar en que pudiera hallarse su patria. No estoy fuerte en geografía, y para mí, todo lo que está al otro lado del mar es trópico, ártico, polar; en suma, ¡un país de salvajes!

—Agradecidísimo, Marquesa—dijo Walgrave riendo.—

Con arreglo á su clasificación, yo soy una especie de antropófago cuyos adornos consisten en algunas plumas y en tatuajes.

—No; los americanos, según mis conocimientos etnográficos, son una raza civilizada, gracias á su talento, para los negocios. Los americanos de los Estados Unidos, por supuesto. A los otros, me los represento como indios cazadores de cabelle-  
ras. Pero no me pregunten más acerca de este asunto; soy de una ignorancia crasa. Deme usted más bien noticias de la Orsakoff.

—¿Yo, Marquesa? ¿Cómo había de ser yo bastante afortunado para saber dónde se encuentra?

—Es usted discreto... Me alegraría mucho ver aquí á tan simpática persona; tiene el don de comunicar su excelente humor á cuantos la rodean... Debe encontrarse terriblemente desterrada en sus estepas.

—Los prejuicios geográficos de usted, hacen sin duda que considere usted á Rusia como una llanura inmensa, en la que pastan caballos en libertad y en donde beben *kvass* barbudos *mujicks*.

—No sé con precisión lo que es un *mujick* y el *kvass*.

—El *kvass* es la sidra rusa, y el *mujick* el campesino ruso; la primera quita la sed al segundo. Pero además del *kvass* se bebe también mucho champaña y aguardiente en Rusia, y al lado del *mujick* están...

—Los caballeros de la guardia, lo sé... personas muy amables.

—Yo no soy ruso, procedo de Abcasia...

—¡Como si dijera usted que procede de las estrellas! ¿Son mahometanos sus compatriotas?

—Somos los cristianos más cristianos de la tierra. Mi patria ha tenido numerosos mártires, y podría contar á ustedes curiosas leyendas... ¡El Cáucaso! ¿Ignora usted que en él se coloca la cuna de la humanidad? Se dice que allí estaba el Paraíso terrenal.

—Tal vez se encuentra aún el famoso manzano...

—¡No se burle usted de todo, Walgrave!

—Déjenos con nuestras hermosas leyendas—exclamó Arlán.—Los orientales gustamos de las fábulas, y creemos en ellas como los niños en los cuentos de hadas; vivimos de mitos y de poesía...

—Una palabra, querido—dijo el duque Emilio tomando el brazo de Walgrave.

—Adela—murmuró el Príncipe de Abcasia al oído de la Marquesa,—tengo celos de ese americano. Comienza de nuevo á hacerte la corte.

—¡Cállese!... Podrían oírle...

—Quería preguntarle, amigo Walgrave, cuánto tiempo piensa usted permanecer aquí—dijo el Duque mientras se paseaban.

—No tengo nada decidido aún. Mientras me encuentro bien en un sitio, no me meneo de él.

—Es que me propongo llevármelo á usted.

—¿Para ir adónde?

—A mi casa, al campo. Ya no me retiene nada en Trouville; los Hohenberg van á marchar dentro de unos días, y les volveré á encontrar en Bohemia para las cacerías de otoño. De aquí á entonces, quisiera gozar de la paz y del silencio de los bosques en un castillejo que poseo en el valle de Necker. ¿Quiere usted venir á hacerme compañía durante algún tiempo?

—¿No turbará su retiro la presencia de un visitante?

—Ya sabe usted bien, amigo Walgrave, lo estimada y querida que me es su compañía. Le propongo que venga á compartir mi soledad; tal vez le pido á usted demasiado. Usted ha venido á Europa para divertirse y estudiar nuestras costumbres; es natural que prefiera la animación de una playa á la tranquilidad de mi retiro... Pero acaba usted de decir que no permanece en un lugar sino mientras se encuentra bien; acepte, pues, mi invitación; no le comprometo á nada...

—Su proposición me llena de alegría, querido Duque.

Prueba la simpatía que nos tenemos. Convenido, me iré con usted en cuanto me haga una seña... Pero mire usted á la Marquesa... ¿No le parece que es muy asiduo con ella el Príncipe de Abcasia?

—Creo que hay algo más que asiduidad...

—Ya ve usted que aquí las personas inteligentes, y nosotros somos de ese número, concluyen por convertirse en malas lenguas.

—Mi observación carece de malicia: es la simple enunciación de un hecho sin ningún asomo de censura. La Marquesa es libre, y si el Príncipe Arlán le gusta...

—¡Oh! les doy gustosísimo mi bendición.

—Pero no creo que la Marquesa piense en volver á casarse... Por lo demás, tiene usted razón, estos son chismes de comadre. Hablaremos de cosas más interesantes en mi castiello, y estoy contentísimo de que me acompañe usted.

Los dos amigos volvieron hacia el grupo de los otros invitados, con los que se habían reunido Adela y Arlán. La conversación se hizo general.

—Sé, Princesa—dijo Walgrave—que abandona usted pronto á Trouville.

—Sí; mi marido ha venido á recogernos, y le confieso que me alegro de volver á mi casa.

—Veo que no experimenta usted la impresión del «hogar» sino en su país.

—Naturalmente.

—Si hubiera usted pasado largas temporadas en el extranjero, no experimentaría usted tal sensación, y acabaría usted tal vez por unirse al grupo de la high-life internacional. Es un grupo nómada que planta su tienda en todos los lugares de placer en donde se vive deprisa. Son los bohemios del lujo. Allí donde se escucha música de ópera, relinchos de caballos, choques de copas de champaña, murmullos de *flirts*; allí donde los blasones y las coronas, los abanicos y los látigos, las espadas y las escopetas de caza son insignias profesionales; allí

donde se juega al bacarrá, se tira á los pichones, se llevan trajes de doscientos luises, hay desafíos y tapadas que acuden á galantes citas; allí donde los antepasados se remontan á las Cruzadas, donde el crédito se cuenta por millones, en todos esos sitios se establece un campamento de semejantes bohemios, y los miembros de esta tribu sagrada ignoran la nostalgia del país natal.

La Marquesa de Marcy tomó la palabra.

—No comprendo bien su arranque. ¿Predica usted contra el lujo ó contra el placer?

—¿Yo predicar, Marquesa?... Me conoce usted mal. Hay personas que estudian la Botánica, la Zoología, la Historia natural. Yo estudio diversas clases sociales. El botánico no acusa por su veneno al árbol venenoso, el zoólogo no trata de moralizar á una nube de langostas, y yo que trato de conocer los fenómenos sociales, no pretendo hacer que desaparezcan con mis sermones.

—Por lo demás—añadió Walgrave—sería una locura querer suprimir el placer, el fin de todas nuestras acciones, la recompensa de nuestros esfuerzos, de nuestro trabajo... Sin el placer, el progreso y la vida misma se paralizarían.

—Querido amigo—dijo Emilio,—da usted á la palabra placer una acepción demasiado amplia, demasiado extensa; entiende usted por tal toda alegría, todo goce, la felicidad misma. Yo no hablo del placer mundano sino en un sentido limitado, como una diversión. ¿Quién, á la hora presente, no prefiere la diversión al fastidio?

—Pero usted es la contradicción viviente de la tesis que sostiene—dijo Cari.—Usted posee el rango, la fortuna, la independencia absoluta... Su puesto en la high-life—tanto en la high-life bohemia como en la otra—está perfectamente definido, y sin embargo, prefiere usted ir á enterrarse en la soledad para consagrarse al estudio. Y hasta cuando se encuentra usted en el mundo, no toma parte en ninguna diversión y echa usted de menos sus estudios.

—Es que el estudio es para mí otro género de placer, Princesa. Realmente, es el placer el que me ata á mi mesa de trabajo. Un buen libro me divierte cien veces más que un baile ó un concierto.

—Usted debería casarse—dijo Hohenberg.

—¿A fin de divertirme?... Soy demasiado viejo para ello. Si quiere usted una víctima, Hohenberg, aquí está Walgrave. Es muy rico y tiene un corazón tierno...

—No dudo de las prendas del señor Walgrave—respondió Hohenberg,—pero creo que nuestras condesitas no gustarían de expatriarse al otro lado de los mares.

—Si mi hija tuviese algunos años más...—dijo la Marquesa.—Pero conozco buenos partidos...

Walgrave meneó la cabeza.

—Perdónenme; las jóvenes, tal como yo las comprendo, no existen en Europa. Aquí hay niñas grandes que, al salir de la nodriza, son conducidas al altar y se convierten en mujeres... Más adelante, son el ornato de la sociedad y llegan á ser perfectas coquetas. Pero la verdadera joven, *the girl*, que entre nosotros es la reina, la soberana de la vida social, hacia la que afluyen los homenajes y los deseos, á esa joven independiente, franca y resuelta, no la he encontrado aquí en ninguna parte.

—¡Ah!—replicó irónicamente la Marquesa—si su ideal es la joven americana emancipada y libre que recibe sola visitas, sale sin vigilancia, hace excursiones con los jóvenes...

—¿Y por qué no, señora? ¿Dónde está el mal? Es evidente que una americana hace mal en permitirse tal cosa aquí, porque no está en las costumbres de ustedes. Un francés que permanece solo con una joven durante un cuarto de hora, se cree autorizado á importunarla con su audacia... Un proverbio turco dice que basta el tiempo en que tarda en cocerse un huevo, para que entre un hombre y una joven... puede suponerse...

—¡Vamos!—exclamó el duque Emilio.—Ese proverbio se

refiere á las mujeres casadas. Una vez cocido el huevo, puede asegurarse que la mujer en cuestión merece ser arrojada al mar, cosida en un saco.

—¡Qué horror!—dijo Isi riendo.

—Tiene usted razón, Condesa—repuso el Duque;—cuanto más bárbaro es un pueblo, con tanta mayor severidad castiga el adulterio, y como encuentro muy atrasada nuestra civilización al hacer que el marido pague con su deshonor la debilidad de la mujer, prefiero eludir el matrimonio. No quiero ver que mi honor vacila sobre la punta de aguja de un capricho femenino.

La Condesa de Thunen replicó:

—La punta de una aguja imantada que indica invariablemente el Norte, no es insegura: hay muchos corazones fieles que se orientan hacia la virtud.

El duque Emilio sonrió.

—¿No ha oído usted hablar nunca de las alternativas de atracción y repulsión de la aguja imantada?—preguntó.

BARONESA DE SUTTNER.

*(Se continuará.)*

# POETAS AMERICANOS

---

## RIMAS

---

\* \* \*

Vengo al seno del bosque silencioso  
A meditar á solas,  
Huyendo del humano torbellino,  
Engendrador de luchas y congojas.

Quiero estar solo... Y de la mar distante  
Oigo rugir las olas,  
Lágrimas van cayendo entre las ramas  
Y gemidos de amor mueven las hojas.

¿A dónde solo iré, si á todas partes  
Me sigue la memoria,  
Y un mundo de recuerdos voy llevando,  
Y me persiguen invisibles sombras?

\* \* \*

Mi corazón, repleto de amargura,  
    Palpita sin cesar,  
Mirando siempre lejos la ventura  
Que nunca en su delirio ha de alcanzar.

Y anhela ver la aurora sonrosada  
    De un día de ilusión;  
Y cuando anhela todo... encuentra nada:  
Padece sin quejarte, corazón.

Soporta del destino la crudeza;  
    Padecer es vivir;  
Nunca el valiente inclina la cabeza  
Y sabe el mártir sin temblar morir.

Si en ansiedad eterna nunca alcanzas  
    Lo que anhela tu afán,  
Quizás mañana tráigante esperanzas  
En sus alas las horas que vendrán.

LEONIDAS PALLARES ARTETA.

# EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA

---

## IDEAL DE LA CATOLICIDAD (1)

Después de estas consideraciones negativas sobre el programa clerical, debemos investigar si hay un medio orgánico, humano y natural de llegar al elevado fin de la unidad religiosa. No ya sólo Demaistre, con su entusiasmo exagerado y perfectamente estúpido hacia el formalismo dogmático, sino filósofos muy amantes de la libertad de pensamiento, no han sido dueños de ocultar y aun han insinuado que la diversidad de creencias es cosa actual y transitoria, y el término último y definitivo es la paz de las conciencias y la universalidad de un solo criterio religioso (2). Ni falta quien haya sometido tal fenómeno á una explicación mecánico-seleccionista, creyendo que la verdad divina prevalecerá tarde ó temprano en la lucha de las ideas religiosas por la existencia (3). Para mí tiene sólo importancia el hecho que ha dado origen á tales desvaríos.

---

(1) Véase el número de Febrero.

(2) De este género son las hipótesis de Guyáu en su *Irreligion de l'avenir*, de Laveleye en su *Avenir des peuples catholiques*, y de Blanc Saint-Bonnet en su obra *De l'unité spirituelle ou de la société et de son but au delà du temps*.

(3) Sobre esta teoría, poco plausible, de una *catolicidad por selección*, véase mi escrito, varias veces citado, *Democracia y clericalismo*.

Este hecho es la necesidad de que la Iglesia adquiriera conciencia clara de su misión para catolizar al mundo de una manera franca y verdadera.

Todavía tiene un sentido aceptable la idea que de la revelación daba Lessing, cuando decía que era «la educación del género humano» (1). Y el buen Coornhert hace bien en exclamar: «Querer violentar el pensamiento, es como matar el alma con la espada ó con el fuego; para combatir la mentira, no hay otra arma que la verdad; para destruir la herejía, no hay más que un medio lícito y posible, oponer la luz del Evangelio.» La tendencia á la amplitud dogmática y á la conciliación de las religiones es un eclecticismo en su primera instancia, pues llega á la religión universal por la depuración de los elementos de las sectas particulares; pero á la vez es, en la plena acepción del vocablo, un *catolicismo* franco, verdadero y liberal, ya que su objeto es conseguir una verdad religiosa que pueda en lo posible ser aceptable para todos los espíritus. En fin, no debe olvidarse que las tendencias más vigorosas de la conciencia moderna tienden á multiplicar y estrechar las atracciones sociales, morales y religiosas, que son proporcionadas á los destinos de los hombres. Ya el protestante Beza, siguiendo á San Agustín, admitía una «caridad de mansedumbre» y una «caridad de severidad» (2). Según la doctrina de Fourier, el deber viene de los hombres; la atracción viene de Dios: ceder á esta atracción hacia el género humano, es la verdadera universalidad, puesto que ella es la brújula perma-

---

(1) Fontanés: *Le christianisme moderne*.—«¿Qué es la revelación? Es una enseñanza divina. ¿Qué es la enseñanza humana? Es una revelación humana. Un teorema matemático demostrado á aquél que lo ignora, es una revelación.» (Demaistre: *Examen de la philosophie de Bacon*.)

(2) «Todos los teólogos han enseñado que el acto de la fe es un acto voluntario que presupone una iluminación del espíritu; pero han enseñado también que el constreñimiento puede favorecer esta iluminación, y sobre todo, preservar á los demás del mal ejemplo y del contagio de las tinieblas.» (Fouillée: *Critique des systèmes de morale contemporains*.)

nente que el Creador ha puesto en nosotros. Esa atracción revela, en efecto, la voluntad divina, y le basta al hombre seguir los impulsos de su naturaleza para seguir la voluntad de Dios.

El género humano tiende, pues, á la universalidad religiosa; pero ¿cuál es el grado, cuál es el límite preciso de esta universalidad? Aquí está la cuestión.

En el blanco da Fouillée (1) observando que «el Cristianismo dogmático, más que ninguna otra religión, ha llegado en el orden moral y social á la noción de la *Iglesia universal*, primero *militante*, luego *triumfante* y unida en el amor. Mas por una extraña aberración, en vez de considerar la universalidad como un ideal, límite inaccesible de una evolución indefinida, se ha presentado la *catolicidad* como realizada *à priori* en un sistema de dogmas que deben sólo darse á conocer, ó mejor aún, imponerse. Este contrasentido ha sido el sueño de todas las religiones dogmáticas, y subsiste todavía hasta en aquellas que van cambiando los dogmas en símbolos; porque se concibe mucho menos un *símbolo universal*, que un dogma universal. La sola cosa universal debe ser precisamente la entera libertad dada á los individuos para representarse á su manera el eterno enigma y asociar á lo que de hecho conocen las legítimas concepciones hipotéticas». Fuera de esto, hay en la fe del pasado elementos aprovechables para toda dogmática futura. «En la religión de nuestros padres, decía Stuart Mill, debemos hacer una elección que nos permita guardar lo que contenía de excelente y de adaptable á nuestro tiempo.» Este consejo de un inglés que Fouillée recomienda á la consideración de los franceses, es válido también para los españoles. En naciones no latinas, tiene la validez y la garantía de hecho consumado. Así se ha observado en Alemania al protestantismo pasar del «cree, y haz lo que quieras» de Lutero, al «cree, y piensa lo que quieras» de Hegel, y por último, al «cree, y cree lo que quieras» de Strauss. No ha ocurrido otro tanto con

---

(1) *La morale, l'art et la religion, d'après Guyau.*

esas sectas artificiales que sólo han tomado al espíritu católico el formalismo y el régimen autoritario. Ya hemos visto á Comte (1) transformar su filosofía en teología y erigir al positivismo en iglesia con dogmas, culto y pontífice. Por eso se ha dicho del positivismo de Comte que, considerado en sus doctrinas sociales y políticas, es «un catolicismo menos el cristianismo» (2), ó «un dogmatismo sin crítica» (3).

Para entender el Catolicismo, debemos ante todo considerar su fundamento histórico. En la época de su aparición, el Imperio romano era el prototipo de la tolerancia, y su gobierno, lejos de imponer las creencias antiguas, daba satisfacción á las existentes, por irracionales que las juzgase. Debía, pues, el Catolicismo haber encontrado poca ó ninguna resistencia en aquel mundo que iba á sustituir. Mas no sucedió así, por de pronto. No hubo ningún Emperador sabio y patriota, exceptuando quizá á Marco-Aurelio (4), que no persiguiese encarnizadamente la nueva secta, y en general, cuanto más ilus-

(1) Véase su *Catéchisme positiviste ou sommaire exposition de la religion universelle*.

(2) Huxley: *Lay Sermons*.

(3) Liard: *La science positive et la metaphysique*.

(4) Se ha admitido generalmente, y sin pruebas positivas, por muchos historiadores, que Marco-Aurelio fue un ardiente perseguidor de los cristianos. Esta aseveración ha sido vigorosamente refutada por Villemain (*Tableau de l'éloquence chrétienne*), y por Guyau (*Stoïcisme et christianisme*). (Véase, asimismo, á Renan: *Marc-Aurèle*.) Poseemos una carta de Marco-Aurelio, en la que del modo más terminante se ordena, no sólo no perseguir á los cristianos, sino hasta perseguir y condenar á sus acusadores. Ya Tertuliano, muy pocos años después de la muerte de este Emperador, le invoca como protector de los cristianos: *nos e contrario edimus protectorem*. También Lactancio, en su obra *De persecutione*, dice: *Secutis temporibus* (habla de los tiempos subsiguientes al reinado de Domiciano) *quibus multi ac boni principes Romani imperii clavum regimenque tenuerunt, nullos inimicorum impetus passa (Ecclesia) manus tuas in orientem occidentemque porrexit*. Así es que no vacilo en suscribir sobre el particular aserciones como esta, que es de Villemain: «En nuestras especulaciones sobre los tiempos antiguos, sería una inves-

trados y filósofos fueron los Emperadores, mayor fué el peligro que corrió la subsistencia de la religión cristiana. Es que el Catolicismo no se presentó á los ojos de los paganos como una de tantas sectas fundadas en lo social sobre la política reinante. Traía un nuevo concepto de la humanidad: traía, sobre todo, la importante distinción del poder espiritual y del poder temporal, que es lo que no cabía en la mente pagana, y no podían dejar pasar los entusiastas por el Imperio. Al punto surge aquí la extraordinaria importancia de su misión y de sus ideales, mirando á las tres escalas de evolución de la sociedad antigua: Patriarcado, República, Imperio. Duruy (1) observa que, al dejar de ser Roma una ciudad para convertirse en el mundo, no pudo conservar las instituciones adecuadas para una sola ciudad y un reducido territorio. ¿Cómo hubiera sido posible, pregunta también Spencer (2), encerrar á 60 millones de provincianos en el círculo rígido y estrecho de las instituciones municipales? De la República pasa de repente al Imperio, y declara ciudadanos á todos sus moradores. Esto era todavía una concepción política incompleta, y el Catolicismo cierra todo un ciclo de la evolución social, el de la ciudad, y abre otro muy distinto, que será el de nación (3). Las gene-

—  
 tificación ociosa preguntar cuál pudo ser la influencia del Cristianismo sobre la duración del Imperio, puesto que sabemos que entró en las instituciones romanas cien años más tarde de su comienzo, y bajo un Príncipe tan virtuoso, como Constantino fue violento y cruel... La ley cristiana, accesible á los espíritus más humildes; la ley cristiana, en su pureza primitiva, especie de estoicismo popular y moderado, fue la que estableció un lazo entre los hombres más oscuros y la grande alma del Emperador; fue la que perpetuó beneficios que pasaron con Marco-Aurelio; fue la que transformó el poder, mientras el Imperio tuvo grandeza y unidad.»

(1) *Histoire des romains.*

(2) *Principles of sociology.*

(3) Se pudiera añadir: *y el mismo grado de sentimiento que, en un cierto grado de intensidad, había dado vida al Imperio contra la República, se la quitaba ahora, en un grado superior de desarrollo, para dársela al catolicismo.* Nadie hizo esta observación acerca del triunfo de la religión católica, hasta Sales-Ferré. (*Tratado de sociología.*)

raciones posteriores tenían la misión de conducir poco á poco el ideal jurídico del punto de vista de la nación, que acusa aún exclusivismo y pequeñez, al punto de vista de la *humanidad*, que proclama la unidad y fraternidad de los mortales, no sólo ante Dios, sino también ante las leyes. Por eso la revolución francesa, que, como con justa razón insinuía Dupuy, hizo pasar á los europeos de la calidad de súbditos á la de ciudadanos, es incontestablemente el hecho histórico más importante de la Edad Moderna en el sentido de la libertad civil.

Bourdalone ha dicho: «Antes de ser devoto es preciso ser cristiano», y con igual razón se podría decir que, antes de ser cristiano, es preciso ser hombre. La sociabilidad religiosa no puede ya resumirse en la vieja fórmula de los sacerdotes: *temed á Dios y honrad al Rey*; en adelante es inseparable del concepto de humanidad, tomado en toda su amplitud. No desconozco que la mayoría de los católicos han tenido y tienen necesidad de afirmarse en los parcialismos ultramontanos, ni se me oculta la semejanza y parentesco entre los principios de lo que se ha dado en llamar *romanismo*, y los de la *grey clerical*. Pero el espíritu católico es humanitario, aunque sus limitaciones históricas hayan sido frecuentes; y quien lea hoy, por ejemplo, las concienzudas páginas de la evolución social y política dedicadas al Catolicismo por Sales-Ferré, no podrá menos de reconocer que es preciso no haber llegado á la madurez de la razón para negar que el triunfo de la religión católica sobre el Imperio romano fue el paso más gigantesco dado hacia el ideal de la civilización europea, y que todas las grandes aspiraciones humanitarias de la sociedad moderna están en germen en las doctrinas é ideas de aquella portentosa revolución.

Para que el Catolicismo vuelva á ser, como era en su origen, un instrumento de paz y de caridad, es preciso hacerle aceptar todas las libertades que forman la base de la conciencia contemporánea. Algunas de estas libertades han tenido más fácil acceso, desde el principio, entre los católicos ilustra-

dos. La de imprenta, por ejemplo, como es la base del Gobierno representativo, fue una de las primeras que se hicieron paso entre los Gobiernos más moderados: nuestras Cortes del año 12 la proclamaron y establecieron cuando nadie pensaba, ni como en un sueño, en la libertad de cultos (1). Pero es preciso avanzar más y reconocer el progreso de los tiempos en todos los órdenes de la vida humana. Este progreso es confesado por todos los apologistas y exegeticos en los conocimientos sobre la Naturaleza, con los que se trata noblemente de conciliar la religión. Y si se le ha reconocido en la esfera de las ciencias físicas, ¿cómo puede negarse en la esfera de las ciencias sociales? No son solamente los políticos de profesión los que defienden esta idea; la misma escuela teológica confiesa, de todo corazón, que el ultramontanismo crudo implica un retroceso á la Edad Media. «El nuevo orden social escribe el abate Maret posee una *bondad absoluta y una bondad relativa que nosotros reconocemos y admitimos.*» Y aunque en otros pasajes le veais aspirar, como debe hacerlo todo católico, á la unidad religiosa, no por eso se contradice. «Aun cuando la Iglesia añade consiguiera restablecer la verdad y la unidad, debería conservar la libertad.» Esta libertad la transfiere el abate Maret al terreno mismo del pensamiento, y del pensamiento teo-

---

(1) Lo mismo sucedió en Francia á principios del pasado siglo. «No quiero exclamaba Chateaubriand que si nacen Copérnicos ó Galileos, pueda el censor, de una plumada, relegar al olvido un secreto que el genio del hombre haya arrancado á la sabiduría de Dios.» «La censura decía también Danou es esencialmente parcial, siempre lo fué y no puede menos de serlo: es la arbitrariedad absoluta.» Por último, Royer-Collard se expresaba sobre el particular en estos términos: «Fué una imprevisión suma en el gran día de la creación, esto de dejar al hombre libre é inteligente en medio del universo: de aquí han procedido el mal y el error. Pero á bien que una sabiduría más profunda ha venido á enmendar la falta de la Providencia, á restringir su liberalidad y á hacer á la humanidad, sabiamente mutilada, el servicio de elevarla á la feliz inocencia de los brutos.» Esta es la conclusión de Chateaubriand, pero aquí envuelve una rechifla terrible.

lógico. «Nos gusta prosigue la libertad de pensar, y creemos que se causa perjuicio cuando en una carrera que más que cualquier otra pertenece á la región del pensamiento, se pretenden llevar todas las inteligencias por la mano.» Mientras miremos las libertades de contradicción como extrañas á la religión revelada y frutos del pecado original; mientras las consideremos como máquina de guerra contra la Iglesia y sus ministros, no llegaremos á consolidar la franca y verdadera catolicidad. Necesitamos, al contrario, clérigos y fieles tolerantes que se funden precisamente en esas libertades para llegar á la catolicidad por la vía legítima de la persuasión, de la propaganda y del proselitismo.

Pero, sobre todo, necesitamos fieles y clérigos prácticos más que teóricos, por contraposición á los que hoy nos rigen y que saben sólo exaltar el dogma y no preocuparse apenas de la piedad. Semejante modo, puramente formal, de concebir la fe, será siempre reprobado por estas acertadísimas palabras de Sailer: «Las ideas se me representan en el hombre como las agujas de un reloj, que marcan horas diferentes, y las inclinaciones como el resorte que las mueve: quien intenta formar solo é inmediatamente las ideas, se asemeja al que quiere componer un reloj poniendo en hora la muestra con la mano, sin tratar de arreglar la máquina.» Ninguna religiosidad más noble que la de las inclinaciones ó acciones. Cuando éstas son sinceras, lo es la fe que realizan. Spinoza estaba dominado por esta idea grandiosa al escribir en su *Tractatus teologicus politicus*: «No hay que creer que opiniones tomadas de una manera absoluta y sin relación á la práctica y á los efectos, tengan algo de piedad é impiedad: creo más bien que no se debe atribuir á un hombre ni uno ni otro de estos caracteres más que en cuanto sus opiniones le llevan á la obediencia ó á la rebelión y al pecado. Dios no exige de los hombres más que el conocimiento de su divina justicia y su caridad, la cual no es necesaria para la ciencia, sino solamente para la obediencia... No se debe, pues, comprender en la fe católica más que

los puntos estrictamente necesarios para conseguir la obediencia á Dios, aquéllos, por consiguiente, cuya ignorancia conduce, necesariamente, al espíritu de rebelión. Respecto á los demás, cada cual pensará lo que le parezca conveniente, según que los juzgue más ó menos á propósito para fortalecerle en el amor de la justicia.» Esta economía dogmática constituye el fondo y la introducción á toda reforma católica futura.

#### UNA MIRADA AL PORVENIR

¿Qué hombre de experiencia histórica puede creer llegado el momento de señalar la solución lejana y posible de los problemas religiosos, y el fin probable y próximo de la cuestión clerical? No se ha olvidado en Francia el famoso documento, en el cual Leroux, uno de los más célebres secuaces de la escuela socialista y humanitaria, pretendía con un muy íntimo convencimiento que Cousin, en la intimidad de la conversación, había dicho, ó se le había hecho decir (porque yo le tengo por mejor de lo que esta frase le presenta), que «el Catolicismo tenía dentro del cuerpo *cincuenta* años de existencia *todavía*.» ¿Será preciso añadir que el medio siglo ha pasado, y el Catolicismo cuenta aún por millones á los que reciben su bautismo y obedecen sus máximas, llena el alma de amor y exenta la razón de rebeldía? Algo, sin duda, influye en esto el hábito, mucho la conveniencia, y no poco ese simpático aspecto, común á las distintas religiones, de seguir al hombre en los distintos actos de la vida (1). Debe,

(1) Pi y Margall, en su bello libro *Las luchas de nuestros días*, llama, con justicia, la atención sobre el hecho de que las religiones «se enlazan de tal modo con las costumbres, que apenas hay fiesta ni duelo á que no asistan, y lleven, ya su palabra, ya el olor de sus perfumes. Nace el hombre, y la Iglesia le bautiza; se casa, y la Iglesia junta la mano de los esposos; muere, y la Iglesia acompaña el cadáver al sepulcro; está ya debajo de la tierra, y la Iglesia ora todavía con los que le sobreviven para llevarle el alma al cielo. La Iglesia canta y celebra las victorias de la patria,

pues, proceder su significativa permanencia, de razones sociales, de una necesidad de los sentimientos humanos, contra los que nada pueden la cultura ni la ciencia. Bien que, por otra parte, no hay aquí necesidad alguna.

En cierta parte de su obra, hace el Cardenal Sancha una observación en que debemos fijarnos. «Es un hecho notorio é innegable dice que el Catolicismo, ya por razón de su nativa fecundidad, *ya por la tolerancia y protección que de cincuenta años hasta el presente ha encontrado en Inglaterra*, se ha difundido de una manera maravillosa.» ¿No parece que aquí viene á reconocer el Cardenal Sancha que la libertad religiosa es la causa más eficaz y potente de la expansión de la Iglesia romana? Tal es la buena fe de los partidarios de la intransigencia de cultos, que en punto á la propagación del Catolicismo han defendido á la vez el pro y el contra, según les convenía. Yo no necesito insistir sobre esto, porque ya lo he hecho en *Democracia y clericalismo*; pero si aquella insinuación nada prueba en favor de lo que el Cardenal Sancha se propone, prueba á lo menos que este autor no acierta á ponerse de acuerdo consigo mismo. ¿Se puede presentar un ejemplo más elocuente que Inglaterra en apoyo de las ventajas y ópimos frutos de la libertad religiosa? En cuanto á España, no tendría razón de ser ninguna reforma en el sentido de esa libertad, si hubieran desaparecido de nuestra Constitución los resabios de

---

recuerda desde el altar á las generaciones presentes los héroes de las que pasaron, mezcla en todas las fiestas nacionales, con el tambor que suena y el cañón que retumba, la voz de sus cánticos y el alegre clamor de sus campanas. Bendice el puente que se levantó sobre el río, la nave que se bota al mar, la locomotora que va por primera vez á devorar el espacio. Sus ritos, sus ceremonias, sus trajes, sus templos, su fausto, cautivan, por otra parte, las muchedumbres. Esto hace que subsistan las religiones en su forma mucho tiempo después de muertas en su espíritu; esto hace que el paganismo, quince siglos después de haber bajado del pedestal sus dioses, viva en algunas de nuestras costumbres y palpite todavía en el seno mismo de la Iglesia».

un liberalismo vergonzante. Pero no hay nada de esto: con la consabida *tolerancia* religiosa se ha creído contentar á liberales y clericales, y, en realidad, se ha conseguido sólo engreir á los últimos, dejándoles íntegra su influencia y su dominación, sobre todo en los centros poco populosos. De lo cual me sería fácil citar ejemplos (1). Para evitar tales abusos debe procurarse, como Strauss lo explica extensamente, «seguir con el más vivo interés los actos de los hombres que se han tomado el trabajo de regular las relaciones entre la Iglesia y el Estado para la felicidad pública y en el sentido del espíritu de la libertad... Pero hasta nueva orden, no cabe pedir (para los no católicos) en este movimiento, más que lo que Diógenes al gran Alejandro: que en el porvenir, la sombra de la Iglesia no se encuentre más en su camino. Con estas nuevas condiciones, no estarán obligados á tener por más tiempo asuntos con la Iglesia. Entre otras cosas, el matrimonio civil será obligatorio en todos los casos (lo que parece hoy chocar con invencibles preocupaciones). Sobre todo, no se presentaría al ciudadano la cuestión de si pertenece, ó quiere pertenecer, á una comunidad eclesiástica. Cuando el soberano proclamara en sus estados la libertad en todo particular de salvarse á su manera, tal vez se hubiera sorprendido, aunque sin cólera, si uno de ellos, que por lo demás hubiera sido reputado por hombre de honor, le hubiera dado esta respuesta: «Permitidme, Señor, pero yo no quiero salvarme.» Porque no hay que engañarse;

(1) Hallándome de militar en Arrecife (Islas Canarias), fué denunciado por el párroco de dicho pueblo un artículo en que D. Domingo Ferrer, redactor del *Cronista*, se insinuó contra ciertas supersticiones populares, provocadas por unas rogativas entre los campesinos de la isla de Lanzarote. El juez, un clerical furibundo, formó expediente al Sr. Ferrer: el periódico (en cuyo folletín se estaba publicando una novela mía) quedó suprimido. Ese mismo párroco había ya conseguido del propio juez un arresto menor y multa contra otro periodista amigo mío, D. Manuel Fernández. Con tal motivo publiqué en un semanario de Santa Cruz de Tenerife, *La Palestra* (Enero de 1900), un artículo en defensa de ambos señores; pero mis palabras quedaron sin eco.

esa expresión equivaldría á esta otra: «En mis estados, cada uno es libre de ser loco como lo entienda, mientras que su locura no toque de cerca al bien público.»

Mucho tiempo ha que los hombres tienen necesidad de profesar una religión y de reunirse en una iglesia. Lo mismo sucederá hasta el fin del mundo, y esta no es razón para que se dé á determinada religión ó á determinada Iglesia el predominio sobre sus rivales y sobre los demás elementos sociales en general; antes bien, será preciso que ellas cedan á la verdad religiosa final cuando llegue el día de su triunfo, y que cedan para siempre. Los mismos Padres de la Iglesia lo han reconocido al combatir el sincretismo excéptico de los filósofos de Alejandría, siquiera reconociesen el valor de este sincretismo en las verdades religiosas de razón natural. «El filósofo decía Proclo no se atiene á tal ó cual culto; no es extraño á ninguna forma de religión, porque es el gran sacerdote del Universo.» San Juan Crisóstomo, por el contrario, escribía: «No es con la opresión y la violencia con lo que los cristianos deben destruir el error; con la persuasión, la enseñanza y la caridad es con lo que deben salvar á los hombres.» La libertad pagana era, pues, una libertad completamente indiferente; la libertad del cristianismo y del dogma era, por el contrario, una libertad activa y entusiasta, resultado del ideal que, á la vez que nos hace esperar en el cielo, nos manda trabajar en la tierra en la realización del plan de Dios. El pasado conoce ya las aplicaciones importantes y benditas del principio cristiano de la paternidad divina y de la fraternidad humana. El porvenir debe tener conocimientos más profundos y más numerosos todavía (1).

Pero no conviene extremar un falso idealismo ni presentar como salvación para nuestro país fórmulas antiguas ó extrañas. Precisamente al método opuesto son deudoras las demás naciones europeas de la maravillosa pujanza que han adquiri-

---

(1) Reville: *Histoire du dogme de la divinité de Jésus-Christ*.

do, así en el orden político como en el religioso. Al romanticismo de los demócratas retóricos, de los Castelar, de los Pí y Margall, de los Salmerón, no se le ha sustituido hasta ahora con nada práctico, positivo, viable. Los ortodoxos han seguido el común ejemplo, y el Cardenal Sancha no presenta ninguna opinión científica sobre la psicología religiosa de nuestro pueblo. Ahora bien; esta psicología, aunque no hecha aún (las obras de San Juan de la Cruz y de Calderón, extratificaciones poéticas del sentimiento religioso de nuestro pueblo, apenas han sido estudiadas), nos demuestra palmariamente que la religión de España, en su aspecto genuinamente nacional, es extraña á toda metafísica, carece de teólogos verdaderos, y la mejor prueba de ello es, como se ha dicho, que no hemos tenido herejes. Consecuencia lógica de semejante debilidad fundamental de nuestras creencias es que se muestren ardorosas y fanáticas, con afección inflexible y ciega al culto y á las prácticas de conquistador proselitismo que necesita imponer al infiel ó al herético, como lo evidencian las vidas de Santa Teresa, de San Francisco Javier y de San Ignacio de Loyola. Si cesa la predicación nos hacemos maquinales y formalistas, siendo de notar, como lo ha advertido Fouillée, que la católica España ha sido á las veces heterodoxa, alimentando el fuego interior de la herejía que, despiadada, perseguía fuera.

Los signos de los tiempos nos prueban que semejante carácter religioso no ha desaparecido de nuestra alma nacional. Un joven escritor español, el concienzudo é imparcial André (1), acaba de tomar la cuestión en estos términos, proclamando la sustitución del dogmatismo tradicional por la siembra colectiva de estas tres creencias esenciales: fe en nosotros mismos, fe en la humanidad y ultra-fe ó fe en Dios, que es el verdadero fundamento de la religiosidad. Yo no digo que nues-

---

(1) En sus notables trabajos sobre *El espíritu nacional*, *La mentalidad española*, etc.—Véase también á Llanas: *Alma contemporánea*.

tra actual decadencia se deba inmediatamente á la anteposición y predominio de las ideas religiosas en la sociedad española. El mal principal está, á mi juicio, en haber separado de esas ideas todo género de sociabilidad, de humanitarismo y de aspiración internacional (como en las contrarias se han olvidado los verdaderos alcances nacionales), dejando reducida la religión á mera fórmula, á un cuerpo de ritos sin vida ni transcendencia social. El formalismo dogmático de nuestro clero, con su timidez é intolerancia, nos trae sin querer á la memoria el consejo de Flaubert á Jorge Sand: «Sí; es preciso inclinarse hacia el catolicismo sin creer ni una palabra.»

Se ha supuesto que la extensión material de la Iglesia corresponde á una disminución real en la fe; pero se podría afirmar más fundadamente que el aumento de esta fe por la libertad de conciencia trae consigo la expansión franca del catolicismo. Por eso esta religión va concluyendo en los pueblos animados de su antiguo espíritu y ganando en extensión y en intensidad en los pueblos francamente individualistas, democráticos, formados por la civilización moderna, sobre todo en el Nuevo Mundo. Tocqueville (1) observaba, en 1838, que la Iglesia católica, en libre funcionamiento en los Estados Unidos, lo menos sesenta años antes de su viaje, había acabado por entrar en una era de plena prosperidad. «Si el catolicismo añadía llega á sustraerse á los odios políticos que ha hecho nacer, no dudo que ese mismo espíritu del siglo, que se le antoja tan contrario, se le vuelva favorable y acabe por realizar grandes conquistas.» Parece que va aproximándose el tiempo en que se verifique esta transformación. La Iglesia católica, que sólo contaba en los Estados Unidos en la época del viaje de Tocqueville un millón de creyentes, cuenta hoy, según datos precisos de Max Leccrec, diez millones. «New-York dice Fouillée tiene una gran parte en este movimiento.» Hay allí, en efecto, catolicismo autónomo, catolicismo liberal (2)

(1) *De la démocratie en Amérique.*

(2) Véanse más detalles en *Democracia y clericalismo*

y tal vez se llegará á efectuar en parte la conciliación, quisiera poder decir la reconciliación, de la Iglesia romana con la civilización moderna, «reconciliación que tendrá su repercusión en Europa» (1).

A esta reconciliación, y de rechazo al entronizamiento de la espontánea universalidad religiosa, ha de contribuir mucho un ideal que, poco á poco, va realizando la filosofía social y que ha penetrado en casi todas las capas ilustradas del mundo moderno. Me refiero á la reducción paulatina de las funciones autoritarias del Estado y el sucesivo acrecentamiento de las relaciones libres entre los ciudadanos para la obra magna de la emancipación del hombre. «La edad moderna escribe Hartmann (2), al afirmar el derecho de todos á la libertad, ha dicho la última palabra de la vida política.» Esta expresión es un rasgo preciso de gran penetración y de acierto. Todo derecho es una libertad, y la libertad es el primero de los derechos del individuo. Si ninguna libertad nos fuese permitida, tampoco ninguna ley podría obligarnos. Recíprocamente, las libertades tienden á la igualdad y á la fraternidad, y esto es lo que constituye la formación orgánica y solidaria de la gran asociación humana. Ese gran *kulturkampf* internacional no busca el derecho que ya poseemos, sino el que aún nos falta: no pide, por ejemplo, la destrucción de la servidumbre, que no existe, ni del despotismo real, que ya no es más que un nombre; pero sí de la servidumbre y del despotismo que aún subsisten en los gobiernos democráticos. El derecho no es la lucha, es la conquista. Así le vemos reducirse á la paz más absoluta, tan pronto termina el combate por la libertad. Por esta causa, si no ya por otras, es tan paradójica la relación que se trata de dar á la fuerza como autoridad con las necesidades y exigencias del derecho, que, ciertamente, me asombra hallar sostenida en libros de carácter jurídico la afirmación, en extremo errónea, de que son en el fondo idénticos el derecho y la fuer-

(1) Fournier de Flaix: *Pendant une mission en Russie*.

(2) *Philosophie des unbewussten*.

za, como es fácil notar en el libro del filósofo alemán y elegante romanista Yhering, que se titula *Der Kampf um's recht* (1). No cabe desconocer que las conquistas de la libertad social nos presentan una serie de aproximaciones á la disminución de la autoridad y de la guerra, y el ideal de la humanidad, en su plenitud, es acrecentar la expansión individual y la fraternidad de los hombres hasta dejar reducida la disciplina política á lo que los alemanes llaman «Estado de derecho» (2).

Voy á considerar ahora la cuestión bajo el aspecto católico. Hay un grupo de consideraciones teológicas que, atentamente examinadas, y circunscribiendo su alcance demostrativo, parece que habría que adaptar al nuevo ideal de la catolicidad, aunque en rigor no sea su significado más que un aspecto negativo del *kulturkampf*. Aludo á la idea de la supervivencia de la Iglesia cristiana sobre esta mar de la cultura moderna, tan fecunda en naufragios dogmáticos, y entregada, por la movilidad misma de sus elementos, á eternas fluctuaciones religiosas. Haciendo suya esta idea en los *Essais*, Montaigne no temió afirmar que *c'est un effet de la Providence divine de permettre sa sainte Eglise es très agitée, comme nous le voyons de tant de troubles et d'orages, pour eveiller par se contraste les âmes pies et les ravoir de l'oisivete et du sommeil*. Ciertamente que esta fe en la perpetuidad del Cristianismo merece

---

(1) No deja de ser chistoso observar cómo esta aspiración moderna se sostiene en sus trece. En la *Paz en la guerra* de Unamuno, hallamos una lisonjera pintura del porvenir social. Unamuno afirma que hay que «reducir á santo trabajo la guerra. No fuera de ésta, sino dentro de ella, en su seno mismo, es preciso buscar la paz». Unamuno no echa de ver que en todo el curso de la historia los elementos retrógrados no han hecho otra cosa que *reducir á santo trabajo la guerra*. ¿Qué contestación satisfactoria podría dársele, según el ideal de Unamuno, al que quisiera hacer la siguiente deducción: estando en el seno mismo de la guerra la paz, el ultramontanismo, con su pacificación coercitiva é inquisitorial, es más legítimo que el liberalismo?

(2) Véase á Gneist: *Rechtstaat*.

ser reflexionada y vivida; pero mal conocería la naturaleza humana quien no parase su atención en el hecho que Clarín señaló con tanta perspicacia cuando hizo observar, á propósito de lo que se llama generalmente muerte de los grandes hombres y supervivencia de las ideas por ellos prodigadas, que «las grandes ideas mueren también. Dios, la idea de las ideas, quiere ahora matarla. Quieren matar á Dios como idea y como personaje. El mismo Jesús, el dulce nombre de Jesús, peligra más que el Papa. En Jesús hay muchos que no creen, y al Papa lo respetan todos, todos le reconocen vigorosa vida, máxime si es cierto que Bismarck le apoya. Sí; el mundo va por esos caminos: habrá tiempos acaso en que haya Papas y no haya Dioses. A los pocos meses de perecer Cristo en la Cruz, ya andaba su pariente Santiago, como la mejor intención del mundo, queriendo echarle á perder su obra inmortal; y lo que el hermano ó primo del Señor quería, lo hacen los Pontífices modernos á las mil maravillas. Mueren los grandes hombres, mueren las grandes ideas, y quedan los hombres pequeños, los Pontífices y las miserables preocupaciones».

Mas, por otra parte, el Pontificado actual posee un laxismo relativo de grandes esperanzas para el porvenir. En efecto, muéstranos en Roma un *auri sacra in fames* que el Cardenal Parochi, citado por el Cardenal Sancha, considera con justicia como estímulo de apostasía, pero también como ocasión de la vuelta de la Iglesia á su noble, espiritual y primitiva lucha contra el dinero y el poder del siglo. El *los von Rom* de Alemania, el odio á Roma, extendido con motivo de los últimos acontecimientos de la raza anglo-sajona, informa á los ministros de la herejía en la Ciudad Eterna, los cuales, más que nadie, desean vivamente conquistarla. De aquí el establecimiento de la simpática obra de la *Preservación de la fe*: de aquí el interés que con ferviente solicitud, *verbo et exemplo*, toma por ella el Santo Padre: de aquí, en fin, ese espíritu laxo á que antes aludía, y que acaso sea una retractación formal, pero que contribuye (no hay que dudarlo) á envolver en

una atmósfera de superioridad moral la política social del Vaticano. En esto es en lo que cabe dar la razón á los defensores inteligentes del Catolicismo, que reclaman, no sólo para el pueblo, sino también para las otras clases sociales, educación religiosa y tutela eclesiástica que las redima de una manera lenta y orgánica de su esclavitud, de su miseria y de la tiranía á que se hallan sometidas en el actual régimen de transición, de confusión y de romanticismo político (1). Pero el ideal completo de la humanidad requiere también otras influencias, y ningún principio dogmático prohíbe al creyente admitirlas y aun cooperar al buen éxito de sus aplicaciones.

En suma: puede darse por cosa probada que la obra de la *Preservación de la fe*, según el Cardenal Sancha, ha puesto de relieve la espantosa debilidad del clericalismo. El mundo moderno, cada vez menos tolerante, odia y persigue á todo cuanto se presenta contrario á sus pasiones é ideas, y es preciso que la Iglesia oponga lucha á lucha, pero dejando subsis-

---

(1) «No hay que forjarse ilusiones de incauto optimismo. Necesitan, no sólo la plebe, sino también la clase media, siglos enteros de no contrariada influencia cristiana y de independiente y expedita acción salvadora de la Iglesia, para que, sin temor y desconfianza, pueda entregarse á todas las clases su patrimonio democrático. Lo cual no quiere decir que se les retenga, porque á todas se les debe justicia y hay que otorgárselo, como los demás bienes jurídicos que la sola condición de hombre reclama. Por caritativo amor al pueblo, que tantos títulos naturales y sobrenaturales de dignidad reúne, no se le puede escatimar, antes es fuerza darle con circunspección la plenitud de las libertades ordenadas; pero velando siempre para que no las convierta en la licencia que allana los caminos á la tiranía. Y por prevenir, en cuanto es posible, el absolutismo, ejercido á título de dirección titular, y que, aunque circunstancialmente lícito, está erizado de peligros é inconvenientes, á la aristocracia hay que encomendar un patronato consuetudinario y efectivo sobre los otros órdenes, sus hermanos menores, á fin de que no pierdan, menoscaben ni manchen la parte de democracia y autarquía que les pertenece y les incumbe guardar, no sea que, como á diario está sucediendo, vayan á enagenarlas á precio más bajo, que Esau la primogenitura.» (Gil Robles: *El absolutismo y la democracia*.)

tir como razón justificante de ambas el principio de la libertad en todo su rigor. No sabemos qué fracción quedará triunfante al final de la jornada; pero lo que sí es cierto, á mi juicio, es que la sociedad civil, tan largo tiempo sometida á la dictadura del poder eclesiástico, no debe hacer nada mejor para acabar la secularización de los diversos órganos de la vida social, que proclamar ante las leyes la independencia en materia de fe, la libre creencia, el triunfo del individualismo dogmático: la *anomia* religiosa.

Tal vez se acuse á mi crítica de ser un poco difusa, por extender demasiado las consecuencias que se desprenden de los principios sentados por el Cardenal Sancha; pero si este es un lunar, bien merece disculpa. En ello me ajusté al consejo de Homero en la *Odisea*, cuando escribe: «Echaos sobre él, cogedle, y á pesar de todos sus esfuerzos para escaparse, no le soltéis, continuad estrechándole fuertemente. Todo lo imitará, tomará todas las formas; pero apretadle más, redoblad sus ligaduras. Cuando haya vuelto á *ser lo que era*, suspended vuestros esfuerzos y dadle libertad.» Ese ha sido precisamente mi método. Hemos expuesto el parecer del Cardenal Sancha, pesado las razones que lo abonan, apreciado los ideales que permite, y he aquí lo que hemos hallado: el clericalismo es el genuino catolicismo, todo verdadero católico debe *à fortiori* ser clerical; esta tendencia constituye el supremo grado de fidelidad á la Iglesia, como la contraria representa el sectarismo y la impiedad. No es, pues, posible llamarse á engaño. A pesar de las variaciones que ha tenido, de los progresos que ha adoptado, de los vestidos que se ha puesto, el reciente clericalismo español, disecado y examinado con el microscopio de la crítica, aparece como la más franca expresión del ultramontanismo puro.

Esta discusión nos ha proporcionado una buena ocasión de apreciar los frutos que el elemento eclesiástico de nuestro país es capaz de producir, pues el Cardenal Sancha se cuenta entre los prelados más eminentes y virtuosos de la nación es-

pañola. ¿Será preciso añadir que el resto del clero conserva en su credo político todas las negaciones más reaccionarias del viejo programa religioso? Por mi parte, no tengo necesidad de seguirles en ese camino. Con lo apuntado queda, á mi entender, suficientemente esclarecida en su parte negativa la cuestión propuesta. Algo he insinuado también sobre los ideales positivos de nuestro porvenir dogmático; pero esta obra es muy vasta para emprendida por un hombre solo, y más propia de los reyes que construyen palacios, según frase de Schiller, que de la turba de peones que arrastran las carretas de los ladrillos. Bastante habré conseguido si mi pequeño material de construcción puede dar algún sostén al inmenso edificio de la religiosidad futura.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

# LA HISTORIA EN EL DRAMA RUY BLAS

DE VÍCTOR HUGO

---

Víctor Hugo está en camino de llegar á ser un clásico, aun en el sentido restrictivo y académico de la palabra. Acaso dentro de algún tiempo nuestros jóvenes retóricos lidiarán con *Hernani* ó *La leyenda de los siglos*, como lidian hoy con *Andrómaca* ó *Británico*, y quizás los nombres de Triboulet, Ruy el Sutil ó Goulatromba no tardarán en serles más familiares que los de los héroes de la antigüedad ó de las divinidades del Olimpo. Ello pende, en suma, del capricho de un Ministro ó de un Consejo superior.

Puede preverse el momento en que los editores de libros recomendados é impuestos á las familias se disputarán la obra del poeta y expondrán en el mejor sitio. La cubierta verde académica de la edición de consulta, y la modesta pasta de la edición destinada á las clases, figurarán en los escaparates de las librerías en época de apertura de curso. Se presentarán en competencia los comentadores de Hugo: el uno aducirá más erudición y gramática, el otro será más literario y más rico en interesantes datos.

Tratemos de trabajar para esos futuros escoliastas, cuya tarea será espinosa é inmensa.

Por lo demás, nadie se engañe acerca de nuestras intenciones. No se trata aquí de darse el gusto harto fácil y muy

pueril de anotar lapsus ó contrasentidos en los dramas del maestro, y entregar su obra á la burla de pedantes vulgares. Y por otra parte, aun cuando el teatro de Hugo no constituyese sino un tejido de enormes yerros históricos, no por eso se amenguaba el valor de su poesía. Ni los fanáticos, que lo aceptan todo, ni los tímidos, que admiran, pero que quisieran mutilar esos dramas y componer con sus mejores trozos una antología hermosa, verían ofendido á su ídolo: el crítico pigmeo desaparece ante el poeta gigante.

Nuestro objeto es, en absoluto, diferente. No tratamos más que de hacer ver, con ejemplos tomados de la historia de España, de qué manera reunía y preparaba el gran obrero los materiales de sus fábulas, cómo los manejaba para amoldarlos á sus concepciones, ó sólo á las exigencias del color, de la sonoridad y de la rima. Y esto nos parece interesante.

Si nos fijamos en el *Ruy Blas*, es porque este drama es el que mejor se presta á semejante investigación, ya que el mismo Hugo parece haberla solicitado, al darnos en una nota pretexto, y hasta cierto punto también, medios para emprenderla:

«Por de contado que no hay en *Ruy Blas* ni un detalle de vida privada ó pública, de interior, de mobiliario, de blasones, de etiqueta, de biografía, de números ó de topografía, que no sea escrupulosamente exacto... Él (el autor) ha dicho ya en otra parte, y espero que tal vez se recuerde, que *á falta de talento tiene conciencia*. Y esta conciencia quiere llevarla á todo, lo mismo á las cosas pequeñas que á las grandes, tanto al citar una cifra como al retratar corazones y almas, así en el dibujo de un blasón como en el análisis de los caracteres y las pasiones.»

Palabras son estas que autorizan un examen minucioso y dejan el campo libre á un crítico investigador. Procedamos con orden, y hablemos del asunto de la obra antes de descender á detalles.

Fácilmente se colige la causa de que, ocho años después

de *Hernani*, retorne Hugo al país del honor castellano, y le sugirió la idea de inspirarse en una época de decadencia y unir su drama al grandioso derrumbamiento del poderío español. Por el año de 1830 se respiraba en el aire, si así puede decirse, á Carlos II de España. Novelistas, dramaturgos y artistas estaban obsesionados por la sombría visión del decrepito monarca, cuya prolongada agonía coincidió con la decadencia de su nación. Unos se fijaban en la impotencia física del heredero de Carlos V, impotencia que fue, largo tiempo, la preocupación más honda de Luis XIV y de su diplomacia, y trataban de convertirla en asunto dramático. Ejemplo: *La Reina de España*, de Enrique Latouche (1).

Representado en el Teatro Francés, el 5 de Noviembre de 1831, el repugnante drama que, según nos dice Sainte-Beuve, debía servir de «vehículo á una intención política hostil» (2), no recogió sino silbidos y no volvió á aparecer en los carteles. Ciertamente que no fueron las tergiversaciones históricas, de que está lleno, las que determinaron su ruidoso fracaso; preciso es, sin embargo, agradecer al público de entonces aquella ejecución sumaria, fuesen cuales fuesen los motivos. Para formar idea de los conocimientos de Latouche acerca de España, basta recorrer la lista de los personajes, en la que se encuentran un «*Medina-Sidonia*, monje juvenil que se ha impuesto el nombre de *Fra-Henares*»; un *Almeido*, chambelán del Rey; una *marquesa* de Sandoval, una *condesa* de la Cerda. Añadamos un «*Don Porto Carrero*, inquisidor general y confesor del Rey»: trátase del famoso Cardenal Portocarrero, el gran Ministro de Carlos II y de Felipe V. Esto por lo que respecta á la historia y al color. En cuanto al espíritu y al tono de la obra, júzguese por la siguiente escena contra el Rey, su médico francés y su confesor.

(1) *La Reine d'Espagne*, drama en cinco actos, representado una sola vez en el Teatro Francés (5 Noviembre 1831), par M. H. de Latouche. Paris, 1831, in 8.º

(2) *Causeries du lundi*, t. III, p. 386.

EL REY

... Voy al asunto, señores. Me preocupa una gran idea, una idea relativa á todo el porvenir de España.

MONVILLE, *con inquietud.*

Explicaos, señor.

EL REY

Tengo el proyecto de perpetuar mi dinastía.

EL CONFESOR

¡Y estará muy bien hecho!

EL REY

Doctor, ¿crees tú que un hombre de mi edad, sesenta años y pico (1), pero ¡que es Rey!, puede tener hijos?

MONVILLE

Algunas veces, señor.

EL REY

¿Y á los setenta años, amigo mío?

EL CONFESOR

Siempre.

EL REY

Me llenais de alegría... pero, ¿qué medios me aconsejais para que proyecto tan útil se realice cuanto antes? Doctor, tú eres el más joven, habla el primero.

---

(1) Recordemos que Carlos II murió el 1.º de Noviembre de 1700, á los treinta y nueve años de edad.

MONVILLE

El santo varón que se halla aquí, señor, os dirá mejor que yo, que á veces las resoluciones humanas están llenas de vanidad. Triunfaréis sin duda; pero opino que es menester recurrir á la clemencia del cielo. Vuestras esperanzas deben nutrirse de un alimento puramente divino: rogad, señor; ayunad, macerad y fortificad vuestro cuerpo por todos los medios que la religión enseña.

EL REY

¿Lo crees así?

MONVILLE

Señor, poneos en estado de gracia como si se tratase de obtener un milagro.

EL REY

¿Y vos, padre?

EL CONFESOR

Lo que ha dicho el doctor, señor, es sumamente laudable. Sin embargo, mi parecer es que no hay que descuidar á intervalos los terrestres auxiliares que Dios ha puesto naturalmente y con indulgencia á nuestra disposición.

EL REY

¿Y cuáles son?

EL CONFESOR

Por ejemplo, acercaos algunas veces á la Reina.

EL REY

Tal vez tengais razón.

EL CONFESOR

Además, sería provechoso excitar suavemente las dotes de Su Majestad Católica. Una hora ó dos dedicadas á la pesca ó

á la caza, un poco de ejercicio en compañía de la Reina. En fin, ¿queréis saber todo mi pensamiento?

EL REY

Os lo ruego.

EL CONFESOR

Pues bien, no desdeñemos en ocasiones ni las colaciones succulentas, ni los vinos generosos. Con la ayuda espiritual de estas cosas, señor, sentiréis marchar de acuerdo las influencias del cielo.

EL REY, *descubriéndose.*

¡Así sea!

Hay también en este drama, entre el Rey y la señora de Jordán, nodriza de la Reina, un diálogo sumamente sugestivo:

EL REY

Sí, señora de Jordán, me pertenecéis, y vuestros honorarios correrán desde este día. Sois nodriza real.

LA SEÑORA DE JORDÁN

Puesto que lo deseais, consiento en ello por cariño á nuestra María Luisa; permaneceré aquí dos años más, á fin de educar á vuestro Príncipe de Asturias; pero permitidme que haga venir á mi marido para distraerme un poco en la corte...

EL REY

Esa es, merced que hay que pedir especialmente á la Reina.

LA DE JORDÁN

Y por eso quisiera encontrarla. Debe de andar cerca de este aposento, según me han dicho; tal vez esté dentro: entremos.

EL REY

Entremos. ¡Ah! no: algo veo que nos prohíbe turbar su piadoso retiro.

LA DE JORDÁN

¿Qué es eso? ¿unas zapatillas?

EL REY

Ya lo véis: las sandalias de algún hermano del convento de los Jerónimos.

LA DE JORDÁN

¿Y eso nos impide ir en busca de vuestra esposa?

EL REY

Sois extraordinariamente ignorante, amiga mía. Siempre que se deja esa señal á la puerta de una habitación ó un oratorio, en España, quiere decir, que se implora el favor de Dios para un alma pecadora: que se trata de una conjunción... entre la penitente y la el que ha de absolver los pecados. Desde tiempo inmemorial, los españoles comprenden y respetan ese símbolo (1).

En el prefacio lleno de despecho con que Latouche encabeza su drama, alude especialmente á Mortonval y á su novela histórica *Fray Eugenio ó el auto de fe de 1680* (2), que no es ni mejor ni peor que tantas otras de la misma época; sin disputa vale mucho más que el *Piquillo Alliaga*, de Scribe. Si quiera el autor hojeó las Memorias del siglo xvii y algunos libros españoles, particularmente la relación del gran *auto de*

(1) Acto III, escena IX.

(2) *Fray Eugenio ou l'auto-da-fe de 1680*, por M. Mortonval (psudónimo de Alejandro Tursy Guesdon), autor del Tartufo moderno y del Conde de Villamayor.—París, 1826; 4 vol. en 8.º

fe de 1680. Con todo esto compuso una narración exornada con episodios de su cosecha, y en que el fanatismo de Carlos II, como ya lo indica el título, ocupa lugar preponderante. No hay duda de que la historia está menos desfigurada en Mortonval que en la obra de Latouche, ó en otra novela casi contemporánea suya de Regnier Destourbet *Carlos II y el amante español* (1).

Este novelista alude, sobre todo, á María Luisa de Orleans, la infortunada primera mujer de Don Carlos; y una vez más la impotencia del Soberano valetudinario hace el gasto de la narración, cuyos detalles acusan en su autor ignorancia tan sorprendente como ingenua de las cosas de España. Baste un ejemplo para apreciar el libro. ¿Podría presumirse que el grave dominico Froilán Díaz, confesor de Carlos II, tan conocido por haber supuesto el hechizamiento del Rey (2), en la obra se convierta en cierto cartujo de Jerez, llamado *Fray Landías*?

«El fraile bonachón y regordete á quien todo el mundo quiere, que quiere á todo el mundo, y cuyo único defecto es dejarse subyugar alguna vez por el placer de la mesa, es un sibarita que da más importancia á un plato de venado bien asado que á la cuestión discutida en la Sorbonne de París. Su biblioteca está un poco desordenada, pero en orden perfecto su bodega. Admira poco á las devotas ásperas; mucho y aun demasiado á la hermana Santa Plácida, á causa de su arte en los guisados y su habilidad en la cacerola. No obstante estos defectos, Fray Landías es el amigo del Rey, el cual, habiéndose educado con él, va de cuando en cuando á verle á la Cartuja de Jerez (3).»

(1) *Carlos II y el amante español*, por Regnier Destourbet, autor de Luisa y de un baile en la morada de Luis Felipe.—París, 1832; 4 volúmenes en 12.º

(2) Proceso fulminado contra el Rvmo. P. Maestro Fray Froilán Díaz, de la sagrada religión de Predicadores, confesor del Rey nuestro señor Don Carlos II.—Madrid, 1872.

(3) *Carlos II y el amante español*, t. I, pág. 4.

Tres años después de la publicación de esta absurda y necia historia resolvieron los artistas ofrecernos un Carlos II, digno por completo de los modelos tan extrañamente chafarrinados de la novela. *El exorcismo de Carlos II, Rey de España*, cuadro de Adolfo Brune, expuesto en el Salón de 1835, representa á Don Carlos bajo los rasgos de un anciano idiota, á quien sacerdotes y frailes de faz lívida é inexpresiva por el fanatismo, han arrodillado á la fuerza sobre un almohadón, y á quien apremian brutalmente para que se deje exorcizar. La cárdena luz de una antorcha en manos de uno de los frailes ilumina esta siniestra escena (1).

No se inferirá á Hugo la injuria de suponer ni un segundo que haya podido contraer deuda alguna con esos *minores* de la literatura y del arte; su genio flota muy por cima de semejantes miserias. Sin embargo, no fué solo casualidad la que le guió á esa región de la historia de España. Nadie, y es harto sabido sufrió el influjo de las corrientes de la opinión, ni compartió más fácilmente los pasajeros ímpetus de sus contemporáneos. Ahora bien; estos dramas, estas novelas, estos *cuadros*, habían despertado la atención del público; mal ó bien le habían dado á conocer los trágicos incidentes del reinado de Carlos II; el asunto era de aquellos que se preciaba de conocer cualquiera. Correspondía á un verdadero poeta posesionarse de él, marcarle con su sello, extraer de él tan completamente el jugo poético, que no dejara gota. Hugo era ese poeta. ¿Quién mejor que él podía sepultar en olvido eterno las tentativas anteriores de autores ínfimos, y crear obra que, de allí en adelante, pusiese el asunto al abrigo de todo atentado, le hiciese como sagrado é inviolable?

*Ruy Blas*, representado por primera vez el 8 de Noviembre de 1838, día de la inauguración del teatro de la *Renaissance*, fue escrito en cinco semanas: del 4 de Julio al 11 de Agosto

---

(1) Se encuentra una litografía de este cuadro en *El Artista*, t. IX, año 1835.

del mismo año (1). «Fue, de todos sus dramas, el que le robó más tiempo», hace decir Hugo al autor de sus Memorias, dando á entender que «el asunto le venía preocupándole», pero que en el momento de escribir la obra modificó completamente el plan.

«Su primer idea fue que la obra comenzase por el tercer acto: Ruy Blas es ya primer Ministro, Duque de Olmedo, omnipotente, amado por la Reina; entra un lacayo, da órdenes á aquel todopoderoso, le hace cerrar una ventana y recoger su pañuelo. Todo se hubiese explicado después.

»El autor, reflexionando, prefirió comenzar por el principio, producir efecto de gradación, más bien que efecto de asombro, y presentó primero al Ministro como Ministro, y al lacayo como lacayo.»

Que *Ruy Blas* haya costado á Víctor Hugo algún trabajo y alguna meditación, no lo negaremos, y podemos creerle bajo palabra; pero ¿qué leyó, dónde recogió los elementos de su obra?

En la *Nota* que acompaña al texto del drama, y donde hubieran debido indicarse las principales fuentes, Hugo deja de citar precisamente los dos libros, podría decirse los dos únicos libros, á los cuales recurrió y en que espigó los hechos, personajes y detalles de vida privada ó pública que aparecen en *Ruy Blas*. Estos dos libros son las *Memorias de la corte de España*, por la Condesa de Aulnoy, y el *Estado presente de España*, por el abate de Vayrac. Del primero tomó Hugo los papeles de la Reina de España y de Ruy Blas, la vida y la etiqueta de Palacio; del segundo lo concerniente al Gobierno de la Monarquía, á la Administración, á las genealogías de las familias nobles, al blasón.

---

(1) *Victor Hugo raconté par un témoin de sa vie*. París, 1868; t. II, página 394. Las notas de la edición definitiva dicen que el primer acto fue comenzado el 8 de Julio, y terminado el quinto el 11 de Agosto á las siete de la tarde.

Las *Memorias de la corte de España*, impresas en 1890 (1), y que no hay que confundir con la *Relación del viaje de España*, no son, como ésta, obra original de la Condesa de Aulnoy, sino nuevo arreglo de otras Memorias, atribuidas, sin pruebas serias, al Marqués de Villars, Embajador de Francia en España en tiempos de Carlos II,—y en las que se refieren los acontecimientos de la corte del Rey Católico, durante los años 1679 á 1682.—La Condesa de Aulnoy tuvo comunicación, en manuscrito, de este informe diplomático; lo arregló, lo dramatizó y lo embelleció con historietas de su invención, como se evidencia comparando su relación amplificada con la obra original, que fue impresa también, pero únicamente en 1733 (2). Como tenemos que referirnos á menudo en el curso de estas páginas á las Memorias atribuidas á Villars y á las Memorias arregladas por la Condesa de Aulnoy, para mayor claridad llamaremos á las primeras *Memorias originales*, y á las segundas *Memorias de Mad. de Aulnoy*. Digamos desde luego que Víctor Hugo no conoció las primeras, ó que, si las conoció, las descuidó voluntariamente, y no quiso servirse sino de la redacción novelesca de la imaginativa Condesa.

Surge primero grave dificultad. Veamos cómo la orilló el poeta. Estas Memorias, que tratan únicamente de María Luisa de Orleans, primera mujer de Carlos II, de su llegada á España, de su boda y de lo que le sucedió hasta 1682—

(1) *Memoires de la cour d'Espagne. Première partie y Seconde partie*. Paris, 1690; 2 vol. in-12. Reimpresas dos veces; últimamente, por Mad. B. Carcy, bajo el título de *La cour et la ville de Madrid, vers la fin du XVII<sup>e</sup> siècle (Deuxième partie)*. Paris, 1876, in-8.º

(2) *Memoires de la cour d'Espagne, depuis l'année 1679 jusqu'en 1682, où l'on verra les ministères de Dom Juan et du duc de Medina Celi, et diverses choses concernant la monarchie espagnole, etc.* Paris, 1733, in-12. Impresas de nuevo, según un manuscrito, por W. Stirling, que no conocía la primera edición: *Memoires de la cour d'Espagne sous la (sic) regne de Charles II (1678-1682), par le marquis de Villars*. Londres, imprenta de Whittinghan y Wilkison, 1861 en 8.º Algunos ejemplares, con título rectificado, llevan la dirección: Londres, Trubner y C.<sup>ª</sup>, 1861.

se casó con el Rey en 1679 y murió en 1689,—estas Memorias no podían suministrar en *Ruy Blas* el personaje de la Reina que, según el poeta mismo, representa á María Ana de Neubourg, segunda mujer de Carlos. En efecto, Hugo situa su drama en «Madrid, 169...»; hasta podemos precisar y decir: «en 1699», puesto que en el curso de la obra «muere el Infante bávaro», y este Infante, ó más bien el Príncipe elector de Baviera Maximiliano Emanuel, pretendiente á la corona de España, murió el 6 de Febrero de dicho año (1). En 1699 María de Neubourg era, pues, Reina desde hacía nueve años, habiéndose casado con Carlos I después de la muerte de María Luisa. Siendo así, ¿qué pito toca, como suele decirse, el libro de la Condesa de Aulnoy?

No había, al parecer, sino dos caminos: ó retrotraer la fecha del drama, colocarle antes de 1689 para no perder los beneficios de las *Memorias*, para tener pleno derecho de utilizar los informes y habladurías de aquella gaceta de Palacio, ó bien quedarse con 1699 y María de Neubourg, renunciando entonces á la Condesa, cuyo libro no se refiere en manera alguna ni á esa última Reina ni á esa época, y buscando en otra parte elementos para crear. En resumen: ó María Luisa de Orleans con la Condesa de Aulnoy, ó María Ana de Neubourg sin la Condesa.

Hugo no admitió este dilema; prefirió alterar la historia, y, por sustitución, inventar una Reina que, en su drama, se llama Doña María de Neubourg y que es, en realidad, la María de Orleans de las *Memorias de Mad. Aulnoy*.

Se concibe perfectamente que el poeta no haya querido prescindir de un libro en que había vislumbrado seductores trozos y hasta versos completos; pero entonces, ¿por qué no suponer la acción del drama en la época de la primera mujer de Carlos II, que era lo más obvio? ¿Es decir que por ennegre-

---

(1) Carta de Luis XIV al Marqués de Harcourt, del 8 de Febrero de 1699. (Hippean, *Avenement des Bourbons au trône d'Espagne*. — París, 1875, tomo II, pág. 20.)

cer la situación, haciéndola doblemente trágica, prefirió el momento en que todo se derrumba y desintera, Monarquía, Gobierno y sociedad, el momento en que los Príncipes de Europa, rondando como chacales en torno del soberano moribundo, prestan oído á su estertor y se reparten de antemano los despojos del vasto Imperio? En nuestra opinión, el efecto apetecido no hubiese sido mucho menor, si la escena pasase quince ó veinte años antes, porque entre la España de 1680 y la de 1699, la diferencia no es capital. Salvo las rivalidades de los diversos pretendientes—de lo cual no se habla en la obra,—salvo las intrigas de los Embajadores que asedian á los Ministros y los agobian porque comprenden que la muerte llama á la puerta de Palacio y es preciso apresurarse á obtener favorable testamento; salvo esto, repito, el medio del reinado se parece mucho á sus postrimerías. La misma corrupción arriba, la misma miseria abajo, igual anarquía en todas partes.

Hugo no lo entendió así; adoptó la fecha de 1699 y formó á su María de Neubourg con los rasgos recogidos cuidadosamente en las *Memorias de Mad. de Aulnoy*, y que se aplican á la hija de Enriqueta de Inglaterra. Resolviendo la dificultad á costa de la historia, salió del paso con una compenenda que nos parece la falta más grave de su drama. Que al público en general no le interesa semejante sustitución, que hasta la ignora: no le hace. Basta que exista y que los cultos puedan señalarla abriendo uno ú otro de los libros que hemos citado.

¡Y si la segunda Reina hubiese desempeñado siquiera un papel tan insignificante y borroso que le fuese lícito á un poeta prestarle un carácter, sin incurrir en la falta de alterar la verdad y desfigurar la historia! Pero sabido es quién fue esa Princesa, y no hay que decir con Pablo de Saint Víctor, que «su pálida figura permaneció obscurecida» y que el poeta «tenía el derecho de transformarla, retirándola de sus limbos». Justamente nadie ignora cómo se condujo ella duran-

te sus diez años de reinado, cómo maniobró para conservar imperio absoluto sobre su marido, y persiguió su interés personal á través de todas las maquinaciones de la diplomacia.

Altiua, celosa y violenta—tan violenta, que al saber un día la noticia del segundo reparto de la Monarquía española, de rabia rompió cuanto había en su habitación (1),—aquella Neubourg, hermosa mujer por lo demás y muy instruída, se apoderó del pobre espíritu de Carlos II, mató sus escasos arranques de independendencia y autoridad, y con su *camarilla* alemana gobernó hasta donde podía ser gobernado aquel país hecho trizas. «Esercita piutosto la figura di reche di regina», escribe un Embajador veneciano. Después de haber combatido con todas sus fuerzas la política francesa se adhirió á ella en el último momento, cuando supo que el Rey, sugestionado por Portocarrero, había hecho testamento en favor del Duque de Anjou; entonces, con habilidad notable cambió por completo, y se sometió humildemente á Luis XIV. Hasta no desesperó de desempeñar importante papel bajo el nuevo régimen; creyó un instante que sus encantos de mujer de treinta años sabrían conquistar el corazón de Felipe V.

«La Reina de España aspira á seguir mandando», escribió Blecourt al Marqués de Torcy y á Luis XIV poco tiempo después de la muerte de Carlos II; «se le ha puesto en la cabeza que podrá agradar al nuevo Rey, y seguir teniendo partido. Con esta mira no quiere salir de palacio, ó de Madrid, por lo menos, de manera que sería muy necesario que no permaneciese en Madrid, pues mientras se encuentre aquí habrá siempre intrigas...»

«La Reina se aferra á no salir de Madrid. Anhela seguir mandando, y cree hallar los medios de lograrlo. Por eso sería necesario que saliese de esta villa antes de que llegue el nuevo

---

(1) «El Rey de España se ha enfurecido extraordinariamente, y la Reina de España de rabia ha roto todo en su habitación.» (Blecourt á Luis XIV, 3 Junio 1700; en Hippean, L. c., t. II, p. 224.)

Rey, para quitar á ella y á sus partidarios los designios que pudiesen abrigar.»

Tenemos de María Ana dos cartas, del 1.º de Diciembre de 1700, á Luis XIV y á Felipe V, en las que se queja amargamente, en una jerga de las más extrañas, de ciertas desatenciones de los altos funcionarios de palacio, que se creían desligados de todo deber hacia ella.

«Imploro, pues, la equidad y protección de Vuestra Majestad contra seres tan procaces y tan intolerables, recomendándole mi honor, mi crédito y mi autoridad públicamente ultrajados por mi Mayordomo mayor y mi Camarera mayor, ante cuyo ejemplo todas las damas se han atrevido también á ponerse de acuerdo para dejar mi servicio... Me prometo del alta prudencia y real cordura de Vuestras Majestades que, como reyes y caballeros, me considerarán reina, dama y viuda abandonada, remediando y castigando el gran escándalo que hace que aquí se murmure y sorprende á todo el universo... Mi resentimiento por semejante desprecio es tal, que no sabría explicar hasta qué punto llega, ni mi ofendido honor se atrevería á detallarlo.»

¡Y á esta intrigante obstinada, devorada por la ambición, ha querido el poeta prestar los rasgos de la graciosa y burlada María Luisa, «bella flor de lis», como la han llamado á menudo los españoles, bastante poco sensibles en general á estas delicadas cualidades!

Parid, bella flor de lis  
En aflicción tan extraña;  
Si parís, parís á España,  
Si no parís, á París,

cantaban en Madrid, en la época en que aún podía esperarse que un feliz embarazo salvara á la Monarquía del reparto y de la desmembración (1). Hugo se complació en transformar

(1) Florez, *Memorias de las reynas católicas*. Madrid, 1790, t. II, página 982.

á una regente autoritaria, rencorosa y apasionada en alemana sentimental y tierna, cuyo corazón se conmueva á la vista de un ramo de *Vergiss-meinnicht*, colocado en un banco por un desconocido.

Ya nos fijaremos sobre otras particularidades del papel de la reina en *Ruy Blas*; pero antes conviene describir la segunda obra utilizada por Hugo y hacer que se aprecie su valor.

El *Estado actual de España*, por el abate de Vayrac, consta de tres volúmenes en 12.º, de impresión muy compacta. El primero contiene una geografía antigua y moderna de España; el segundo un resumen de la historia de Castilla, seguido de una descripción de la casa del Rey, de los cargos palatinos, de la etiqueta, etc.; el tercero la genealogía de las casas de la grandeza y un estudio sobre «la forma del gobierno político, militar, civil y canónico». La obra fue redactada durante los primeros años del siglo XVIII, y se encontró «en condiciones de ver la luz en 1710». Pero las vicisitudes de la administración española en los comienzos del reinado de Felipe V, los cambios introducidos por los Ministros del Soberano y por los Embajadores de Francia, directores y protectores del nuevo régimen en la organización de los Tribunales, de los Consejos y de la Hacienda, obligaron al autor á «suspender la impresión hasta 1716, en que se le dió comienzo». El libro no salió á luz hasta 1718 (1).

Si ese libro nos da noticias de la España del primer Rey Borbón—y hay que reconocer que el abate Vayrac ha consagrado el mayor celo á hacérnosla conocer y comprender,—¿en qué podrá ser útil á Hugo, que había de describirnos los últimos años de la dominación austriaca, la corte y el gobierno de Carlos II? No nos apresuremos, sin embargo, á censurar al

---

(1) *Etât présent d'Espagne*, etc., por M. el abate de Vayrac. París, Cailleau, 1718, 3 vol. in-12. Otra edición. Amsterdam, 1719, 3 vol. in-12. A la edición de Amsterdam se refieren nuestras citas.

poeta y á acusarle de haber confundido, al consultar dicho libro, dos épocas y dos regímenes.

Por de pronto, esas épocas y esos regímenes no difieren tanto como parece á primera vista. El advenimiento del Duque de Anjou no ocasionó ningún trastorno en las instituciones de la antigua España; la gran máquina gubernamental continuó funcionando poco más ó menos como antes; la rígida y pomposa etiqueta palatina, introducida por Carlos V y tomada de los usos de la corte de Borgoña, se conservó intacta hasta en sus menores detalles por mucho tiempo aún (1). Por ventura algunos Ministros suprimieron ciertas ruedas para inventar otras, ensayaron reformas para volver sin tardanza á los antiguos procedimientos, distribuyeron de distinta manera los asuntos entre los diversos organismos, cambiaron los nombres de ciertas dependencias. En suma: durante todo el reinado de Felipe V, hubo muchos tanteos y pruebas; pero el conjunto permaneció invariable y no se modificó sensiblemente nada esencial. Y además, recordemos que Hugo no recurrió sino al tercer volumen del *Estado presente de España*, y en este volumen especialmente á un capítulo, que trata de las rentas del Rey de España, en lo cual el autor de *Ruy Blas* estaba perfectamente en su derecho. En efecto, el abate de Vayrac, en esta parte de su obra, sigue paso á paso un libro bien conocido de fines del siglo xvii, el *Sólo Madrid es Corte*, de Alonso Núñez de Castro, cuyos datos estadísticos y otros no se refieren, estrictamente, sino á la época de Felipe IV y de Carlos II. Hugo podía, por lo tanto, sin el menor escrúpulo, aprovecharse de los informes recogidos por dicho historiógrafo español, contemporáneo de los acontecimientos sobre cuyo fondo se desarrolla la acción de *Ruy Blas*.

---

(1) El abate de Vayrac ha escrito mucho sobre España. Le pertenecen una *Historia de las revoluciones de España* (París, 1724, 5 vol.), una disertación histórica sobre el título de Príncipe de Asturias, una relación de los funerales del Rey Don Luis I (París, 1724) y dos gramáticas: una gramática española en francés y una gramática francesa en español (París, 1714).

Una vez al corriente de los dos manantiales en que bebió Hugo la inspiración histórica de *Ruy Blas*, entremos en los detalles de la obra. Tomando uno á uno los personajes, los nombres, los hechos, trataremos de aquilatar la verdad de los mismos y seguir al poeta en las transformaciones que impone á la realidad de las cosas en España puesto que él mismo nos incita á este análisis al proclamar en alta voz su escrupularidad, al manifestar grandes pretensiones á la exactitud más rigurosa.

RUY BLAS, como nombre, procede en línea recta de *Gil Blas*: es evidente. Y, á propósito, notemos la influencia que la novela de Le Sage ofrece sobre todo lo que se escribe en Francia acerca de España; se diría que es manantial inagotable del que brota incesantemente lo necesario para fertilizar esta región de nuestra literatura. La sustitución de *Gil* por *Ruy* no es fortuita. *Ruy*, forma abreviada de *Rodrigo*, es el nombre del Cid, y creemos que el poeta ha acoplado intencionadamente los dos nombres, uno noble, el otro vulgar, para designar el doble aspecto del héroe de su drama. *Ruy* representa al pobre soñador de ideas altas y generosas, al Ministro íntegro que castiga á los dilapidadores de España, al amante que venga el honor de su ultrajada Reina. *Blas* es el lacayo. Por lo demás, como el personaje no es histórico, preciso era forjarle un nombre cualquiera: la cuestión era no chocar de frente abiertamente con la costumbre castellana del siglo xvii. Tal vez, en esa época, no se encontrará ningún ejemplo de semejante asociación de *Ruy* y *Blas*, tanto más cuanto que *Ruy*, forma anticuada, no se empleaba entonces sino raras veces en lugar de *Rodrigo*. Poco importa. La combinación, después de todo, no tiene nada de insólito, y agrada por su significación, porque conviene perfectamente á aquel personaje híbrido, á aquel personaje Ministro y Grande de España. Por lo demás, los dos monosílabos suenan bien al oído, hacen efecto en los carteles—¡siempre el recuerdo de *Gil Blas*!—y ya que Víctor Hugo quería dar por título á su obra el nombre del personaje

principal (1), convenía que tal nombre fuese breve, fácil de pronunciar, y en cierto modo familiar para los espectadores.

Hemos dicho que el papel de Ruy Blas no tiene nada de histórico. Ningún lacayo alcanzó tal fortuna en tiempos de Carlos II, ni sufrió tan tremenda caída. Cierto que descubriríamos fácilmente, en la historia de España, alguna figura bastante análoga á Ruy Blas: pobres diablos ó aventureros sospechosos á quienes el capricho de un Rey ó de una Reina sacó de la nada para colocarles en las gradas del trono. No hablamos, por supuesto, de los dos primeros *privados*, Lerma y Olivares, pues ambos eran de muy buena casa, pero sí, por ejemplo, de un Fernando de Valenzuela, de un Godoy y de otros de muy modesto origen, hasta de baja extracción.

Háblase á menudo, en las *Memorias de la corte de España*, del apuesto caballero Fernando de Valenzuela, antiguo paje de un Duque del Infantado, que supo conquistar los favores de María Ana de Austria, Reina Regente después de la muerte de su marido Felipe IV, y por ella mandó algún tiempo en España, hasta el día en que una cábala de descontentos le arrojó brusca-mente del poder y le deportó á Filipinas. Valenzuela, hidalguillo de Ronda, criado en la servidumbre de un Duque, después amante de la Reina, Marqués, Grande de España, primer Ministro; aquí tenemos grandes afinidades con Ruy Blas (2). Sólo que Ruy Blas tiene algo que falta á Valenzuela y á todos los *validos* españoles de la historia; algo, hay que reconocerlo, bastante inverosímil en tal situación: un gran corazón, nobles aspiraciones. Valenzuela no era más que un *buscavidas*, un ambicioso vulgar, un amante muy práctico y muy entendido, el cual, seguramente, no se hubiese lastimado las manos

(1) Hugo dudó al principio. La edición definitiva nos enseña que el manuscrito de *Ruy Blas* lleva en la primera página estas dos variantes del título: *La reine s'ennuie* y *La vengeance de Don Salluste*.

(2) Acerca de Fernando de Valenzuela, hay que leer los documentos recogidos en el tomo LXVII de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. (Madrid, 1877.)

para llevar á la Reina «flores azules de Alemania», ni pensó un instante en regenerar á su patria. Esto sí que puede jurarse.

La REINA de *Ruy Blas*, la Doña María del poeta, sabemos ya quién es; sabemos de qué manera la María Ana de Neubourg, de la historia, sustituyó á la María Luisa de Orleans de las *Memorias de Mad. de Aulnoy*. Vamos á exponer ahora cómo de dichas Memorias salieron los principales episodios del papel de la Reina, especialmente las dos primeras escenas del acto segundo. A menudo, Hugo no tuvo que hacer más sino condensar y transcribir en hermosos versos la prosa diluida y asaz descuidada de la Condesa. Véase en estos párrafos:

«La Reina, al cambiar de morada—es decir, al ir á habitar en Palacio,—no modificó aquella vida solitaria y desagradable que llevaba en el Buen Retiro bajo la custodia de la Duquesa de Terranova. Esta la manejaba como á una criatura, y continuó tratándola peor todavía... Yo tuve el honor de ir á besarle las manos (á la Reina)... Después de haber atravesado habitaciones, de que ciertamente se puede hablar como de cosa muy bella, la encontré en un gabinete pintado y dorado, lleno de grandes espejos; *estaba cerca de la ventana, bordando un almohadón con oro y seda, de color azul.*»

Y más adelante:

«Al día siguiente, muy temprano, *el Rey se fué de caza solo*, sin decir nada á la Reina. Esto la preocupó durante todo el día, y pasó la mayor parte de él apoyada en las ventanas de su habitación, á pesar de la Duquesa de Terranova, que solía impedirselo, diciendo *que una Reina de España no debía asomarse.*»

Viene después la historia de los loros, una de las más divertidas que habrá referido la Condesa de Aulnoy:

«La Reina tenía dos loros, los más bonitos del mundo; los había traído de Francia y los quería mucho. La anciana Duquesa de Terranova creyó hacer una buena obra matándolos, porque no sabían hablar sino en francés... Fue una gran aflicción para los franceses que servían á la Reina, pues ésta,

en cuanto ella entró en sus habitaciones, mandó que la trajesen sus loros y sus perros... Todas las damas de la Reina, en lugar de ir á buscar lo que pedía, se miraron unas á otras y permanecieron inmóviles, sin atreverse á decirle nada; pero al fin, tras un silencio bastante largo, una de ellas le dió cuenta de la ejecución que la camarera había realizado. La Reina lo sintió mucho, aunque disimuló el pesar; y cuando la Duquesa entró y se adelantó, según su costumbre, á besarle la mano, la Reina, sin decir palabra, la dió dos sonoros bofetones.»

Puede suponerse lo que se sofocó la Duquesa, una Pignatelli. Convocó á toda su parentela, se hizo acompañar por cuatrocientas damas de Palacio y fué á pedir justicia al Rey de la afrenta inferida á su sangre. María Luisa salió hábilmente del paso atribuyendo su movimiento de mal humor á un *antojo* de mujer embarazada. Aunque tuviese poderosas razones para no creer en el *antojo*, Carlos II se mostró muy complacido y alegre, calmó á la dama, y todo volvió al orden, ó más bien al sombrío fastidio acostumbrado.

No es difícil discernir lo que Hugo ha tomado de estas relaciones. Por de pronto, la indicación escénica del segundo acto:

«Al levantarse el telón, la Reina Doña María de Neubourg se halla en un rincón, sentada al lado de sus damas... *Está bordando...* En el ángulo opuesto está sentada en un sitio Doña Juana de la Cueva, Duquesa de Albuquerque, camarera mayor, con un bastidor en la mano; es una anciana vestida de negro.»

Y éstas, de la Reina abandonada:

«*El Rey caza. Siempre ausente. ¡Ah! ¡qué fastidio!*

*En seis meses he pasado doce días á su lado.*»

Después, la alusión á las aves ejecutadas por la camarera:

«*Mis aves de Alemania han muerto todas.*

(*Casilda hace ademán de retorcer el cuello á unas aves, mirando de reojo á la camarera*),

En fin, lo de la ventana:

*La Duquesa, á las dueñas.*

Que echen á esas mujeres, cuyo canto importuna á la Reina.

*La Reina, con viveza.*

¡Cómo! apenas se las oyé.

¡Pobres mujeres! Quiero que vayan en paz, señora.

*(A Casilda, señalando al fondo.)*

Por aquí el bosque es menos espeso.

Esta ventana da al campo; ven, vamos á verlas.

*(Se dirige á la ventana con Casilda.)*

*La Duquesa, levantándose con una reverencia.*

*Una Reina de España no debe asomarse.*

Igualmente el incidente de la carta y el delicioso monólogo de la segunda escena, proceden del libro de la Condesa. Un día, refiere Mad. de Aulnoy, la Reina había servido la comida á nueve pobres: era el ceremonial de la fiesta de la Anunciación. De regreso á sus habitaciones, se asombró extraordinariamente al encontrar en el bolsillo de su traje un billete lacrado con estas palabras: *Para la Reina sola*. Abrióle, después de alguna vacilación, y leyó lo siguiente:

«La suprema elevación de Vuestra Majestad y el alejamiento en que nos encontramos, no han podido arrancar de mi corazón la pasión que vuestras admirables cualidades han hecho nacer en él. Yo os adoro, Reina mía; yo muero adorándoos; y me atrevo á decir que no soy indigno de adoraros. Os veo, suspiro á vuestro lado; no escucháis mis suspiros, no conocéis mis secretas ansias, ni siquiera volvéis hacia mí vuestros hermosos ojos. ¡Ah, señora! ¡qué desgracia de haber nacido súbdito, cuando se sienten las inclinaciones del más grande monarca de la tierra!»

«La Reina—sigue refiriendo la Condesa de Aulnoy—permaneció sorprendida y pensativa; no adivinaba quién podía ser el temerario que se atrevía á escribirle en tales términos,

y no tenía duda de que el billete le había sido deslizado en el bolsillo por una de las pobres á quienes había servido. Pero era muy extraordinario que un hombre, que por las señas debía ser de elevada alcurnia, confiase su vida (de nada menos se trataba) á la habilidad ó torpeza de una mendiga,» etc.

Esta declaración, no mal pergeñada, inspiró al poeta algunos versos hermosísimos. En Hugo la carta es un canto de amor delicioso, y cuya belleza no amengua, en nuestro concepto, la atrevida metáfora, tan criticada por ciertos puristas.

«Madame, sous vos pieds, dans l'ombre, un homme est là  
 »Qui vous aime, perdu dans la nuit qui le voile;  
 »Qui souffre, ver de terre amoureux d'une étoile;  
 »Qui pour vous donnera son âme, s'il le fant,  
 »Et qui se meurt en bas quando vous brillez en haut.»

Como era de prever, el incidente de la carta no figura en parte alguna de las *Memorias originales*; es de la Condesa de Aulnoy, la inventiva escritora, que imaginó todo ello y compuso la ardiente epístola del desconocido adorador. Los fervientes admiradores de *Ruy Blas* no tienen motivo de queja, pues, á decir verdad, casi todo el drama de Hugo descansa en ese pasaje; de la misiva de la Condesa de Aulnoy se derivan la situación, que es el nudo de la obra, y—para hablar á la española—los papeles completos de la *dama joven* y del *primer galán*.

Aun cuando no figura en la historia de los personajes, Carlos II desempeña su papel en el drama, pero lo desempeña entre bastidores. Este Rey siempre ausente, que caza en El Escorial mientras Doña María, vigilada por la camarera, se consume esperando, produce gran efecto. Fue una feliz idea dejar en la sombra á ese fantasma de Rey, cuya inutilidad resalta así con más fuerza que si el poeta le hubiese hecho intervenir en la acción. Hugo dió una prueba de tacto y gusto que hay que agradecerle. Así se distinguió de los Latouche, de los Mortonval y de los Regnier-Destourbet, que habían abu-

sado del mísero monarca, presentándole, alternativamente, bajo aspecto tan ridículo ó tan odioso, que hasta el público más grosero acabó por hastiarse de aquella repugnante caricatura. El Rey de *Ruy Blas*, con un billete de una línea, dice más que los discursos imbéciles ó los gestos del demoniaco de Carlos II, en las novelas ó los cuadros de 1835.

¡Apenas hizo reír el tal billete! Las personas graves se tomaron el trabajo de indignarse, entre otras, el crítico oficial de la *Revue des Deux-Mondes*, el cual, seguro de su omnisciencia, se creyó en el deber de denunciar la gran inconveniencia y lo absurdo de la misiva atribuída al Rey de España:

«La Reina recibe una carta de Carlos II. ¿Qué contiene esa carta? Una línea que reúne todo lo más ridículo y necio que puede soñar la imaginación: «Señora, hace mucho viento, y he matado seis lobos.» Cualquiera que sea la severidad del juicio formulado por los historiadores sobre Carlos II, es absurdo atribuirle semejante carta» (1).

Hugo se vengó más adelante de su censor, injuriándole con bastante encono. Bastaría citarle á la eterna Condesa de Aulnoy, la verdadera culpable. Por lo demás, la carta que produjo tan gran escándalo, es precisamente uno de los pocos detalles históricos de la obra, cuya autenticidad parece, si no cierta, por los menos probable. En esto, por excepción, la Condesa de Aulnoy apenas ha puesto nada de su cosecha; las *Memorias originales* proporcionan lo esencial. Leemos en ellas:

«El Rey se contentó con ir sólo al Escorial, durante tres días, á una cacería de lobos, sin más acompañamiento que el primer Ministro y un secretario de Estado, el primer escudero, un gentilhomme de cámara y un mayordomo; los frailes de El Escorial le alojaron. Al segundo día de estancia, la Reina le escribió y le envió un brillante bastante hermoso. El correspondió á esta galantería con un cofrecillo de oro, conte-

---

(1) Gustavo Planche, *Revue des Deux-Mondes* del 15 de Noviembre de 1838.

niendo un rosario de calambuco (sic), guarnecido de brillantes, acompañado de un billete, *en que le hacía saber que reinaba fuerte viento y que había matado seis lobos.*»

Reconozcamos que no hay en esto nada de ridículo ni absurdo. El Rey va al Escorial, caza, mata seis lobos y se lo participa á su mujer. ¿Cómo estaba redactado el billete? No sabríamos decirlo. Pero la Condesa de Aulnoy lo sabe. Según su costumbre habitual, dramatizó la relación de las Memorias que habían caído en sus manos, y con un artificio muy sencillo. Helo aquí:

«El Rey... fué á pasar cuatro días en El Escorial. No quiso que le acompañasen más que el Duque de Medinaceli, el primer montero, un secretario de Estado, un gentilhomme de cámara y un mayordomo. Al siguiente día de su llegada, la Reina le escribió una carta muy tierna y le envió una sortija de brillantes. Él le envió á su vez un rosario de calambuco, guarnecido de diamantes, en un cofrecillo de filigrana de oro, donde metió un billete que contenía estas palabras: *Señora, hace mucho viento; yo he matado seis lobos.*»

Y ahora, ¿de qué acusan á Hugo? ¿De haber ridiculizado inútilmente al Rey de España? Pero la carta no tiene de extraño sino la forma lacónica que la ha dado la de Aulnoy. ¡Y quién sabe! Tal vez Carlos II no escribía de otra suerte á la que llamaba *mi Reina*. No hay más contra Hugo, sino que tomó un verso entero en los escritos de una dama del siglo XVII; y en cuanto á Gustavo Planche, «horrible enano»—el cariñoso calificativo de Hugo,—no estuvo afortunado al armar tanto ruido por tan poca cosa.

Los BAZÁN: D. Salustio y D. César. ¿Por qué esta familia y no otra? ¿Por qué Bazán mejor que Mendoza ó Guzmán? La explicación es fácil. Para provistarse de nombres de Grandes de España de que estaba necesitado, Hugo hojeó el libro de Núñez de Castro, *Sólo Madrid es Corte*, al cual aludía el abate de Vayrac. Al recorrerle, se fijaron sus ojos en una página de la lista de los Grandes, donde desfilan los Marque-

ses, y eligió al azar tres de los nombres que se siguen inmediatamente en el historiógrafo madrileño:

«Marqués del Basto. Su apellido Avalos. Sus estados en Nápoles.

»Marqués de Priego. Su apellido Córdoba y Aguilar. Sus estados en Andalucía.

»Marqués de Santa Cruz. Su apellido Bazán. Sus estados en Castilla (1).»

De las dos primeras casas, ya veremos cómo se sirvió; de la última tomó el traidor y el bufón, don Salustio de Bazán y don César de Bazán.

La genealogía de los Bazán, redactada por el poeta; los nombres y títulos con que decora á los dos miembros de esa familia, unidos á la acción de su drama, son pura fantasía, ó más bien constituyen una extraña amalgama de verdadero y falso, en que lo falso domina:

«Los Bazán son, en mi concepto, caballeros cumplidos.

Tenemos por antepasado á Íñiguez de Ibiza.

Su nieto, Pedro de Bazán, casó con Mariana de Gor. Tuvo de Mariana:

á Juan, que fue general del mar océano,

reinando Don Felipe; y Juan tuvo dos hijos,

que en nuestro antiguo árbol han ingertado dos blasones.

Yo soy el Marqués de Finlas; vos el conde

de Garofa (2).»

Casi tantos errores como palabras, pero no todos imputables á Hugo; tiene parte en ellos el abate de Vayrac, que es en esto responsable.

Supónese, en efecto, que los Bazán proceden de un Íñiguez del siglo xi. Pase el Íñiguez; en cuanto á Ibiza, nombre de una isla, que nada tiene de común con el presunto antepasado de los Bazán, es mero ripio. Continuemos. Pedro

(1) Alonso Núñez de Castro, *Libro histórico político: Sólo Madrid es Corte y El cortesano en Madrid*, 3.<sup>a</sup> edición, Madrid, 1675, p. 212.

(2) Acto I, escena V.

de Bazán vivía hacia 1450: no pudo ser, por consiguiente, nieto de Íñiguez, admitiendo que el tal Íñiguez haya existido; y en cuanto á Mariana de Gor, presunta mujer de Pedro, es una invención del poeta. Juan no fue general del mar oceánico, pues este título fue conferido á Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, biznieto de Pedro. En fin, los títulos de *Marqués de Finlas* y *Conde de Garofa* no han sido usados nunca por un Bazán ni por ningún otro español, por la sencilla razón de que ambos nombres son erratas del *Estado presente de España*. El abate de Vayrac, hablando del gran Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, dice, en efecto, que «era hijo de D. Álvaro de Bazán, señor de *Finlas* y de *Garofa*». Pero *Finlas* y *Garofa* están aquí por error de lectura y de transcripción, en vez de *Fonelas* y *Gorafé*, señoríos (no marquesado ni condado) del reino de Granada, que pertenecían á los Bazán de la rama de Santa Cruz. Y hay más. Hugo ha encontrado el medio de acumular otros errores á propósito de estos Bazán. A D. Salustio, pretendido Marqués de Finlas, le llama «jefe de la casa de Bazán» (acto I, escena I), cuando el tal jefe era el Marqués de Santa Cruz; pone á *Finlas* en Castilla, cuando *Fonelas* está en Andalucía, y coloca á *Garofa* cerca de *Velalcázar*, villa de la provincia de Córdoba, cuando *Gorafé* forma parte de la de Granada. Para fin de fiesta da al pseudo Marqués y al pseudo Conde nombres como D. Salustio y D. César, que ni uno ni otro son españoles.

DON GURITÁN, nombre del barba, lo es menos todavía. ¿Es siquiera un nombre de pila posible en cualquier lengua moderna? Confieso paladinamente de dónde ha podido sacar el autor de *Ruy Blas* tan extraño nombre, que recuerda un poco á Buridán. Pero el arrogante anciano, enamorado platónicamente de su Reina, se llama así (acto II, escena IV).

«D. Gaspar Guritán Tassis y Guevarra (*sic*),  
Conde de Oñate;»

es mayordomo de Doña María (acto I, escena III) y hace juego con la dueña, es decir, con la camarera mayor, Duquesa de Albuquerque. La historia, ó lo que es lo mismo en este caso, el abate de Vayrac, habla de un «Diego Gaspar Vélez de Guevarra (*sic*) y Tassis, undécimo Conde de Oñate y de Villamediana, Marqués de Guevarra y de Camporreal, caballero de la Orden de Calatrava», que vivía á fines del siglo xvii, pero que no desempeñó cerca de María de Neubourg las funciones de mayordomo. Hugo ha invertido los apellidos de ese Conde de Oñate y sacrificado Diego y Vélez al nombre extraño de Guritán.

Por lo que se refiere á los personajes secundarios, ya hemos visto que los MARQUESES DEL BASTO y DE PRIEGO proceden de la lista de *Sólo Madrid es Corte*, en donde estos dos títulos están inscritos seguidamente. El MARQUÉS DE SANTA CRUZ procede de los datos consagrados á tal Marquesado por el abate de Vayrac; el CONDE DE CAMPORREAL, caballero de Calatrava, responde al «Marqués de Guevarra y de Camporreal» de los datos sobre Oñate, de la misma obra, y por último, el CONDE DE ALBA ha sido tomado al azar, ya en Vayrac, ya en Núñez de Castro, pero más probablemente en el primero.

Al lado de estos grandes y nobles hay algunas gentes de toga, Magistrados y Secretarios.

DON MANUEL ARIAS, que no fue «Presidente de Castilla», sino, lo cual es diferente, Gobernador del Consejo de Castilla en dos ocasiones: del 17 de Diciembre de 1692 al 27 de Enero de 1696, y del 19 de Mayo de 1699 al 14 de Noviembre de 1703 (1).

DON ANTONIO UBILLA, personaje histórico también, que desempeñó papel muy importante á fines del siglo xvii y durante los primeros años del reinado de Felipe V. En 1699 era,

---

(1) Antonio Martínez Salazar, *Colección de Memorias y noticias del Gobierno general y político del Consejo*. Madrid, 1764, págs. 59 y 60.

no «Escribano Mayor de Rentas», como dice Hugo, sino Secretario del *despacho universal*, es decir, Ministro de Estado.

MONTAZGO, «Consejero togado de la Cámara de Indias» y COVADENGA, «Secretario supremo de las islas». Dos nombres inventados; el primero tiene un origen cómico. En castellano, *montazgo* significa el derecho que pagaban en otro tiempo los rebaños para trashumar; trátase de esto en la lista de las rentas de España, formulada, según Núñez de Castro, por el abate de Vayrac. Hugo se apoderó de la palabra, que le había parecido sin duda muy española, y se la endosó como nombre al Consejero togado de la Cámara de Indias. Es, poco más ó menos, como si en francés se llamase á alguien *Pâturage* ó *Passage*. *Covadenga* nos parece deformación intencional ó involuntaria de Covadonga, la famosa gruta de Asturias, donde se refugió y vivió con sus compañeros Don Pelayo, el legendario fundador de la Monarquía española; porque *Covadenga* no existe, al menos, como nombre de lugar.

GUDIEL, confidente de D. Salustio, lleva el nombre de una noble familia de Toledo.

Queda todavía un personaje histórico, la DUQUESA DE ALBUQUERQUE, camarera mayor de María Luisa de Orleans y de María Ana de Neubourg, que, en el mes de Agosto de 1680, reemplazó á la Duquesa de Terranova, cuyo carácter despótico y arrebatado y continuas impertinencias habían concluído por cansar á la dulce María Luisa. Fue un asunto de Estado el obtener la destitución de aquella Terranova que, por su nacimiento y relaciones de familia, se creía nombrada vitaliciamente y protegida contra todo disfavor regio. Necesitó María Luisa mucha diplomacia y el ascendiente que ejercía sobre el Rey, su marido, para desembarazarse de aquella guardiana autoritaria, violenta y suspicaz. Es muy curioso leer en Madame de Aulnoy cómo tomó su destitución la matrona ofendida y con qué altivez se separó de su soberana:

«La Duquesa, que no se había acostado y pasó toda la noche dando vueltas por su habitación con sus dos hijas, las Du-

quesas de Monteleón y de Híjar, no esperó á que la Reina se hubiese levantado para ir á despedirse de ella; su rostro estaba más pálido que de ordinario y sus ojos más brillantes; se aproximó á la Reina y la dijo, sin llorar ni demostrar el menor sentimiento, que se lamentaba de no haberla servido como hubiera deseado. La Reina, cuya bondad era extrema, no pudo menos de mostrarse conmovida y enternecerse; y como la dijese algunas palabras amables para consolarla, ella interrumpió para reponer con altivo acento que una Reina de España no debía llorar por tan poca cosa; que la camarera que iba á ocupar su puesto desempeñaría mejor su misión; y sin hablar más, tomó la mano de la Reina haciendo como que la besaba, y se retiró. Entonces supieron todos en palacio que iba á salir, y las damas fueron á verla, llorando por política, por inclinación ó por debilidad. No se mostró afligida, y mirando á todos lados, dijo: «Doy gracias al cielo, he aquí un lugar al que no volveré en mi vida; voy á gozar del reposo y encontrar la tranquilidad en mi casa; iré á Sicilia, donde no padeceré tan graves disgustos como en Madrid.» Al decir estas palabras, golpeó dos veces en una mesita que estaba á su lado, y cogiendo un bonito abanico de la Chiña, lo rompió por la mitad, lo tiró al suelo y puso el pie encima.»

La nueva camarera, Duquesa de Albuquerque, supo desempeñar sus enojosos deberes con mayor amenidad, y sin renunciar á su gravedad de española y dama principal de palacio, procuró no mostrar ceño ni rigidez. «La vida de palacio ha cambiado y el Rey también, escribía Mad. de Villars. Su Majestad ha permitido á la Reina que no se acueste hasta las diez y media y monte á caballo cuando quiera, aunque esto vaya completamente contra la costumbre.»

Instruída y cultivada, aficionada á rodearse de literatos, la Duquesa de Albuquerque rompía con la tradicional ignorancia y futilidad de las damas de la grandeza. Si oficialmente no cambió nada en la etiqueta meticulosa de palacio, por lo menos puede suponerse que atenuó, con su tacto de mu-

jer superior, ciertas exigencias particularmente mortificantes ó ridículas. Esto es lo que deja comprender la Condesa de Aulnoy en la semblanza que hace de la nueva camarera.

«Aunque pasase por ser muy altiva y orgullosa, no pareció que quisiera seguir conducta semejante á la de la Duquesa de Terranova; al contrario, prodigaba atenciones y halagos á todo el mundo, y manifestaba profesar á la Reina gran afecto. Esta dama era viuda del Duque de Albuquerque, jefe de la casa de la Cueva; tenía cincuenta años. Era inteligente y había leído mucho. Ciertos días de la semana, daba reuniones á que acudían los sabios. No tenía más que una hija, á quien casó con el hijo menor del difunto Duque de Albuquerque, para conservar el nombre de la casa. Se había afiliado apasionadamente al partido de la Reina madre, y todos pensaban que lo demostraría con la Reina joven. Esta opinión se vió confirmada cuando el Rey, poco tiempo después de haber entrado en palacio la Duquesa, dijo á la Reina que deseaba que se divirtiese más que hasta entonces; que era preciso que paseara, que montase á caballo, y que consentía gustoso en que se acostase tarde, con tal que él pudiese, segun costumbre, acostarse á las ocho; y hasta se decidió, algunos días después, á no acostarse hasta las diez. Se supone por este agradable cambio de conducta que la Duquesa de Albuquerque hizo que la Reina madre hablase al Rey, y que la severidad hasta entonces usada con la Reina no había sido inspirada al Rey sino por la Duquesa de Terranova.»

Si de la realidad pasamos al drama, ¿qué notamos? Que una vez más, como en lo de la Reina, el poeta ha falseado la verdad histórica. Para conservar un nombre que suponía exacto, ha sacrificado la persona y el carácter; porque, á juzgar como se conduce, es evidente que su camarera responde, no á la Duquesa de Albuquerque, sino á la de Terranova, según la retratan las *Memorias de Mad. de Aulnoy*. Sin embargo, Hugo prefirió á Albuquerque, persuadido de que así se cumplía con la historia, ó más bien con las apariencias de la historia.

Antes de terminar el examen de personajes, una última observación sobre el propietario de uno de los asilos de noche que más solía frecuentar don César:

«Le soir, le front sur un pavé,  
Devant l'ancien palais des *comtes de Tevé*,  
—C'est là, depuis neuf ans, que la nuit je m'arrête,  
—Je vais dormir avec le ciel bleu sur ma tête.»

*Tevé* es consonante muy socorrido, pero la palabra no existe en la nomenclatura territorial española. Y no vale decir que «en los nombres españoles é italianos las e deben pronunciarse é», y que *Teve*, *Camporreal*, *Oñate*, deben decirse «*Tevé*, *Camporréal*, *Oñaté*». ¡Ah, no! Cuando se buscan vocablos sonoros en el útil abate de Vayrac; cuando se lee en el artículo Santa Cruz: «Doña Ana de Guzmán, de la casa de los *Condes de Teve*», por poco que sepamos de las cosas de España, adivinamos que se trata del título llevado por la Emperatriz Eugenia; y que la forma francesa sería *Tèbe* ó *Tève*, nunca *Tevé*, y que, por consiguiente, tan ilustre nombre se negará siempre á dejarse aconsonantar con *pavé*.

Y ahora, ¿cómo ha tratado Hugo la vida privada y pública, los asuntos del Gobierno y de la administración de España? Aquí tampoco salimos del tomo III del abate de Vayrac, y de *Sólo Madrid es Corte*; esta última obra no ha suministrado más que un cálculo de estadística: los gastos de la casa de la Reina, que no se encuentran en otra parte; todo lo demás se deriva en línea recta del *Estado presente de España*. Comencemos por esa evaluación á que Hugo daba tanta importancia:

«La maison de la reine, ordinaire et civile,  
Coûte par an *six cent soixante—quatre mille*  
*Soixante—six ducats!*—c'est un pactole obscur  
Où, certe, on doit jeter le filet à coup sûr.»

Tanta importancia atribuía á la cifra consignada en los versos anteriores, que no vaciló en proclamar solemnemente la exactitud absoluta de la misma:

«Cuando el Conde de Camporreal dice: *La casa de la Reina*,

E. M.—*Marzo 1902.*

*ordinaria y civil, cuesta al año seiscientos sesenta y cuatro mil setenta ducados, puede consultarse Sólo Madrid es Corte, en donde se encontrará esta cifra para el reinado de Carlos II, sin un maravedí más ni menos.»*

Podemos, en efecto, consultar todas las ediciones de *Sólo Madrid es Corte*, pero en las que consignan este gasto hallaremos, en números primero, en letras después, la suma de «quinientos setenta y cuatro mil ochocientos setenta ducados», sin un maravedí más ni menos (1). Esta pequeña diferencia se explica en Hugo. ¿Qué importa, se dirá, y quién sería tan ridículamente pedante que exija de un poeta que consigne tal suma con precisión de cajero? ¿No véis que Hugo ha querido burlarse del crítico ergotista, del erudito minucioso?

Que los gastos de la Reina de España hayan sido aumentados ó no, en *Ruy Blas*, en 89.200 ducados—que son, sin embargo, un bonito pico,—poco importa, seguramente; porque, ¿á quién se le ocurrirá jamás servirse de ese drama como de un repertorio de economía política ó de ciencia financiera? Cualquier cifra que pusiese Hugo, no hallo inconveniente en aceptarla á cierra ojos. Pero, pedantería aparte, ¿no es chocante la diferencia? Y si esos versos, con el comentario que les acompaña, son una burla dirigida á los eruditos, por más que hago no entiendo el chiste. Además, se adivina otra explicación de esa inexactitud, preferible en nuestro sentir. Hugo se hubiese alegrado de poner en sus versos la suma justa; pero como no lo consiguió al pronto, se contentó con una aproximación, seguro de que nadie iría á comprobarlo. Los rasgos de ingenio están permitidos, á condición de que resulten bien.

Si queremos desmenuzarla, la gran escena del Consejo de Estado, en el tercer acto, se presta á muchas críticas. No podemos indicar aquí todas las impropiedades de expresión, to-

(1) *Sólo Madrid es Corte*, 3.<sup>a</sup> edición. Madrid, 1675, pág. 218. Dicha suma, que figura también en la segunda edición (1669) y en la cuarta (1698), falta en la primera (1658).

dos los errores de hecho: bastará consignar los más graves y divertidos.

Tenemos por de pronto, á un Conde de Camporreal y á un Marqués de Priego calificados de «consejeros de capa y espada de la contaduría mayor». Pero la *contaduría mayor* era uno de los departamentos del Consejo de Hacienda, y el empleo de consejero de capa y espada lo desempeñaban plebeyos ó hidalgos de poco fuste. Jamás hubiesen descendido á semejante medio un Conde de Camporreal y menos un Marqués de Priego, Grande de España. La frase *capa y espada* ha mareado á muchos de nuestros novelistas, que han visto en ella cosa muy diferente de lo que en realidad significa. Consejero de capa y espada designaba á un civil, á un laico, en oposición al funcionario de carrera, pero de ningún modo á un hombre de calidad, menos aún á un noble titulado.

¿Qué significa también el cargo de «secretario supremo de las islas» ó el de «bailío del Ebro»? Misterio.

A la lista de las rentas de España, que se disputan tan encarnizadamente los Ministros íntegros y consejeros virtuosos de Don Carlos, á los impuestos indirectos enumerados por Vayrac, Hugo, para redondear sus períodos y para la rima, ha añadido de su cosecha algunos ingresos que nos son desconocidos y de que no respondemos. Pasen el *indigo* y la *madera de rosa* que riman cómodamente con *Priego* y *cosa*; pero, ¿quién ha oído hablar nunca de la «caja de las reliquias», y sobre todo de

«La multa de los burgueses á quienes se condenaba á azotes?»

¿Burgueses en Castilla, y, lo que es mejor aún, burgueses azotados? ¡Esto sí que es nuevo!

Los otros detalles de vida pública esparcidos en la obra, lo mismo que los comentarios de la *Nota*, encargados de explicarlos, resisten mal á un examen algo riguroso.

«El oro está en soberanos, buenos cuádruplos, ó buenos doblones de marco. La plata, en cruces de María.»

Por más que diga Hugo, que nos cita aquí el «libro monetario publicado en tiempos de Felipe IV, en *la imprenta real*», esta hermosa enumeración es sencillamente poner en verso los siguientes pasajes del abate Vayrac: «El cuádruplo pesa 36 granos, peso del marco de España... La moneda de plata... que se llama *María*, por tener una cifra que marca el nombre de *María*, con una cruz encima.» Pero el abate se ha abstenido, con razón, de hablar de *soberanos*, que no son moneda española, y tampoco se sirvió de la expresión *cruces de María*, la cual, que yo sepa, no fue nunca usada en España. En los libros especiales no se habla más que de *Marías*, piezas de plata que tenían curso bajo la Monarquía austriaca y llevaban en el reverso el monograma de la Virgen y la cruz.

Sobre la nobleza de España y sus diversas categorías, tenemos en la *Nota* una breve disertación, que no conviene pasar en silencio, por lo instructiva que es y la sana doctrina que encierra:

«Para terminar con las observaciones minuciosas, notemos de paso que Ruy Blas, en el teatro, dice (acto III): Señor de Priego, *como súbdito del Rey*, etc.; y en el libro dice: *como noble del Rey*. El libro da la expresión justa. En España había dos clases de nobles: los *nobles del reino*, es decir, todos los caballeros, y los *nobles del Rey*, es decir, los Grandes de España. Ahora bien; Priego es Grande de España, y, por consiguiente, noble del Rey. Pero la expresión podría parecer obscura á algunos espectadores poco eruditos; y, como en el teatro dos ó tres personas que no comprenden se creen á veces con derecho para molestar á dos mil personas que comprendan, el autor hace decir á Ruy Blas *súbdito del Rey* por *noble del Rey*, como hizo decir á Angulo Malipieri la *cruz roja*, en lugar de la *cruz de gules*. Y pide aquí mil perdones á los espectadores inteligentes.»

Aun á riesgo de merecer epítetos nada lisonjeros, de pasar por incultos é ignaros, debemos declarar que «súbdito del Rey», por vulgar que sea la expresión, nos satisface mucho

más que «noble del Rey», que no se entiende. Jamás se ha dicho en España nada semejante, y nunca existió en ese país la distinción establecida por Hugo entre nobles del Reino y nobles del Rey. La teoría, enunciada en términos tan precisos y formales, cae por tierra desde que se descubre su origen: trátase una vez más, como siempre, del abate Vayrac, mal comprendido y mal interpretado. El autor del *Estado presente de España* da la siguiente definición de la Grandeza española: «Los Grandes son los súbditos inmediatos á la persona del Rey, que tienen derecho á cubrirse y sentarse en su augusta presencia.» De este pasaje, cuya significación ha forzado, saca Hugo la existencia de dos clases de nobleza, que son puramente imaginarias. La concesión de una grandeza hereditaria ó vitalicia no modificaba en manera alguna la calidad del noble, y no ligaba al vasallo á su Rey con lazos más estrechos que los forjados por la concesión de cualquier otro título nobiliario. Cuando se dice que los Grandes estaban más próximos á la persona del Rey, se entiende únicamente que ciertas prerrogativas, y, por ejemplo, los cargos que les estaban reservados, les ponían en incesante contacto con el soberano, de quien son los grandes acompañamientos inmediatos, clientela habitual.

Nada diremos contra lo poco de blasón español descrito en la obra. En este punto, el abate Vayrac ha sido exactamente copiado, tan exactamente, que una de sus frases se ha convertido en un hermoso verso heráldico, con sólo omitir las tres primeras palabras: «La casa de

Sandoval lleva oro en banda.»

La topografía, por el contrario, deja mucho que desear; en este punto es donde Víctor Hugo ha dado rienda suelta á su imaginación y cometido mayores inexactitudes. No insistamos sobre el *hotel de Tormez*, ese *hotel* de nombre de río, que, por casualidad sin duda, se han olvidado de describirnos los analistas de Madrid,—¿sería en el poeta un recuerdo del *Lazarillo*?—y no insistamos en el *vino de Oropesa*, cuya re-

putación no debe de ser muy buena en España. Estos son, ciertamente, pecados veniales, que la exuberante Reina disculpa.

¿Quién censuraría á Víctor Hugo por haber aludido en su drama á un recuerdo de la infancia, por haber metido en un verso el nombre de una calle de Madrid, la cual, con otros detalles de su vida madrileña, se le había quedado siempre presente?

Ella va todas las tardes al convento del Rosario.

Ya sabes, subiendo la calle de *Ortaleza*.

La calle de Hortaleza es la que siguió el joven Víctor para ir al colegio de nobles, donde su padre había resuelto que continuase sus estudios. «El carruaje fué por la calle de Ortaleza (sic), á lo largo de altas paredes grises; se detuvo ante una sólida puerta cerrada. Era la puerta del colegio de nobles.» Cualquiera que en su juventud haya sufrido el internato, no acierta á olvidar los incidentes,—aun los más fútiles,—del último día de libertad.

En cambio, ¿nos quedaremos tan conformes oyendo á don César alabar el néctar de Jerez de los Caballeros?

«C'est une œuvre admirable de ce fameux poète appelé le soleil! Xerés-des-Chevaliers n'a rien de plus vermeil.»

Sospechamos que ese Jerez, situado en plena Extremadura, produce más bellotas, cerdos y corderos que vino generoso. Habría que decir *Xerés de la Frontière*, el verdadero Jerez de Andalucía. Pero, entonces, ¿qué es del verso?

Otro *lapsus*, y tanto menos justificado cuanto que bastaría con la sustitución de una sola letra para que desapareciese del drama un desliz que le ridiculiza á los ojos de los españoles:

«Elle aime une fleur bleue D'Allemagne. Je fais chaque jour une lieue,

Jusqu'à *Caramanchel*, pour avoir de ces fleurs.»

¿Una legua? Pongamos ciento si verdaderamente Ruy Blas hacía el viaje, puesto que Caramanchel es una aldea de la pro-

vincia de Alicante. Probable es, sin embargo, que no fuese más que á *Carabanchel*, al Carabanchel alto ó al Carabanchel bajo, pueblecillos de las cercanías de Madrid, tan conocidos allí como Saint-Cloud y Pontoise en París.

¡Y ved lo que puede la palabra mágica de un poeta! Teófilo Gautier, al dirigire á Toledo, pasa por cerca de Carabanchel, oye que nombran el lugar los postillones de la diligencia, lo describe exactamente: nada importa. Carabanchel se transforma involuntariamente, bajo su pluma, en *Caramanchel*; el recuerdo de *Ruy Blas* es más fuerte que todo, la imaginación triunfa de la realidad:

«Se sale de Madrid por la puerta y el puente de Toledo, recargado con adornos de mediano gusto, y sin embargo, de majestuoso efecto; se deja á la derecha la villa de *Caramanchel*, donde Ruy Blas iba á buscar, para María de Neubourg, la *florezilla azul de Alemania...*» (1).

¡Oh virtud divina de la poesía! ¡Oh incomparable prestigio del genio! Y ya que es conocida la falta, ¿no se podría pedir al futuro editor de *Ruy Blas*, al profesor que dirija la edición correctísima que emprenderá sin duda alguna librería clásica, que introdujese una variante atrevida en el texto del drama, que reemplazase á *Caramanchel* por *Carabanchel*? Sería triste cosa en verdad que los alemanes, cuya actividad crítica caerá un día sobre nuestros románticos como cayó sobre nuestras canciones de gesta y nuestros autores clásicos, se llevasen la honra y el provecho de esta ingeniosa corrección.

Tiempo es ya de detenernos y concluir. Hasta quizás es muy necesario, puesto que este estudio, como el lector habrá podido convencerse de ello, tiende, no á rebajar ó á rehabili-

(1) *Tras los montes*, París, 1843, t. I, pág. 244. No ignoramos que el pueblo de Madrid gusta de pronunciar *Caramanchel* por *Carabanchel*, y esto desde el siglo xvii al menos (véase Tirso de Molina, *Don Gil de las calzas verdes*); pero esta forma vulgar es inadmisibile en un drama serio. ¿Qué diríamos de un poeta extranjero que nos obsequiase con un *Mont-mertre*?

tar uno de los dramas más célebres de Víctor Hugo, sino sencillamente á explicar los orígenes del mismo.

Tal vez se ha observado ya. Salvo algunos fanáticos empedernidos é impenitentes, los contemporáneos de Hugo, los que conocen ó pretenden conocer el fondo de la erudición del poeta y refieren á este propósito divertidas anécdotas, se encogen de hombros ó sonríen cuando se les habla de ese teatro y se examina ante ellos el valor histórico del mismo. Entre los jóvenes, al contrario, hay muchos dispuestos á tomar con nimia seriedad las notas y los prefacios, y á dejarse seducir por las variantes y aclaraciones de «la edición definitiva». Como es natural, el respeto á las letras de molde prevalecerá sobre la tradición oral poco favorable al poeta; si nos descuidamos, lo que Hugo ha escrito no tardará en pasar, á los ojos de algunos, por palabra de Evangelio. No tanto, no tanto. Sería inexacto proclamar con Pablo de Saint-Víctor que Hugo ha «reconstruído, en *Ruy Blas*, la sombría y febril España del siglo xvii» y que su drama parece un «período de la historia milagrosamente reanimado»; sin ser gran profeta, se puede predecir que la crítica venidera rebajará algo de esos ditirambos. Pero de aquí á juzgar la obra como un puro disparate, va gran distancia.

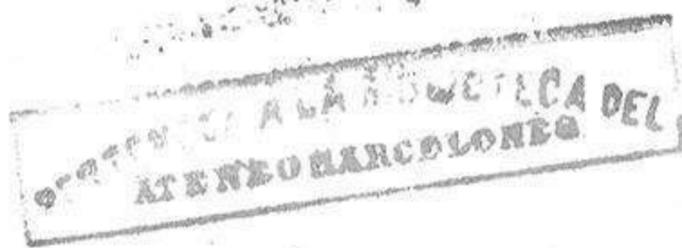
Así, pues, no holgaba demostrar que *Ruy Blas* no merece, en suma, ni ese honor excesivo ni ese menosprecio; que el poeta, según su inspiración del momento y las imperiosas necesidades de la rima y la armonía, ha respetado unas veces y desfigurado otras, la historia; que sus protestas de exactitud no resisten el examen, y que hubiese sido más digno confesar, con la noble franqueza de Corneille, sus numerosas «falsificaciones»; pero que también sería injusto condenar el conjunto sin reservas, tratar lo de invención fantástica y barroca.

Queda otro punto por discutir. Hugo, al reunir, como lo ha hecho, los elementos de un drama, ¿supo acaso «de acrecentar la realidad del conjunto, y hacer que penetrase hasta en los rincones más recónditos de la obra esa vida general y

potente en que los personajes son más verdaderos y las catástrofes más conmovedoras», cosa que él mismo reconoce que fué su objeto esencial? En suma, ¿qué pensar de la verdad moral de *Ruy Blas*?

Evitaremos prudentemente responder á tal pregunta y apreciar aquí ese drama como obra dramática; para este fin, nos inclinamos gustosos ante los espíritus delicados y los sutiles literatos á quienes no enerva la manía de la documentación y de la investigación paciente. A ellos incumbe juzgar; y si estas notas contribuyen únicamente á prestar mayor solidez á su fallo y les ilustran sobre ciertos puntos y cuestiones que no tienen tiempo de estudiar, nos tendremos por muy complacidos y bien pagados en nuestra modesta labor.

A. MOREL-FATIO.



# ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Y

## ESTADO ACTUAL DEL PROBLEMA OBRERO EN ESPAÑA <sup>(1)</sup>

---

SEÑORES:

Mucho tiempo dudé antes de echar sobre mis hombros tema de tanta magnitud y de tan complejo aspecto. Deteníame el temor de que se juzgase como vanidad lo que era en mí deseo de realizar, dentro de lo modesto de mis fuerzas, una obra útil y provechosa; y ese temor mío, fundado en consideración tan lógica, hacía fluctuar mi ánimo, indeciso y vacilante. En todos los centros donde el saber se congrega, en la Prensa y en el Parlamento, en libros y folletos, en opúsculos y discursos, el problema obrero ha sido ya objeto de estudio... ¿Qué podría decir que fuese nuevo, y que no os produjera la monotonía de lo ya conocido y divulgado? Pero á pesar de hacerme repetidamente esta reflexión, elegí el tema que voy á desarrollar, porque es esta materia asunto siempre latente, cuya importancia crece por momentos, adquiriendo gravedad inusitada y extrema, caracteres cada vez más agudos, proporciones de día en día más extraordinarias.

Antes de entrar en el examen del estado actual de la cues-

---

(1) Memoria leída el 1.º de Febrero en el Ateneo de Madrid.

ción obrera, he de hacer algunas ligeras indicaciones históricas sobre su desarrollo en España.

La primera condición del obrero es la de la esclavitud; pero en la Edad Media, época de grandes transiciones, los organismos sociales van cambiando poco á poco, y las costumbres se hacen más suaves y benignas. El esclavo, convertido en siervo, pasa luego á ser vasallo solariego y encuentra en los fueros municipales el amparo necesario, el respeto debido. En los sitios en que el feudalismo oprime, surge la lucha como resultado de una organización política defectuosa; pero esa lucha no adquiere en España los extremos que en otras naciones, en las que dió origen á sangrientas escenas. Si nos fijamos en muchos de los sucesos históricos de la Edad Media, veremos en ellos esa lucha social á que me refiero, que se manifiesta con toda precisión en algunos movimientos populares. En el siglo VIII estalló en Asturias una insurrección servil, y en el XII, en el reinado tormentoso de Doña Urraca, hubo en Sahagún una revuelta, reproducida después en el reinado de San Fernando, contra los frailes del monasterio, que ejercían jurisdicción señorial en aquella comarca, revuelta en que tomaron parte gran golpe de gentes de todas clases y profesiones. En este hecho se ve, como dice el Sr. Uña en una erudita Memoria sobre las Asociaciones obreras en España, la base de los gremios, que vinieron á significar un progreso indudable y de transcendencia suma en la historia del obrero español, que se iba redimiendo de las cadenas de su penosa servidumbre. Otro movimiento popular digno de citarse es el de los *pagesos de la remensa* en Cataluña, que tuvo término en el reinado de Fernando el Católico, y del cual podrían hacerse, si el tiempo y la ocasión lo consintieran, sabrosas consideraciones sobre las antiguas libertades catalanas.

No sólo por la fuerza manifestaban los plebeyos sus aspiraciones. Reinando Sancho *el Bravo* hubieron de pedirle una conveniente repartición de las tierras, solicitud reproducida en tiempo de Don Alfonso XI.

El levantamiento de los Comuneros de Castilla tuvo un aspecto eminentemente social, de tal modo, que se lee en Fernández de Oviedo que los rebeldes pidieron al monarca que los grandes dejaran sus Estados por tenerlos adquiridos por la usurpación; y uno de los caudillos del movimiento, el botero salmantino Villoria, ordenó la confiscación de los bienes señoriales. Por aquel entonces, mientras las ciudades protestaban de la invasión de los nobles flamencos y del menosprecio con que eran tratadas las libertades castellanas; antes de que Frank y Munster defendieran la comunidad de bienes; antes que el anabaptista Müncer y sus secuaces sostuvieran con las armas sus doctrinas; antes que el dominico calabrés Campanella escribiera su *Civitas solis*, su *Occeana* Tomás Hanington y Moro la *Utopia*, se imprimía en Burgos un *Tratado de República*, escrito por Fray Alonso Castrillo, trinitario. El ideal que en esta obra se sustenta es el de la comunidad y el uso promiscuo de todos los bienes, siguiendo las huellas de Platón y ofreciendo como muestra de sociedad bien organizada los enjambres de abejas que todo lo disfrutaban en común, abastos y viviendas. Esa idea comunista del atrevido trinitario era profesada por el propio P. Mariana, el autor de *Rege et Regis institutione*, el cual dice que República donde haya quienes carezcan de lo más preciso para su subsistencia al lado de otros ahítos de riqueza, no puede ser feliz ni gozar de paz duradera. El célebre polígrafo Luis Vives, al que cita el economista italiano Luigi Cossa entre los utopistas del siglo xvii en su opúsculo *De comunione rerum*, profesaba abiertamente las teorías colectivistas. Saavedra Fajardo llamaba peste de las repúblicas y causa de todos los daños á la desigual repartición de la riqueza, y Alvarez Ossorio abrigaba en 1686 el vasto proyecto, elaborado al calor de una aspiración filantrópica, de constituir una «Compañía universal» de fábricas y comercios que había de dar ocupación á cuatro millones de personas. De modo, señores, que no en balde afirma ese apóstol del saber humano, D. Joaquín Costa, que el ideal colectivista que inspiró á Flórez Estrada no fue

producto extranjero, sino planta nacida en la tierra soleada de Castilla.

El siglo xv fue el de mayor apogeo de los gremios; todas las profesiones solicitaban agremiarse, recordando á este propósito el Sr. Colmeiro que el barbero á quien quita Don Quijote el yelmo de Mambrino, dice: «Yo también soy de vuestro oficio y tengo mi carta.» Los gremios realizaron una función social, cumplieron los fines á que estaban llamados, y, una vez cumplidos, empezó su decadencia. Los abusos por ellos cometidos, y la necesidad de romper los vínculos estatutarios que estancaban la industria, originaron la muerte de organismos que eran contrarios al interés del Estado y á los principios democráticos sancionados por la Constitución de 1812.

Debe desvanecerse, antes de seguir adelante, el error sostenido por algunos escritores de que la condición de los trabajadores de los siglos xv, xvi y xvii era mejor que la de los de ahora, bastando para convencerse de lo contrario saber que en la Nueva Recopilación promulgada en tiempos de Felipe II se aplica la consideración de viles á los oficios manuales, y esto es suficiente para que se vea de qué modo era desconocida la dignidad del trabajo.

Las ideas de renovación y de libertad agitaron la Europa á fines del siglo xviii, conmoviendo en sus cimientos los tronos seculares, y en los albores del pasado, pensadores y filósofos arrojaron en la tierra, cubierta aún con los cadáveres de cien guerras odiosas, la semilla de ideales utópicos sí, pero que tenían en su esencia algo de generoso y altruista. En Alemania las quejas populares cantadas por la musa pesimista de Enrique Heine se resolvieron en una revolución sofocada con sangre. En Francia las doctrinas del socialista autoritario Luis Blanc promovieron la creación de los talleres nacionales, y su fracaso originó aquella terrible rebelión de 100.000 obreros hambrientos. En Suiza la Asociación política de Ginebra influía notablemente en la marcha de la Federación, y en Inglaterra las Sociedades de resistencia habían arrancado

del Gobierno el célebre decreto que legitimaba su existencia.

¡Cómo iba á permanecer España indiferente á esta agitación general, á esta conmoción profunda que como reguero de pólvora cundía por los ámbitos todos de la vieja Europa estremecida!

Ya en 1840 se organizaron en Barcelona, en Sociedad de resistencia, los tejedores de algodón, y la idea de revolución social tuvo propagandistas como Abdón Terradas y los Montaldos, publicándose poco después un periódico comunista. En el mismo año, y según cuenta el Sr. Garrido en su conocida obra sobre las clases trabajadoras, D. Joaquín Abreu, discípulo de Fourier, se dedicó á propagar activamente las teorías de su maestro, formando un núcleo numeroso de partidarios. El citado Sr. Garrido fundó en 1845 una revista titulada *La Atracción*, que duró tres meses; y se escribieron muchos folletos socialistas. El Gobierno de Narváez reprimió con mano severa esta propaganda.

En 1855 ocurren en los centros industriales de Cataluña las primeras huelgas tumultuosas y muere asesinado en Sans el diputado á Cortes Sr. Sol y Padrís. Tal vez, debido á esto, las Asociaciones obreras que se habían organizado en Barcelona fueron duramente perseguidas por el General Zapatero. Coincidiendo con tales hechos, la provincia de Sevilla es teatro de un alzamiento socialista, y el inflexible Narváez vuelve á hacer gala de su rigor extremado. Las alteraciones de los campos de Sevilla se repitieron en 1861 en los de Loja; y dos años después el Ministro de Fomento, Sr. Alonso Martínez, convencido de que era preciso procurar el mejoramiento de la clase obrera, nombró una numerosa comisión para el estudio de sus necesidades y aspiraciones, comisión que no dió resultado alguno positivo. Dice el ilustre publicista francés M. Laveleye, que ha estudiado el movimiento obrero español, que hasta 1867 la propaganda dirigida por el periódico *El Obrero* no fue revolucionaria, y sabido es que la revolución setembrina no la hizo el proletariado... Sin embargo, merced al espí-

ritu democrático que la revolución personificaba, todas las ideas radicales que habían estado contenidas, surgieron de pronto, moldeándose en la cera dúctil de las pasiones extravías.

Al llegar á este punto, hay que hablar de la Internacional. ¿Qué era esta poderosa y temida asociación? Según decía uno de sus jefes, Eccarius, la Internacional había nacido de la conjunción de dos tendencias: la de la *trade unions* de Inglaterra, persiguiendo el acrecentamiento de los salarios por la coalición y la huelga sobre el terreno de la economía práctica, y la del socialismo francés y alemán, queriendo cambiar brusca y radicalmente las bases del orden social. Agitada y difícil era entonces la situación que atravesaba nuestra patria. La revolución acababa de derribar una Monarquía tradicional; los republicanos constituían un partido fuerte y poderoso; el carlismo se disponía á ensangrentar de nuevo el suelo nacional; todo presagiaba daños y trastornos, todo eran indicios de que se avecinaba un período luctuoso para la tierra desgraciada cuyos hijos desgarraban impiamente el seno dolorido de la madre. Fue entonces, al tiempo mismo que los hombres de la revolución buscaban un monarca por las Cortes de Europa, al tiempo mismo que el asesinato era arma política y la indisciplina general, corruptela que minaba todas las instituciones y socavaba todos los prestigios; fue entonces, no por defectos de la revolución que había cumplido el proceso evolutivo necesario en la historia de la nacionalidad española, sino como lógica consecuencia de ese mismo proceso evolutivo, cuando todas las demagogias desbordadas salieron á la superficie y cuando se vieron retratadas en el espejo de nuestras discordias todas las lacerías y todas las monstruosas aberraciones que sólo esperan en las sociedades una ocasión propicia, un momento favorable para hacer sentir sus tristes y dolorosos efectos. La Internacional creció rápidamente. Al primer Congreso de Bruselas, los internacionalistas españoles enviaron un delegado, Sarro Magallanes. Constituyeron muchas federaciones regio-

nales y una sección central en Madrid, fundando un periódico que tenía por título *La Solidaridad* y que dirigieron Moraga y Francisco Mora. El lenguaje de los internacionalistas era violento y atrabiliario; publicaban manifiestos y proclamas que eran encabezados con la frase sacramental «¡Alto!» y verificaban reuniones en las que hacían ostentación de sus ideas. Una de ellas fue convocada para el 2 de Mayo, tratando de herir los sentimientos patrióticos que despreciaban, porque, según ellos, así como el capital no tiene patria, sus víctimas los trabajadores tampoco deben tenerla. Poblaciones hubo á las que no llegó esta profunda agitación; pero salvo contadas excepciones, los principios disolventes de liquidación social, anarquía y colectivismo, cundieron por toda España. El 6 de Agosto de 1870, la Internacional dirigió un manifiesto á los Poderes públicos, en que se sentaba esta atrevida conclusión: «Ahora bien, si la Internacional viene á realizar la justicia y la ley se opone, la Internacional está por encima de la ley.» Era imposible seguir soportando audacia semejante. Así lo comprendió el Gobierno, cuando en la discusión que sobre la Internacional inició en el Congreso el Sr. Jove y Hevia, declaró por boca del Ministro de la Gobernación que dicha asociación, por su programa destructor y cosmopolita, estaba dentro de las prescripciones penales. Transcendental fue aquel debate, tanto por las personas que en él intervinieron como por la altura en que la controversia se sostuvo. Bastará decir que hicieron uso de la palabra Ríos Rosas, Cánovas, Montero Ríos, Valera, Moreno Nieto, Castelar, Salmerón, Pí y Margall, Gabriel Rodríguez, Ruiz Zorrilla y Echegaray (D. José), manifestándose las más opuestas ideas, desde las ultra-reaccionarias de D. Cándido Nocedal, que afirmaba que el pauperismo era hijo de la civilización moderna y que si la libertad perseguía á la Internacional haría lo que Saturno, que había devorado á sus propios hijos, hasta las anárquicas de Lostáu y Garrido, que se declararon más ó menos abiertamente partidarios de la poderosa asociación obrera, que era una cons-

tante amenaza de desorden. Observóse en esta discusión que los antiguos socialistas platónicos no admitían las ideas internacionalistas, rechazadas también por revolucionarios impenitentes como Maccini y Proudhon. El diputado D. Francisco Moya declaró que él era partidario de las doctrinas de Carlos Fourier, pero que abrigaba la convicción profunda de que la Internacional iba contra las doctrinas societarias por él profesadas.

Después de la excisión en la Haya entre Marx y Bakounine, la mayoría de los internacionalistas españoles se decidió por el último. Lafarga, Iglesias, actual jefe del partido obrero, Mesa, Llompart y algunos otros se declararon marxistas, publicando en Madrid un periódico titulado *La Emancipación*. Los partidarios de Bakounine fundaron *El Condenado*, cuyo programa era «Ateísmo, anarquía y colectivismo», y en el cual se recomendaba el empleo del petróleo para *bañar* los edificios, como decía con cínica ironía.

El año de 1873 fue terrible y calamitoso para España. La Monarquía de Don Amadeo resultó una Monarquía efímera y pasajera que duró la vida breve de las ilusiones progresistas. A las complicaciones de la guerra carlista y de las revueltas republicanas é internacionalistas se unieron desavenencias y rompimientos entre los hombres que defendían la dinastía de Saboya, y el poco tacto mostrado por el Sr. Ruiz Zorrilla tratando de imponerse al Monarca en la grave cuestión del cuerpo de artillería precipitó la abdicación del caballeroso Rey Don Amadeo. A aquella Monarquía, como á la de Luis Felipe en Francia y á la de Maximiliano en Méjico, le faltaba consistencia, raíz sólida, estabilidad bastante. Por eso no pudo resistir al embate de tantas y tan arrebatadas pasiones. En este año la Internacional había llegado al apogeo de su fuerza. Contaba, según manifestaciones del delegado español en el Congreso de Génova, García Viñas, 270 federaciones regionales con un total de 300.000 afiliados. El federalismo y las ideas de disolución social y de un cambio completo de régimen po-

lítico marchaban unidos. En Andalucía y Extremadura los campesinos intentaron llevar á cabo la repartición de tierras, y en el movimiento cantonal la Internacional tomó parte eficaz y directa. Estas afirmaciones se hallan corroboradas por el testimonio de los mismos republicanos. García Ruiz, el demócrata convencido, el fundador de *El Pueblo*, decía en un folleto por él publicado que la federal representaba fiel y desdichadamente la demagogia y la anarquía, y D. Antonio Orense manifestaba en el Congreso que la anarquía era hermana del cantonalismo, y esa conexión entre el federalismo y la Internacional era proclamada por los mismos periódicos federales, pues uno de ellos, *La Igualdad*, defendía la revolución social, juzgando que sin ella nada sería la federación republicana, puesto que la política era el medio de llegar á la emancipación completa de las clases desheredadas.

No niego yo en absoluto la afirmación que hace el insigne catedrático de la Universidad de Oviedo Sr. Builla. Es cierto que la insurrección cantonal fue de fines políticos principalmente; pero los internacionalistas contribuyeron á su desarrollo, y eso es, sin duda, lo que ha motivado las afirmaciones, tanto de Jhon Rae como de Laveleye y Magalhaes Lima, en las obras que á ese asunto se refieren. Lo que ocurrió fue que, siendo escasa la cohesión entre las masas anarquistas, sus movimientos resultaron aislados; pero la acción de la Internacional se ve con toda evidencia en muchos de los tristes acontecimientos entonces ocurridos, para mengua y oprobio de los Gobiernos que olvidaron la frase de un gran repúblico de Washington, el cual decía que para gobernar, lo necesario era garantizar eficazmente la persona, la libertad y la propiedad de los ciudadanos.

En los primeros años de la Restauración, el movimiento obrero, en su aspecto político, parecía extinguido. Sin embargo, pronto había de cobrar nueva vida. El año 1878, Pablo Iglesias, el apóstol del socialismo, reúne un núcleo de amigos, empezando de manera sigilosa y reservada la organización del

actual partido socialista obrero; y en 1882, y merced á la política más liberal del Gobierno Sagasta, los socialistas lanzan á la publicidad el manifiesto en que se contenía el credo de la agrupación.

Coincidiendo con esto, el anarquismo dió también señales de retoñar. A mediados de Febrero de 1883, el Gobierno tuvo conocimiento de que la Guardia civil había descubierto dos asociaciones de índole peligrosa, que tenían su centro en Jerez de la Frontera. Una se llamaba «La mano negra», la otra «El tribunal popular». Ambas asociaciones habían declarado guerra á muerte á la burguesía, y por su instigación se habían cometido algunas fechorías. Aunque el proceso de los comprometidos en aquel suceso tuvo gran resonancia, ha habido evidente exageración en el juicio formulado por algunos escritores sobre el alcance y la importancia de los hechos que le produjeron. Más que verdadero movimiento revolucionario, vióse en «La mano negra» reminiscencias de ese bandolerismo audaz de los campos, que las guerras civiles dejaron como semilla.

Pero aunque «La mano negra» fuese, más que una organización anarquista poderosa, una conchava de foragidos, es indudable que el anarquismo español vivía y trabajaba en las tinieblas, como el espíritu del mal. En 1881 se había constituido en Londres la asociación internacional de obreros revolucionarios, que proclamó las siguientes conclusiones: «Para llegar al fin perseguido, al aniquilamiento de los soberanos, ministros, nobleza, clero, grandes, capitalistas y otros explotadores, todo medio es legítimo», y, en su consecuencia, se recomendaba á sus asociados una atención especial para el estudio de la química y explosivos. Bien pronto esta asociación consiguió tener ramificaciones en casi todos los países, y tal vez para evitar que pudiera constituirse en España un organismo revolucionario análogo al de la famosa Internacional; en 1886, al discutirse en el Congreso la ley de asociaciones, presentó la minoría conservadora una enmienda encaminada á prohibir que pudiera organizarse asociación alguna, que

bajo el nombre de «La Internacional de trabajadores», ú otro análogo, atacase los principios fundamentales del Estado. Esta enmienda fue defendida por el Marqués de Vadillo y rechazada por 122 votos contra 46, pues el Gobierno del Sr. Sagasta sostuvo que en la ley presentada no tenían cabida aquellas organizaciones que se propusieran fines ilegales.

En 1890, y conforme á lo acordado en el Congreso obrero de París, celebróse por primera vez en España la fiesta del trabajo con gran animación y orden en todas partes, excepto en Barcelona, en donde los masas obreras hicieron frente á la fuerza pública y hubo algunos muertos y heridos. El partido socialista dió pruebas de su seriedad y corrección, y una comisión de obreros que, presidida por Pablo Iglesias, visitó á Sagasta, hizo protestas de su respeto á la ley. Por aquellos días, el diputado Sr. Cuartero presentó en el Congreso una proposición de ley pidiendo, entre otras cosas, la reducción á ocho de las horas de trabajo, y que las empresas ferroviarias transportasen gratis á los obreros. La nota general, y salvo alguna lamentable excepción, fue en la primera fiesta del trabajo la de la sensatez.

En donde contaba el anarquismo con más prosélitos era en Barcelona. Una labor constante había producido el resultado que era de esperar. Consecuencia de esto fueron las trágicas escenas de que fue teatro la capital catalana.

El día 23 de Septiembre de 1893, Pallás arrojaba dos bombas al paso del ilustre General Martínez Campos. A los pocos días, y como en represalias del fusilamiento de Pallás, los anarquistas eligieron el Teatro del Liceo para realizar el más inicuo y espantoso de los atentados. Todos recordaréis el horrendo suceso. Sobre las butacas cayeron de improviso dos bombas, una de las cuales hizo explosión, causando grandes destrozos y numerosas víctimas. Entre éstas se encontraba una pobre niña, á la que sus padres habían puesto de largo, llevándola al teatro para solemnizar motivo tan fausto para la familia.

¡No pensaría, sin duda, la risueña jovencita que las blancas galas con que se ufanaba su femenina vanidad, habían de servirle de triste sudario en aquella noche en que los acordes melodiosos de la música fueron interrumpidos por el estallido horrísono de la metralla!... Bien dijo entonces *El Imparcial* que los que tales hechos ejecutaban debían desaparecer como germen de hidrofobia social, porque eran salvajes que se juzgaban filósofos y que sólo tomaban de la civilización la receta para fabricar explosivos, y la musa inspirada de Manuel del Palacio apostrofó al anarquismo en estos versos enérgicos y varoniles:

Aspira á ser partido, y su doctrina  
Es el odio, la fiebre y el espanto.  
Pretende redimirnos, y entretanto  
Lo puede conseguir, nos asesina.

Viendo, señores, los hechos sangrientos de que fue teatro Barcelona, hay que dar la razón á Lombroso, el cual, después de afirmar que la mayor parte de los anarquistas pertenece á la familia de los *asesinos filántropos*, que en su locura matan á los hombres por amor hacia ellos, añade que los propagandistas de la idea anárquica, excepto algunas excepciones como Ibsen, Reclus, Kropotkine, etc., son locos ó criminales, ó ambas cosas á la vez, citando á este propósito el insigne profesor italiano, ejemplos que lo confirman plenamente. Los execrables asesinatos del Liceo y de la calle de los Cambios Nuevos dieron por consecuencia el rigor extremado, sin duda, que desplegaron las autoridades barcelonesas; pero es una infamia atribuir á la iniciativa del ilustre hombre público, vil y cobardemente asesinado en Santa Agueda, los abusos que pudieran cometerse en los calabozos del castillo de Monjuich, abusos que yo condeno y recrimino con toda mi alma.

¿Cuál es hoy la situación del anarquismo en España? Recientemente se han publicado en *El Imparcial* y en el *Heraldo* notables trabajos sobre esta materia, suscritos respectivamente por los Sres. Maeztu y Morato, y en los cuales no se

apreciaba del mismo modo la importancia y el alcance de ese movimiento. A mi juicio, y coincidiendo en esto con el señor Maeztu, creo que no es insignificante, ni mucho menos, el número de los anarquistas españoles. Decíame hace poco tiempo un distinguido amigo, ex-Gobernador de Sevilla, que sólo en Andalucía existen más de doscientas sociedades secretas de filiación anarquista, y en la Coruña, en Zaragoza, en Valencia y en Barcelona es también considerable el número de los que tales ideas profesan. Lo que ocurre, según la afirmación de un propagandista radical, Ernesto Bark, es que los anarquistas *conscientes* son escasos, tanto anarquistas de acción como teorizantes, y que lo que abunda es la masa de pobres obreros cuyas almas han sido envenenadas para siempre por esos falsos apóstoles de que hablaba Clarín, enfatuados con predicaciones y lecturas indigestas, apasionadas, sin orden ni base firme...

Yo creo que hoy por hoy la fuerza del anarquismo es mucho mayor que la del socialismo, si bien éste aumenta de modo visible, como puede observarse viendo que en las elecciones de diputados á Cortes de 1891 votaron en España la candidatura socialista 6.000 electores; que en 1899 eran los votantes 23.000, y que en las últimas elecciones Pablo Iglesias fue derrotado por pocos sufragios, y el partido presentó 32 candidatos, muchos de los cuales alcanzaron nutridas votaciones.

El socialismo consta actualmente de unas cien Asociaciones, y publica 13 periódicos que tienen 25.000 ejemplares de tirada. La lucha entre el socialismo y el anarquismo reviste en estos últimos tiempos formas de gran acritud y encono. *El Socialista* en uno de sus artículos llamaba á los libertarios «bárbaros é intolerantes», afirmando que su odio, su apelación á las violencias fuera de sazón; sus miserables injurias á las personas, que revelan su impotencia y la vanidad de sus cerebros, concitan contra ellos á la opinión toda, y sobre todo á la opinión obrera. El lenguaje de la prensa anarquista, excep-

ción hecha de la publicación científica *La Revista Blanca*, está inspirado en ese criterio de censurable violencia. En un periódico libertario se decía á raíz del crimen de Czolgosz, el asesino de Mac-Kinley: «No es un crimen vulgar ni proyectado por un grupo de hombres; es un hecho hijo de un artista enamorado de la verdad, y que merece ser repetido con frecuencia.» La diferencia entre el anarquismo y el socialismo estriba en que el primero (y claro está que no me refiero al anarquismo teórico que profesan algunos hombres de recta voluntad y clara inteligencia como Dorado Montero, Urales, Martínez, Ruiz, etc.) explota villanamente al obrero. Basta para ello fijarse en el hecho de que le aconseja la huelga general que ha sido rechazada en cuantos Congresos internacionales obreros se han celebrado, lo mismo en el de París el año 1889, que en el de Bruselas en 1891, que en el de Londres en 1896; declarándose en este último que la huelga y el *boiccot* son medios necesarios á la realización de los fines de las sociedades de resistencia, pero que la huelga general era de realización imposible.

Pues bien, al aconsejar los anarquistas sus sociedades y periódicos á los obreros, la huelga general les llevan á un terreno de violencia en que forzosamente han de chocar con la fuerza coercitiva del Estado; y el incitar á tales procedimientos á gentes sin organización ni medios de ataque y de defensa, cometen una verdadera villanía y engañan á los obreros, lanzándolos por un camino que tiene que ser el de su perdición.

Contrastando con esto, el socialismo y aquellas asociaciones obreras que sin estar afiliadas á ese partido, que siendo distintas de él por su estructura independiente como la Unión General de Trabajadores, tienen, sin embargo, puntos de vista análogos en lo referente á las cuestiones obreras y al modo de solucionarlas, no aconsejan la violencia al trabajador, sino la resistencia pasiva que, alimentada por los fondos existentes en la caja social, pueda proporcionar, si la organización

societaria es vigorosa, el triunfo de las aspiraciones obreras.

Hay, pues, honda diferencia entre el socialismo y el anarquismo en sus distintas manifestaciones. El socialismo es un partido serio y respetable, y aunque en su credo político se sustente la emancipación de la clase obrera y el desbarate de la sociedad burguesa, hoy por hoy sólo aspira al mejoramiento de esa honrada clase. El anarquismo teórico es asimismo digno de consideración, y su error consiste en una falsa noción de alma humana y en un olvido del inflexible principio aristotélico de que las pasiones subsistirán siempre en el hombre; pero el que merece todo género de censuras y la más acerba de las recriminaciones es ese anarquismo de acción que proclaman hombres sin conciencia, eternos artífices del sofisma, instigadores del motín callejero...

Ese anarquismo que predica el exterminio, lleva en sus manos febriles la tea incendiaria, tiene el odio como sentimiento, el robo como idea y como fin, engendra crímenes sin grandeza y víctimas sin heroísmo.

Y voy ahora á tratar sucintamente, para no molestar vuestra atención en demasía, de algunas de las principales cuestiones que deben ser examinadas y resueltas. Hay una, señores, que merece toda nuestra atención, y es la referente al trabajo de la mujer. Los apóstrofes de Michelet contra el trabajo de la mujer en las fábricas podrán ser exagerados, pero son fruto de un convencimiento generoso. Los destinos de la mujer no deben consistir en ganarse el pan con un trabajo rudo, sino en ser, el ángel del hogar, y no puede pensarse sin dolor que mientras las madres consumen sus energías físicas en el taller, los hijos, en lugar de reir sobre el tibio regazo de la que les dió el sér, sollozan sobre el duro lecho del arroyo, escuela del vicio y asiento de la desvergüenza. Es en vano que algunos hombres ilustres pretendan demostrar la igualdad de los dos sexos. Lombroso y Ferrero en su obra *Donna delinquente prostituta é normale*, hacen notar de modo palpable la inferioridad fisiológica y psicológica de la mujer, y que las facultades

psico-físicas de ésta son resultado de su gran función biológica, la maternidad.

Pero precisamente esa desigualdad la hace más acreedora al respeto, al auxilio, á una situación de privilegio y de excepción dentro de la sociedad. Si á ese sér débil y delicado cuyas carnes mórbidas y suaves no están hechas para las labores penosas que fatigan y agotan, si á ese sér le hacéis bajar al fondo de las minas ó le empleais en las industrias metalúrgicas, destruís esa función de la maternidad y cegais, por lo tanto, la fuente de la vida.

No es que combata yo en absoluto el que la mujer pueda emplearse como obrera, porque dada su condición social, hay que tener en cuenta el profundo concepto de Max. Nordau, «que las mujeres del pueblo y de la clase media sin dote, se ven obligadas á permanecer estériles en un celibato forzoso ó á entregarse á una prostitución más ó menos dorada», y mujer que trabaja es mujer que se redime de la mancebía, pero la actividad y el esfuerzo femeninos deben limitarse á los trabajos sedentarios y ligeros, á las industrias textiles, á lo que no pueda, en suma, destruir su organismo. Este ha sido el criterio que ha informado casi constantemente al legislador, el consignado en la real cédula de 1779, que habilitaba á la mujer para todas las labores propias de su sexo, el que informaba el art. 33 del reglamento de Policía minera, que preceptúa no se permita entrar ni trabajar en el interior de las minas á las mujeres de cualquier edad que sean, y el que resplandecía en el proyecto de ley presentado á la sanción de las Cortes por el Gobierno conservador del Sr. Silvela.

Y aun dentro de las labores que puedan ejercitarse sin daño para el organismo de la mujer, el trabajo de ésta tiene que rodearse de garantías y seguridades de que ahora carece en absoluto. Muchas veces habréis visto salir de los talleres esos grupos de jovencitas alegres y locuaces, y habréis observado generalmente en sus rostros las manifestaciones de la anemia y la clorosis. Y ¿cómo no? Hace poco tiempo una co-

misión de la Junta de reformas sociales empezó á visitar algunos obradores, y en casi todos se notaba la ausencia completa de condiciones de salubridad.

En los días de calor las obreras se asfixian en ellos, y en los días de frío no tienen otra lumbre que la puramente metafórica de sus ojos juveniles.

Y ocurre asimismo con lamentable frecuencia, que para satisfacer la frivolidad mundana y vanidosa de la dama encopetada ó de la niña antojadiza, se hace velar á las obreras noches y noches con olvido de los principios de la higiene. El trabajo nocturno debía prohibirse por completo, no sólo para las mujeres, sino también para los hombres. La duración del trabajo no puede dejarse al arbitrio del patrono. En España, señores, no hay ninguna ley que limite las horas de trabajo; cuando en todas las naciones civilizadas se ha puesto un término á la actividad humana, para evitar que muchas veces sea objeto de explotaciones inicuas. En Suiza, desde 1877, está limitada la duración del trabajo. Austria ha adoptado para los obreros adultos un máximum de once horas, y lo mismo Rusia. La ley francesa de 30 de Marzo de 1900 reduce la jornada de trabajo á once horas inmediatamente, diez horas y media en 1902 y diez horas en 1904, para los obreros de todas las edades. En Alemania, desde la ley de 1.º de Junio de 1891, la jornada de los adultos es de diez á once horas; en los Estados Unidos de ocho á diez, y en la Australia de ocho. Sólo España constituye una vergonzosa excepción en esta materia, y no hay disposición alguna que reprima y evite lo que constituye un verdadero atentado al derecho social. Yo he oído decir que en España hay obreros que trabajan doce y catorce horas, y si ello es cierto, el Estado debe prohibirlo y hacer entender á los patronos que la carne del obrero no es insensible á la fatiga como el acero de la máquina. Las estadísticas demuestran que los accidentes del trabajo son más comunes al fin de la jornada cuando es larga en exceso, y esto es lógico. La vista del obrero se cansa, sus miembros se debi-

litan, la fatiga física acaba por dominar el organismo; y obligar al obrero á que trabaje en esas condiciones, es un crimen del patrono que le hace acreedor al oprobio de la sociedad. Todo trabajo que exceda de ocho ó diez horas es cruel, afrentoso, inmoral y anticristiano, creando un peligroso antagonismo social, que sólo puede resolverse entre lágrimas y sangre, zozobras y dolores.

Se me dirá tal vez que el Estado no debe inmiscuirse en lo que cae dentro de las relaciones privadas entre patronos y obreros; pero yo he de replicar que la misión del legislador está en impedir que la malicia ó la fuerza perjudiquen al débil y al necesitado, amparándole contra la ley brutal de la concurrencia.

No quiere esto decir que llegue yo á creer que el Estado deba reglamentar la tasa de los salarios, estableciendo un *minimum*, reglamentación que aparece en nuestras antiguas leyes, entre otras, en una Ordenanza de Enrique II que, sometiendo la industria al Concejo, establecía que era éste el que tenía que fijar el precio del trabajo con arreglo al de las viandas; y en el Ordenamiento de Alcalá, que consignaba análogos principios. El Estado no está facultado para tanto; y hay un organismo que es el indicado para pactar con el patrono sobre esa cuestión: el sindicato obrero, cuyo desarrollo necesita favorecerse en España, sin abrigar el temor pueril de que pueda resultar tiránico su influjo.

La inspección de los talleres es cosa indispensable, siendo preciso que además de organizar el Estado, como solicita el Sr. Buylla, un cuerpo de inspectores, gente moral y competente, no multitud logrera y advenediza, que vele para que la ley no resulte un mero concepto teórico; sean los mismos trabajadores los que cuiden de su seguridad, pues como decía recientemente el Gobierno francés en una circular dirigida á los inspectores del trabajo: «El servicio de inspección no puede asegurar plenamente la aplicación de las leyes del trabajo, sino mediante la colaboración de los trabajadores, para los que esas leyes han sido hechas.» Y por eso en Francia, al lado

de los inspectores elegidos por el Gobierno, desempeñan el cargo de vigilar el estricto cumplimiento de esas leyes, delegados obreros elegidos por los sindicatos profesionales ó por las Bolsas del trabajo.

Medida de grande importancia fue la que, debida á la iniciativa del partido liberal, produjo por Real decreto, en Diciembre de 1883, la creación de una Junta de reformas sociales con objeto de que estudiase todas las materias que directamente interesaran á la mejora y bienestar de las clases obreras, tanto agrícolas como industriales. Esta Comisión había de desarrollar un cuestionario que contenía treinta y dos preguntas relativas á gremios, huelgas, jurados mixtos, asociación, inválidos de trabajo, condición económica de los obreros, salario, horas de trabajo, etc., etc... Para mayor ilustración del problema abrióse una información oral que empezó en 26 de Octubre de 1884, verificándose diez sesiones, en las que tomaron parte veintiséis oradores, entre ellos Pablo Iglesias, que manifestó su desconfianza de que la Comisión llevara á efecto nada positivo, dada su constitución burguesa. Otro Real decreto del 13 de Mayo de 1890 reorganizó la Comisión, dándole atribuciones para procurar la mejora de habitación de las clases obreras, la policía, higiene y salubridad de los talleres, y la asociación, abono y socorro mutuo de los trabajadores. En 1894 se mandó establecer en el Ministerio de la Gobernación un servicio especial de estadística del trabajo, y en 15 de Julio de 1897 se dió el reglamento de Policía minera, que consta de 196 artículos, distribuídos en cinco títulos, referentes á las disposiciones comunes para todas las minas, determinaciones especiales para ciertas explotaciones mineras, inspección y vigilancia de vías exteriores, talleres, fábricas y motores concernientes á la industria minera y metalúrgica, responsabilidades y sanción penal. Es digno de observarse que en esta ley se establece que los ingenieros de minas desempeñarán el cargo de inspectores de las mismas para garantizar así en lo posible la seguridad de los obreros.

Entre las reformas que con premura debían acometerse está la de construcción de casas para obreros, facilitando así la baratura de las mismas. En España ha habido varios proyectos de esta índole. Por Real orden de 9 de Septiembre de 1853, refrendada por D. Pedro Egaña, Ministro de Gobernación, se dispuso que se edificaran casas para obreros en Madrid y en Barcelona; pero esta disposición quedó incumplida. En 1863, con motivo del ensanche de la corte y de la subida de los alquileres, volvió á agitarse la idea, sin resultado práctico alguno. En 1869 el Municipio acordó utilizar para ese objeto los vastos solares existentes en las Ventas del Espíritu Santo, y en 1873 se anunció la construcción de un barrio obrero en el paseo de Areneros. Nada se hizo entonces, y hoy, señores, esta cuestión que se enlaza estrechamente con la de la salubridad pública, debe ser objeto de atención y de estudio. No se trata aquí de separar á los obreros del resto de los ciudadanos, de una especie de antipática selección por barriadas, de unas clases respecto de otras clases, para que sean marcadas sus diferencias; no se trata de eso, como afirmaba ante la Junta de reformas sociales el compañero Quejido; se trata de que los trabajadores puedan tener viviendas sanas, desahogadas, alegres, no infectos y desmantelados tugurios, cuya falta de condiciones higiénicas afecta fatal y desdichadamente al estado material y moral de los pueblos; se trata de la construcción de casas á la manera de las *modelhouses* de Alemania y Suiza, que mejoran y hacen más llevadera la vida del obrero.

Y no es esto sólo; hay aún otra consideración que hacer respecto á este punto. Yo creo, señores, que es también de justicia que los modestos ajuares de los obreros tuvieran el privilegio de que gozan en los Estados Unidos (*homestead*), de no poder ser embargados en caso alguno. ¿Que quién debe promover la construcción de esos barrios? Si los patronos siguieran el ejemplo que ha dado el gran fabricante alemán Krupp, ellos eran los llamados á hacerlo en primer término, pero á falta de su iniciativa, ésta incumbe al Estado, á la Provincia ó al Municipio.

La participación del obrero en los beneficios de la empresa es indudablemente de justicia, y se equivocó Leroy-Beaulieu al afirmar que esa participación no tiene ningún fundamento equitativo ni científico, porque no es exacto que los beneficios industriales sean debidos únicamente al que dirige la explotación. No es sólo el pensamiento del empresario el que crea los beneficios, son las manos de los trabajadores los que los producen. El obrero aporta á la producción, además de un trabajo determinado que es el que hace objeto del contrato con el patrono, su personalidad entera, que arriesga en la empresa del mismo modo que el capitalista arriesga su dinero. El mismo Leroy contradice sus afirmaciones cuando á sus juicios adversos á la participación en los beneficios añade: «que es preciso que los patronos, cuando el trabajo va bien, mejoren la situación del personal de sus talleres, sin llegar á la participación en los beneficios, sino al salario parcialmente variable»; pero esto es una sutileza de lenguaje, y en el fondo la idea es la misma.

No cumple, pues, el patrono sus deberes dando al obrero únicamente un salario las más de las veces mezquino y miserable, y por esas mismas consideraciones apuntadas es por lo que el empresario está obligado, como dice el civilista italiano D'Aguanno, á resarcir á las víctimas del trabajo; por el solo hecho de haber acometido una empresa que lleva consigo riesgo, que lleva al lado de las ganancias las pérdidas, y la justicia exige que entre éstas sea comprendido el resarcimiento de los operarios que sufrieron un accidente desgraciado.

En 1889 hubo un animado debate en la Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre el tema «Bases de una legislación más completa que la actual, para indemnizar á los trabajadores ó á sus familias de las desgracias ocasionadas por la incuria de los jefes y propietarios de los establecimientos industriales»; predominando el criterio de que el Estado no debía legislar sobre esa materia, respetando las iniciativas individuales. Sin embargo, era imposible que España careciese de

leyes que estaban escritas en la legislación de todos los países. Así lo comprendió el Ministro de la Gobernación Sr. Dato, el cual, animado de plausible y generoso propósito, puso á la firma de S. M. la ley del 30 de Enero de 1900, que declaraba á los patronos responsables de los accidentes ocurridos á sus operarios, fijando las indemnizaciones abonables á éstos ó á sus familias.

Los obreros—afirmaba en un discurso el ministro francés Millerand—son los acreedores legales de la sociedad y tienen derecho perfectísimo á que ésta vele por su existencia y proteja su desamparo. Y debe llegarse, y de hecho se llegará, á la creación de cajas de retiro, protegidas y subvencionadas por el Estado, que aseguren al obrero achacoso un pedazo de pan que llevarse á la boca y un lecho en que exhalar el último suspiro.

No es nueva entre nosotros, ciertamente, la idea de crear jurados mixtos. En 1854 empezó á pensarse en esta institución, y ya estuvo redactado un proyecto de ley que no llegó á promulgarse. A raíz de la revolución del 69 volvió á tratarse de este asunto, presentándose otro proyecto con carácter de proposición de ley en la sesión del 26 de Abril de 1870, el cual tenía grandes semejanzas con el jurado francés de 1848.

En 1873 un nuevo proyecto modificaba al mencionado, según el cual, los jurados mixtos debían establecerse por acuerdo de las Diputaciones provinciales, bien espontáneamente, bien á instancia de cualquier interesado. Constituída la Junta de reformas sociales, emitió el 19 de Junio de 1893 un dictamen preparando un proyecto de ley de jurados mixtos, por el cual se creaba un jurado arbitral de la industria y del trabajo, compuesto de un número de obreros y empresarios que no excedería de cinco por clase, para la resolución de aquellas cuestiones que se relacionaran con el contrato de trabajo; y según se ha anunciado en el Congreso, dentro de breves días será sometido á la sanción parlamentaria un proyecto de esta in-

dole, que es de desear no siga la suerte de los anteriores (1).

Claro es que no creo yo que la creación en España de tribunales de conciliación y de arbitraje pueda hacer cesar por completo la producción de ese fenómeno social que tanto se produce en nuestra patria. Tal presunción sería un optimismo análogo ó peor que el fisiocrático. Esto me lleva como de la mano á ese transcendental aspecto del problema obrero. Actualmente puede decirse que es sólo en Nueva Zelanda donde esta clase de instituciones ha puesto fin á los conflictos económicos que produjeran en aquella colonia inglesa huelgas tan formidables como la de 1890, la de las minas de plata de Broken Hill, las de las minas de carbón de Newcasthe y la de los depósitos de lana de Queensland, que suspendieron durante dos meses todo tráfico entre Australia y Nueva Zelanda. En Inglaterra, donde existen los Consejos privados de conciliación y de arbitraje, Mr. Ben Tillet, que había estudiado en Nueva Zelanda los efectos de la conciliación y del arbitraje oficial, lo propuso á los Congresos de los *Trades-unions*; pero tal proposición fue rechazada por una gran mayoría, porque en el Inglaterra dominan los unionistas, que rechazan la intervención del Estado. En Holanda, desde la ley de 1897, las Cámaras de trabajo resuelven las diferencias que puedan surgir entre obreros y patronos. En Alemania los tribunales industriales son los encargados de ese cometido; en Italia existen los colegios de *probi viri*, y en Francia Waldek-Rousseau, convencido de la deficiencia de la ley de 27 de Diciembre de 1892 sobre la conciliación y el arbitraje, va á llevar á cabo su reforma, inspirándose en un criterio que el Sr. Fernández Villaverde calificaba, en su discurso leído hace pocos días en la Academia de Jurisprudencia, de audacia funesta, por los principios que mantiene de *arbitraje obligatorio* y *huelga obligatoria*. Todos los Gobiernos tienden á regular jurídicamente

---

(1) Este proyecto ha sido presentado después de la lectura de la Memoria.

las huelgas, convencidos de sus penosos efectos. No en balde Julio Simón las atribuye el carácter de verdaderas guerras civiles que es preciso evitar y precaver. Y al llegar á este punto, he de ocuparme, siquiera sea muy sucintamente, del proyecto de ley presentado á las Cortes por el señor Ministro de la Gobernación D. Alfonso González. Este proyecto, elaborado en el seno de la Junta de reformas sociales tras sereno y meditado examen, no es tan malo ni tan absurdo como han proclamado algunos vocingleros políticos. El derecho á la huelga, que es una consecuencia de la libertad del trabajo, es indudable; cada uno es dueño de trabajar ó no; pero ese derecho no es un derecho absoluto, porque no hay derechos individuales absolutos desde el momento que existe un derecho social que los limita y regula. Si llegásemos al extremo de anteponer á todo el derecho individual, caeríamos en el mayor y más peligroso de los extravíos, y sería entonces ociosa, innecesaria y hasta ridícula la idea del Estado. Cuando los obreros se unen para un fin determinado, puede ese fin tocar en los linderos de lo prohibido, y en ese caso la coligación no es tolerable.

Fue Inglaterra la primera de las naciones que reconocieron la legalidad de las Sociedades de resistencia, afirmando por la ley de 1825 que la coalición es un derecho permitido á los que se reúnen con el fin de discutir ó consultar sobre la tasa ó el precio de los salarios, á los que se asocian con el objeto de resolver ó decidir sobre aquellas cuestiones relativas al pago de su obra, y aumento ó disminución de las horas de trabajo. Y fue más allá la legislación inglesa. Como los estatutos de las *Trade-unions* no estaban reconocidos por las leyes, se prepararon disposiciones protectoras, medidas de equidad, algo, en fin, que vigorizase á la sombra del derecho las nacientes instituciones obreras; pero lo que no ha hecho Inglaterra ni ha hecho ninguna nación, es reconocer en absoluto en todos los casos el derecho á la huelga, usado de modo colectivo y como arma de imposición. En el Reino Unido, lo mismo que en la República norteamericana, las huelgas de índole especial, como las de

los empleados de ferrocarriles, vapores, tranvías y otros servicios análogos, los cuales pueden producir un verdadero trastorno, encuentran en la ley severas restricciones, ó la prohibición absoluta. Y era justo que en España no se legitimaran las huelgas generales, que son una amenaza del anarquismo contra el sosiego y la tranquilidad de los ciudadanos, y al prohibirlas no se hace sino seguir el ejemplo de la democrática Suiza, donde no son toleradas las huelgas que alteran la paz pública, fundándose en la consideración apuntada de que el derecho social debe ser respetado por todos, si no se quiere socavar en sus cimientos los principios fundamentales, germen y médula de los Estados.

El proyecto de ley sobre las huelgas supone un adelanto notable en nuestra legislación obrera, porque viene á derogar la anacrónica y absoluta prohibición consignada en el art. 556 del Código penal.

El político inglés Lord Broughan anunciaba en 1863 que la cooperación estaba en camino de ser un poder del Estado; por ella, según Laurent, el proletariado puede salvarse á sí mismo; por ella, dice el docto catedrático Sr. Piernas, que ha estudiado profundamente esta cuestión, tratada anteriormente con gran lucidez de juicio por el Sr. Pedregal, el obrero ve cómo el hilo tenue y quebradizo, uniéndose á otros iguales, forma el cable capaz de resistir los más violentos esfuerzos.

La asociación alivia los sufrimientos y las necesidades que origina la penuria, fomenta el ahorro y fortifica la esperanza del trabajador. Todas las Sociedades cooperativas, bien sea de crédito, como las que parecen tener su principio en Alemania, y que por medio de Cajas de ahorro y de Bancos populares mejoran la condición del obrero, bien sean de consumo, como las que predominan en Inglaterra, que por medio de las *building societies*, las *factory ats* y otras análogas proporcionan al obrero viviendas y alimentos saludables y económicos, ó bien sean, por último, como las cooperativas de producción, originarias de Francia, que afrontan íntegra é inmediatamente el

empeño de emancipar al trabajador, de hacerle capitalista, empresario y dueño de sus obras, todas esas Sociedades cooperativas, sea cualquiera su estructura y su denominación, deben ser objeto de la protección y del amparo del Estado.

En Francia figura en el presupuesto una partida de 150.000 francos destinada al fomento de las cooperativas de producción. En España, no sólo no se favorece el desarrollo de estas instituciones obreras, sino que se les exige, además de la cuota de contribución industrial correspondiente al objeto de su gestión, un tanto por ciento fijo en los beneficios líquidos que obtengan, considerándolas como sociedades de negocios y no como lo que realmente son, como sociedades consagradas á la mejora de la clase trabajadora.

La cuestión social está casi toda contenida en el Código civil. Por eso, la tendencia innovadora y reformista de Cimbali, D'Aguanno, Salvioli, Loria, Menger, etc., va encaminada á la modificación esencial de ese derecho regulador de las relaciones de familia, del estado y capacidad de las personas y de la condición de la propiedad. Ya hacía notar el ilustre hombre público Sr. Azcárate que en los Códigos falta el derecho corporativo, que son los Códigos del individuo; del individuo, señores, que, según la frase de Renan, es expósito al nacer y célibe al morir; y sería temerario negar que nuestra legislación civil, inspirada únicamente en la posesión de bienes ó rentas por parte de los causantes de la obligación ó del derecho, es una legislación escrita para los ricos, con olvido poco menos que absoluto y menosprecio casi sistemático de los pobres. De tal suerte, que uno de los actos jurídicos más trascendentales, tal vez el más augusto por su carácter, el testamento, es definido en el art. 667 de nuestro Código civil como la forma legal de disponer los bienes para después de muerto, de donde resulta, señores, que sólo al que esos bienes posea le es dable ejercer la facultad de testar. Examinar el Código civil y veréis por doquiera su espíritu tradicional, arcáico, estrecho, ocurriendo además que hay provincias en las que el alma

rutinaria de los pueblos atrasados se conserva personificada en instituciones jurídicas que son una rémora y un obstáculo para la marcha de la civilización.

La reforma de nuestras leyes civiles debe, pues, ser la norma de legisladores sabios y providentes. Hay que socializar la propiedad, restringiendo y regulando su uso; hay que reconocer el derecho de la investigación de paternidad; hay que modificar las instituciones tutelares, no haciéndolas privativas del niño con fortuna, sino asequibles al niño desamparado; hay que prohibir y evitar por todos los medios los contratos usurarios, y hay que modificar en absoluto el texto insuficiente de esos cinco artículos sobre arrendamientos de obras y servicios, en los que se establecen disposiciones tan absurdas é inmorales como la de que la despedida de los jornaleros autoriza para quedarse con las herramientas que usaran, llegando resueltamente, sin vacilaciones ni tibiezas, con la seguridad de que es un deber el que se cumple, á que el contrato del trabajo sea ley escrita, reglamentando, como en Bélgica, la formación y condiciones generales de ese contrato, las obligaciones del obrero y del jefe de la empresa y el modo de terminarse.

He hablado de socializar la propiedad. Quizá esta frase asuste y parezca atrevida en demasía á los espíritus suspicaces. No he querido negar con ella la existencia de esos dos grandes principios jurídicos—que, como decía el ilustre hombre público Sr. Fernández Villaverde en un discurso académico en el que examinaba con gran profundidad la materia que me ocupa,—son al mismo tiempo dos incontrastables fuerzas sociales: la libertad y la propiedad individuales... No, yo no niego la eficacia de esos principios que han informado el progreso de la humanidad á través de la historia. Allí donde la propiedad individual no exista, allí donde sea considerada como un robo que se hace á los demás hombres, se está muy cerca de considerar al robo como la única propiedad, y por eso en algunas tribus de Asia en las que el comunismo se

práctica, el mutuo despojo es la única base para la posesión y el disfrute de la tierra. Pero al mismo tiempo no es posible desconocer que la obra del derecho moderno no ha de consistir en vincular la propiedad, sino en darle caracteres de comercialidad y movilización.

Pero para que las reformas puedan encarnar en la vida de los pueblos, es preciso que los pueblos estén preparados para recibirlas, porque si no, caen en el más espantoso vacío, y no pasan de la categoría de lo puramente abstracto y especulativo.

Por eso la solución de la cuestión obrera depende, ante todo, de un cambio profundo de las costumbres sociales. El hombre no es un sér aislado, porque la humanidad constituye una gran familia en la cual los individuos deben prestarse auxilio y protección. Todos los hombres son nuestros hermanos, y hay que procurar que esa fraternidad cristiana no sea un vano alarde retórico, sino algo real y positivo que se adapte á nuestras costumbres é informe nuestro derecho. No, yo no quiero creer que la sociedad sea á modo de circo romano en que unos hombres golpean, maltratan y despedazan á los otros. Yo no quiero, pensar como lo hace Letourneau en *L'evolution Politique*, que los que nacen en la ergastula de los desheredados tengan que sucumbir en la arena ante adversarios armados, por la fortuna de todas las armas. No, yo no puedo creer que las quejas de los obreros sean suspiros del esclavo que aspira á la libertad...

Yo quiero pensar, por el contrario, que esta sociedad del siglo xx no puede ser como la patricia de Roma, la feudal de la Edad Media ó la aristocrática de los siglos pasados; que no puede ser como la que se derrumbara caduca y decrepita al impulso del cristianismo, en la que, según Séneca, los crímenes no se ocultaban en la sombra, sino se pregonaban con impudicia, y en la que la depravación dominaba á la inocencia, amenazando su voz con la amenaza. Que no puede ser tampoco, como la sociedad feudal presentada por Voltaire, á modo de

un inmenso desierto donde los lobos y los tigres degüellan un rebaño esparcido y tímido. Que no puede ser, finalmente, como esas sociedades aristocráticas sumidas en la inercia y en el egoísmo, defensoras del diezmo, del feudo del mayorazgo y de tantos otros errores económicos y políticos que engendraron la revolución francesa...; que esta sociedad debe ser manifestación definida y vigorosa de los anhelos que sentimos las almas enamoradas de la justicia.

Y es preciso preguntar: ¿Cuál es el estado de la sociedad española? ¿Responde á esos principios de justicia que dignifican á los pueblos ó reclama urgente y radical mejoramiento? Estimo, señores, que desgraciadamente en la sociedad española hay mucho que reformar, porque hay mucho que corregir. Conviene reprimir ese alarde de lujo de los seres privilegiados de la fortuna, que en los países pobres es estímulo é incentivo para toda propaganda demoleadora. La riqueza que se consume en lo superfluo, en ostentosas exhibiciones mundanas, va, según la opinión del célebre economista inglés Stuart Mill, contra el patrimonio social, porque la propiedad debe ser un medio para el bienestar de todos, no el instrumento para la insana satisfacción de los placeres y de los vicios de algunos. ¡Qué profundas y qué exactas son, respecto á esta materia, las memorables palabras de Doña Concepción Arenal! Oídlas: «Un pueblo ignorante produce poco; un pueblo corrompido distribuye mal sus productos. Cuando se concluyen los billetes de la lotería, siendo su reventa negocio lucrativo, y se anuncia el que imprime libros útiles y graves, que nadie compra; cuando un torero y una bailarina ganan en un año un capital, y un hombre que se dedica á la ciencia no gana con qué sustentar la vida; cuando el trabajo honrado apenas da para cubrir las primeras necesidades del trabajador, y las especulaciones inmorales enriquecen prodigiosa y casi instantáneamente, sin más trabajo que el fácil, al parecer, de sacrificar la conciencia; cuando hay fiebre de goces materiales, fiebre de vanidades, fiebre de codicias, y está helado el corazón para los nobles

sentimientos y la frente para las grandes ideas, es imposible que la producción no vaya por caminos extraviados y la riqueza se distribuya bien.»

Y estos conceptos de la insigne pensadora indican que es en una verdadera solidaridad, cimiento sólido y piedra angular de las sociedades donde ha de encontrarse remedio para los males que padecemos, y que hora es ya de que el sol de la riqueza baje de las cumbres hasta tocar la tierra yerma, el llano estéril.

Y esa reforma de las costumbres no se hará, no, seguramente, afrancando las creencias cristianas del corazón de los ciudadanos, como algunos pretenden. El economista italiano Minghetti afirma, con razón, que, lejos de estar reñida la economía política con el cristianismo, éste presta á aquélla, como á todas las ciencias, protección y ennoblecimiento. ¿Y cómo no? El cristianismo proclama la fraternidad humana, re- crimina la holganza y la quietud ociosa y desvergonzada del vago de profesión; condena que haya quienes vivan sin trabajar mientras otros trabajan sin vivir; apostrofa, por boca de San Mateo, á los que no practican la caridad, y les dice: «Andad, malditos, al infierno, que no habéis dado de comer al hambriento, ni de beber al sediento»; y por último afirma, por boca de los santos padres de la Iglesia, que el dinero del rico debe ser como el depósito de los bienes del pobre.

Hoy en día, casi todos los hombres políticos reconocen con Gladstone que el procurar el bienestar de la clase trabajadora es un deber de todo Gobierno, y son partidarios de reformas sociales planteadas por el Estado, viniendo á colocarse en el puesto mismo de aquellos profesores alemanes, como Wagner y Schaffe, designados con el nombre de socialistas de la Cátedra, que armonizaban la Ética con el Derecho, huyendo de las opuestas tendencias de los conservadores y de los socialistas revolucionarios.

Y estas ideas son profesadas en España lo mismo por los que comulgan dentro de la escuela conservadora, como por los

que defienden los principios republicanos; y es, señores, que las denominaciones de partido se borran y desaparecen ante el derecho; que pueden subsistir aquellos meros accidentes de forma y de procedimiento, pero que en el fondo todos están acordes en un mismo sentimiento de justicia, mas poderoso que las diferencias circunstanciales de las banderías políticas.

Ha sido un personaje conservador, el Sr. Dato, el que manifestaba hace poco tiempo que debía aspirarse á la formación de un Código del trabajo en que se resolvieran todos los puntos de la cuestión; y otro, personalidad del mismo partido, el Sr. Gasset, al intervenir en la discusión del mensaje de la Corona, señalaba con precisión y con acierto que las dificultades del problema obrero habrían de disminuir con el fomento de aquella política por él defendida de construcciones hidráulicas, que desarrollaría la riqueza de nuestra producción y el desahogo social en todas las esferas.

En esa misma discusión del mensaje, la voz elocuente del Sr. Maura se levantó para sostener que el Gobierno no podía inhibirse del conocimiento del problema obrero, y el diputado republicano D. Melquiades Alvarez manifestó la necesidad de crear instituciones protectoras del trabajo, de legislar pródicamente colocando sobre la voluntad muchas veces egoísta del patrono, otra más santa y augusta, la de la Ley... Fue también en esa misma discusión del mensaje en donde el doctor Moliner pedía auxilios para aliviar los rigores del pauperismo, para establecer un régimen profiláctico de las enfermedades que encuentran su semilla y su cultivo en la miseria, y en donde el Sr. Moret prometía de modo solemne que el partido liberal promulgaría leyes que eran el reconocimiento de los derechos de la clase obrera.

Recientemente, señores, en un artículo publicado en la revista *Nuestro Tiempo*, por D. José Canalejas, este eminente hombre público hacía consideraciones interesantes sobre el problema obrero, analizaba minuciosamente las transformaciones operadas en el campo de la sociología experimental,

afirmaba que el período individualista bajo cuya influencia se escribieran todas las legislaciones civiles de Europa, ha dado de sí cuanto podía dar, y es hora de que ceda su puesto al período de la sociabilidad, sacando como consecuencia de sus juicios que el partido liberal, si había de cumplir la misión á que estaba llamado, tenía que acoger una orientación *socialista*; y que si el vocablo asustaba ú ofendía á espíritus educados en otras escuelas económicas y jurídicas, podría sustituirse por otro, pero manteniendo la integridad del pensamiento.

Esa tendencia socialista del Estado, que es la que expresaba Montesquieu en su *Sprit des lois* cuando decía que el Estado debe á todos los ciudadanos una subsistencia segura, un vestido conveniente y un género de vida que no sea contrario á su salud; que es la que Arhens comprendía en los deberes de la beneficencia y de la justicia, que es la que informara el principio de la caridad legal, inspirador de la ley de pobres de Inglaterra, que es la que defendía Cavour y la que llevó á Bismarck á afirmar rotunda y categóricamente que el obrero tiene derecho al trabajo en tanto que esté valido, á que se aseguren sus necesidades cuando enfermo y su existencia cuando viejo; esa tendencia socialista del Estado debe ser garantía eficaz de que el trabajador posee, según la frase de Menger, no sólo la facultad de buscar ocupación, sino el derecho de encontrarla.

Esa tendencia socialista ha de manifestarse en forma de leyes protectoras de las pequeñas industrias contra el monopolio de los «*truts*» acaparadores que origina el encarecimiento de los precios y el predominio de la plutocracia absorbente; en forma de leyes agrarias que favorezcan la división del suelo, evitando su posesión por grandes terratenientes; en forma, en fin, de instituciones que transformen el trabajo de hoy en capital de mañana y preparen pacíficamente, por la evolución dinámica del organismo social, la accesión del obrero, del salariado, á la propiedad.

Pero claro está que la integridad del ideal socialista, bien

sea éste el fantástico de Fourier, el místico de Leroux, el autoritario de Blanc ó el colectivista de Marx, no puede ser admitido, porque ni el crédito gratuito, corolario preciso de las doctrinas que proclaman que el trabajo es la única substancia creadora, y que á él se debe adjudicar la totalidad de la producción, puede encarnar en la realidad económica, ni es posible, como reconoce Mr. Bon en su *Psychologie du socialisme*, que una clase absorba á todas las demás, ni, finalmente, son compatibles los principios de libertad y socialismo. Un Gobierno colectivista que hubiera de proceder al reparto de la propiedad, tendría que ser un Gobierno de mano férrea y despótica que olvidase por completo la libertad de los ciudadanos; un Gobierno absoluto, esta es la verdadera palabra, investido de poderes ilimitados, que ejerciera su soberanía sin otro freno que el de su propia voluntad. La doctrina sociológica de Hegel, de que el individuo no es nada y la sociedad lo es todo, conduce directamente al autoritarismo y encuentra su apoyo en la fuerza, su sostén en la opresión, su defensa en la amenaza.

Y no vale decir que dentro de ese régimen de propiedad colectiva que Proudhon calificaba de explotación del fuerte por el débil, desaparecerían los motivos de lucha que hoy despedazan el seno de las naciones, siendo causa de la expresión de vivas alarmas; pues la sociedad no es una obra de convención entre todas las voluntades, sino el resultado de las cualidades y de los defectos de los hombres.

Un autor socialista, Ferri, reconoce que también dentro del régimen por él defendido habría vencidos en la lucha por la existencia: las víctimas de la debilidad, de la locura, de la enfermedad, de la neuropatía, del suicidio... Y es vano espejismo pretender con especiosos razonamientos presentar el cuadro idílico de una sociedad in lucha, de unos hombres sin pasiones.

Nada más, señores, sino que esta modesta Memoria mía tendrá, á falta de otro mérito, el de dar ocasión á los elocuentes discursos que aquí habrán de pronunciarse.—HE DICHO.

PRÁXEDES ZANCADA.

# HISTORIA DE LOS PERFUMES

---

Importancia del asunto.—Etimología de la palabra perfume.—Los primeros que se usaron.—Uso de los perfumes por los antiguos pueblos de Asia, Africa, Grecia y Roma.—El perfume relacionado con la memoria.—Personajes célebres que usaban determinados perfumes.—El arte y los perfumes.—Discusiones respecto á la naturaleza y propagación de estos cuerpos.—Los perfumes en Egipto.—Los que empleaban los Judíos.—Los que fabricaban los Romanos.—Fama de los países de Oriente por su afición á los perfumes.—Las Cruzadas y los perfumes.—Afición que á estos cuerpos mostraba Carlo Magno.—Uso de los perfumes como medicamentos.—Su importancia en los siglos XVI y XVII.—El perfume es á la mujer lo que el rocío á las flores.—Los perfumes en la época de la Revolución francesa.—Condiciones del arte del perfumista en todas las épocas.—La historia de los perfumes está enlazada con la historia de la química.

## I

Pocos serán los asuntos concernientes á la historia de los objetos que se manejan á la continua, que igualen en interés, al de conocer el origen de los perfumes y esencias, con que no sólo se recrea el sentido del olfato, sino que forman un capítulo de las obras de Higiene, no pocas páginas de los libros de medicina, extensos tratados de química orgánica y de química industrial, sirviendo de base á la dirección de grandes fábricas donde se ocupan multitud de obreros, para satisfacer las copiosas demandas de los productos que elaboran; publicaciones múltiples, y en todos conceptos, una cuestión siempre simpática y de actualidad, cualquiera que sea el aspecto desde que se considere.

Sólo indicaremos la historia de los perfumes de una manera general y sucinta, cual conjunto de noticias salientes, pues el

descubrimiento de nuevas sustancias ha ido produciendo un contingente mayor en el número de cuerpos conocidos, con la denominación verdadera de perfumes; y ha sido, por tanto, mayor la extensión dada á esta palabra y más lejanas las fronteras que circunscriben tan vasto campo, por cuyo motivo únicamente se exponen datos que sean aplicables á todas las sustancias comprendidas en esta denominación, sin referirse á determinados cuerpos.

Derivada la palabra perfume de las dos latinas *per* (por) y *fumus*, (humo,) emanación, olor aromático, más ó menos fuerte, sutil y suave, exhalado por cualquier sustancia, principalmente por las flores, fue conocido ya su empleo desde antigüedad remota. El Oriente, y sobre todo Arabia, ha sido la región donde se fabricaron y produjeron primero; de tal suerte, que se ha considerado como el país de los perfumes.

La denominación se ha concretado por algunos á la sustancia aromática, que por la acción del calor exhala un humo de fragancia extraordinaria y delicado aroma. Tal es, por ejemplo, el estoraque, el incienso, el ámbar y el benjuí; de los que dijo el poeta Polo de Medina:

«Para el famoso Leandro,  
No el charco de los atunes,  
Sino el estrecho que guarda  
De Pancaya los perfumes.»

El día que se ocurrió al hombre la idea de mejorar las condiciones exteriores de su cuerpo, fue cuando empezó á usar los primeros perfumes. Dió brillo y flexibilidad á sus cabellos untándolos con aceite, al mismo tiempo que los adornaba con diademas de plumas, del mismo modo que adornaba sus orejas, nariz, brazos y piernas con brazaletes, conchas, espinas de peces, etc.

Los atractivos del aroma, no hay que dudarlo, fueron instintivos en el hombre. El perfume de la flor; el olor de las plantas agradables; el ambiente aromatizado por la esencia,

fueron desde luego preferidos y siempre afectos á la especie humana en todas épocas, por lo cual hay que buscar el origen de los perfumes en las primeras sociedades humanas, que procuraban proporcionarse este recreo por cuantos medios les era fácil.

En tiempo de Moisés ya se usaban varios perfumes, como el incienso, mirra y nardo, conocidos de los hebreos. Los egipcios se valían de aromas, principalmente para embalsamar los cadáveres y honrar á la divinidad, y las damas egipcias llevaban siempre consigo numerosos saquitos perfumados.

La afición á los perfumes penetró en Roma en la época de la molicie, y en tiempo de los Emperadores llegó el lujo en este concepto á un grado inconcebible, en términos que algunos, como la esencia de nardo entre otros, se pagaban á peso de oro, y los romanos fueron hábiles perfumistas.

Los antiguos, no sólo consideraban los perfumes como homenaje á los dioses, sino también como seguro indicio de su presencia. Las divinidades manifestaban su proximidad esparciendo en derredor de ellas un olor de ambrosía.

Los antiguos pueblos de Asia, África, Grecia y Roma usaron con gran profusión los perfumes. En los alimentos y bebidas, en las fiestas que celebraban á Baco y al Amor, en los baños, en los vestidos, en las bodas y hasta en los funerales, esparcían olores suaves y gratos. Puede decirse que nacían, vivían y morían perfumados.

Los sacerdotes de Memphis quemaban aromas tres veces al día en honor del sol. Al despuntar la aurora, el jazmín; al medio día, la mirra, y al ocaso del sol, otro perfume que no ha consignado la tradición, pero que se sabe se componía de diez y seis ingredientes y se llamaba *kuplis*. Los discípulos de Zoroastro ponían seis veces al día perfume en el altar donde se guardaba el fuego sagrado.

Las iglesias de Oriente consumían cada año 6.400 libras de perfumes.

Durante seis meses consecutivos se estuvieron quemando

perfumes alrededor de los sepulcros de Agamenón y de Hipólito, en la Argólida.

Artemisa, Reina de Focia, gastaba enormes sumas en los perfumes que se quemaban en el suntuoso sepulcro que erigió á su esposo el Rey Mausoleo.

En los funerales de Syla se quemaron doscientos veinte carros de perfumes.

Los vapores de los perfumes obscurecieron la atmósfera en la entrada de Marco Antonio, en Alejandría, donde le esperaba Cleopatra.

## II

Desde época bastante remota, el perfume, si bien se admitía y aun añadía atractivos y encantos á la mujer, era censurable y no se toleraba en los hombres, juzgando con severidad á quienes lo usaban y tachándolos de afeminados y poco serios. Así es que ya se consigna en las obras antiguas el adagio de *Male olet qui bene olet; bene olet qui nihil olet* (mal huele quien bien huele; bien huele el que á nada huele).

Los perfumes revelan en general cierto lujo y bienestar en los pueblos que los emplean con alguna profusión. Trátase de objetos que entran en la categoría de lo que se denomina supérfluo, aun cuando en ocasiones constituyan parte muy esencial de la vida, cuando se emplean como medicamentos ó entran en los dominios de la higiene. Pero de todas suertes, el interés por conocer sus vicisitudes está fuera de discusión, por formar parte de la historia general de la humanidad.

El recuerdo de un perfume constituye siempre una memoria grata, por lo cual muchas veces han podido servir los aromas hasta de medio nemotécnico para recordar ideas, y por eso ha de haber ofrecido interés en todas épocas, así como también determinados pueblos han tenido particular estima por algunos perfumes y ha constituido su nota característica,

por lo cual revela la historia de los perfumes muchas ideas que forman parte de la historia general de la humanidad y están envueltas en sus accidentes y alternativas y siguen las vicisitudes á que las ha conducido el oleaje de los acontecimientos.

Se ha dicho, por tanto, que son los perfumes grandes auxiliares de la memoria. En efecto, si se olvida una persona ó un objeto, puede recordárnoslo el perfume que exhalaba. Mujeres célebres han usado esencias de perenne recuerdo. Así, Mad. La Valliere empleaba la violeta; Diana de Poitiers, el nardo; Gabriela de Estrées, el lirio; Mad. Recamier, la verbena; Ana de Austria, el jazmín.

Se citan también determinados perfumes preferidos ó rechazados por personajes célebres. Grevy se perfumaba con rosas. La Princesa de Lamballe no podía resistir el olor de las violetas. Para Luis XIV no había nada comparable con el azahar. En la época del Directorio se puso de moda el ámbar. La Emperatriz Josefina llenaba de almizcle su tocador. Napoleón I se lavaba diariamente con una agua de Colonia especial, lo que no se oponía á que tuviera gran afición al olor de la pólvora.

Muchos pueblos han tenido en diferentes épocas, predilección especial por determinado aroma, lo cual les ha caracterizado y ha sido también motivo de que se cultiven en las referidas localidades plantas cuyas flores producían esencias olorosas, siempre de gran estima, para la preparación de cuerpos cuyo principal atractivo era el suave y delicado perfume que en su derredor se esparcía.

Víctor Hugo decía con poética frase que, al abrirse las flores, *sus perfumes* se dirigían al cielo, como dignos de elevarse á la gloria, por su perfección y apreciables cualidades. De aquí también que se recuerden por algunos las conocidas frases: *el perfume de la oración*, y también, «los justos elogios son *el perfume* que sirve para embalsamar á los muertos», que Voltaire consignó en algunas de sus obras; así como las no menos be-

llas de Sainte Beuve, cuando dice que «la literatura puede llamarse la flor y *el perfume* del alma»; y de Alfonso Karr, «la dicha esparce suavísimo *perfume* en derredor de nuestra vida».

El arte, como es natural, ha estado casi siempre en armónico consorcio con los perfumes. Su historia está enlazada con las manifestaciones artísticas. Objetos de lujo y de agrado, los aromas han de ser más estimados á medida que se les presente con los adornos y atavíos que prestan los esplendores de la belleza artística. Parece que una esencia es más fragante y halagadora cuando está rodeada de objetos en los cuales el buen gusto ha impreso sus atractivas huellas. Es una ley estética que no puede transgredirse, y en efecto, las esencias parece que son más gratas en un salón espléndido y lujoso que en un albergue tétrico y sucio.

Se ha discutido mucho respecto á la naturaleza del perfume: si el olor que un cuerpo desprendía era sencillamente un gas imperceptible y ponderable, ó era sencillamente una acción dinámica ejercida sobre el nervio olfatorio, á la manera que la luz actúa sobre la retina y el sonido sobre el oído. El ejemplo que se cita en física al hablar de la divisibilidad de los cuerpos, cuando se refiere que el almizcle esparce y difunde á grandes distancias su suave y gratísimo aroma por espacio de mucho tiempo sin experimentar pérdida en su peso, á cuyo propósito se refiere que un pacientísimo investigador demostró que una vejiga de almizcle, expuesta por veinticuatro horas en un espacio de 30 metros de radio, produjo 57 millones de partículas, sin que pudiera apreciarse disminución de su peso, parece probar que no hay un desprendimiento de materia del cuerpo que produce el aroma. Sin embargo, las esencias en contacto con el aire se evaporan, y por tanto, pierden de su peso, y llegan á desaparecer si la evaporación de la masa es total.

Se ha ideado por algunos la hipótesis de considerar los olores como resultado de vibraciones que afectan el sistema nervioso, cual los colores el sentido de la vista. Son, pues, los

matices del olfato centinela avanzado del organismo, cuya misión es darnos aviso de lo que nos conviene ó perjudica, para que lo aceptemos ó rechacemos, pues los cuerpos que exhalan repugnantes olores son generalmente inaceptables ante la higiene y repelidos con perfecta justicia por el sér viviente.

De eso se deduce que es permitido suponer que algunos cuerpos tienen la propiedad de emitir ondas olorosas, á la manera que las facetas de un diamante proyectan ondas de luz que destellan brillantísimos colores, y las vibraciones de la armónica cuerda del piano ó del harpa producen ondas sonoras que encantan nuestros oídos, con esas composiciones que han inmortalizado los genios del arte.

Estas ondas olorosas se transportan y viajan á grandes distancias con rapidez maravillosa; así es que los viajeros que navegan en los mares del trópico refieren haberlas encontrado en sus peregrinaciones, y se cita de algunos exploradores célebres que les sirvieron de guía eficaz en sus descubrimientos. Se menciona que á Cristóbal Colón fue uno de los signos que le hicieron sospechar la proximidad de la tierra habitada el olor grato y especial que percibiera.

En efecto; algunos olores de gran intensidad, substancias y plantas que exhalan perfumes especiales, se aprecian desde lejanas distancias y sirven para revelar la existencia de cuerpos determinados. El mismo almizclero que lleva esa substancia de tanta estima se denuncia á los cazadores por el olor que les sirve de seguro guía para encontrarlo en sus excursiones. Otros aromas se citan de igual intensidad y eficacia, para descubrir objetos de gran interés en su hallazgo.

Es, en efecto, el perfume, muchas veces, algo que no se puede pesar ni medir, pero que lo aprecia con perfecta posesión uno de nuestros sentidos, como se ven en el lejano espacio los purpurinos arreboles de la aurora, siendo semejante aquella fiesta de colores á lo que el olfato puede apreciar cuando se siente impresionado de un modo grato con aromas embriagadores que le halagan y recrean.

El abuso de los perfumes es perjudicial y la higiene no puede menos de prohibirlo. Además, el uso constante de un olor habitúa de tal suerte al sentido del olfato, que concluye por no percibirlo.

Los fabricantes de olores y los perfumistas no aprecian la fragancia de los aromas con la exactitud que las personas no acostumbradas á tenerlos á su alcance.

De todos modos, son estimulantes cerebrales, activan la circulación y pueden también considerarse como antisépticos y desinfectantes. Los egipcios en el embalsamamiento de sus cadáveres se fundaban en este último principio.

La fantasía, como acontece en todo lo referente á la historia de los asuntos humanos, llena algunas páginas de la historia de los perfumes. Plinio refiere, de un pueblo de la India, que sólo se alimentaba con los aromas gratísimos que percibía. Pedro de Apolonia aconseja á los ancianos, para prolongar su existencia, respirar una mezcla de azafrán y castoreo en el vino. Bacón habla de un hombre que podía ayunar muchos días, rodeándose de yerbas aromáticas. Otros autores refieren hechos análogos, en los cuales la fábula y la imaginación ocupan preferente puesto, pero que prueban, sin embargo, el interés que siempre ha tenido este asunto.

La importancia histórica de los perfumes en medicina es de gran interés. Hipócrates se valió de su influencia para expulsar la peste de Atenas, después que fracasaron otros médicos empleados con dicho objeto.

En Egipto sirvieron los aromas primeramente en el culto religioso. Ya hemos dicho que los sacerdotes de Heliópolis ofrecían diariamente á su dios tres clases de aromas. Sobre todo, en las procesiones religiosas empleaban los egipcios un lujo de perfumes, los cuales se preparaban en locales adecuados, dispuestos en los grandes templos.

Del culto de los dioses pasó el uso de los perfumes á rendir un tributo de consideración á los muertos, cuyos cuerpos fueron embalsamados. No tardaron después los perfumes en pasar

á las costumbres de la vida usual, sirviendo en el tocado de las señoras y en el lujo de las grandes fiestas.

Refieren de Cleopatra los historiadores griegos y romanos que era extraordinaria la pasión de las mujeres egipcias por los perfumes. El Egipto tuvo fama de preparar los más delicados y aromáticos de tal modo, que los suministraba al resto del mundo.

Los hebreos tomaron del Egipto el uso de los perfumes y Jehová mandó construir á Moisés un altar de *perfumes*, que debía ser de madera, cubierto de oro puro, de forma cuadrada y dispuesto de modo que pudiera transportarse.

Sólo el gran sacerdote podía ofrecer estos perfumes, y se impusieron severísimas penas á los contraventores. Figuraban también los perfumes en las purificaciones de las mujeres, que, según la ley, debían durar un año entero; seis meses con aceite de mirra y otros seis con otros procedimientos. Así es como Ester se preparó á presentarse al Rey Asuero, y Judit recurrió á los mismos medios cuando quiso atraer y seducir á Holofernes. Los principales *perfumes* empleados por los judíos eran el nardo, incienso, mirra, azafrán, caña olorosa y leño áloes. Celebridad histórica adquirió la mujer que derramó un vaso de precioso unguento en la cabeza de Jesús, así como María Magdalena perfumando sus pies y enjugándolos con sus cabellos.

Los salones de los banquetes se rodeaban de flores, y en las mesas quemaban suaves resinas en ricos pebeteros. Cuando entraban los convidados, varios esclavos á quienes estaba encomendada esa tarea, vertían sobre su cabeza ricas esencias y ponían en su cuello aromática guirnalda formada de varias olorosas flores, entre las que se hallaba el azafrán. Así fue recibido Agesilao, pero él rehusó flores y perfumes, lo cual le hizo pasar por un desatento y grosero.

## III

Los Reyes asiáticos hicieron gran uso de los perfumes; los prodigaban en sus palacios y en los templos de los dioses. Sardanápalo sufrió grandes quemaduras en una pira de leños aromáticos. Babilonia fue durante mucho tiempo el emporio de los aromas del mundo entero. Recibía las substancias de la India y del Golfo Pérsico, las gomas olorosas de Arabia y los bálsamos preciosos de Judea. En el Museo británico se observan muchos vasos de vidrio y de alabastro destinados á contener los unguentos y perfumes. Cuando se apoderaron de los tesoros y muebles de Darío, después de la batalla de Arbelles, se encontró una caja llena de ricos perfumes, que el conquistador mandó arrojar á los vientos.

En tiempo de Homero eran muy conocidos los perfumes; de tal suerte, que los cita á cada momento. Hesiodo los recomienda para el culto divino. Entre los griegos, hace la perfumería un papel muy principal en la medicina. En vano Solon prohibió la venta de los perfumes, y Sócrates rechazó á los que los usaban, pues nada pudo triunfar del gusto de los atenienses y de sus campañas en pro de los perfumes.

Los romanos heredaron las riquezas del mundo griego y asiático, y heredaron también sus costumbres afeminadas. En la época del Imperio, la afición á los perfumes constituyó un verdadero furor. Las más preciosas esencias se derramaban en forma de fina lluvia sobre las cabezas de miles de espectadores que asistían á las fiestas del Circo, y les servía para mitigar las molestias que les producían los ardores del sol. Todo se perfumaba, hasta los caballos y los perros, y las insignias militares el día de la batalla. Nerón consumió en los funerales de Popea, más incienso que pudiera producir la Arabia en diez años. Algunos perfumes que usaban las matronas romanas,

costaban una cantidad equivalente á 800 francos el kilogramo de la moneda actual.

Los países de Oriente han tenido siempre fama por su afición á los perfumes, y los dos que han estimado más han sido el almizcle y la rosa.

En el paraíso de Mahoma, suponían que el pavimento debía ser de almizcle, y las huríes de ojos negros contenían también el más puro almizcle. Refiere Evia Effendi, que en Kara-Amed, capital de Diarbekir, existe una mezquita llamada Iparir, construída mezclando los materiales con gran cantidad de almizcle, y como este aroma es tan persistente, está siempre impregnada la atmósfera. La mezquita de Zobeida, en Tauris, se ha construído igualmente con almizcle, y exhala olor fuertísimo, que se exalta cuando el sol baña sus derruídos muros.

La esencia de rosas es el perfume más usado en Oriente: con ella lavan é impregnan las paredes de las mezquitas, los baños que sirven para sus abluciones, la arrojan también en el harem, y la proyectan en las ropas del extranjero como señal de bienvenida. En Turquía, al pie de los montes Balkanes, se fabrican las nueve décimas partes de la esencia de rosa que consume el mundo entero. Se vende allí, próximamente, á 1.200 francos el kilogramo. El comercio de los perfumes es tan importante en Constantinopla, que se dedica á este objeto una galería entera del Gran Bazar. Allí están reunidos en amontonado desorden, los dorados y artísticos frascos de esencia de rosas, las pastas y cosméticos indígenas, las pastillas de almizcle y ámbar, los rosarios de sándalo y de coco, los pebetes perfumados, las bolas de metal cincelado que las odaliscas unen á sus pies para rodarlas por los elegantes tapices en sus largas estancias en el harem.

En la Europa moderna se emplearon los perfumes exclusivamente como en los antiguos tiempos, para el culto religioso. El humo del incienso se mezcla en los altares con el de la cera y el aceite de las lámparas.

Los Cruzados fueron los que introdujeron su empleo en la vida doméstica, llevando á la dama de sus pensamientos, objeto de sus galanteos é imágen adorada de sus ensueños, los delicados y preciosos aromas recogidos en Oriente. Entonces empezaron á usarse los baños de agua de rosas, y encerraban los perfumes en artísticos vasos de cristal ó metálicos, que afectaban caprichosas y variadas formas.

Carlo Magno, después de sus victorias, dicese que gustaba descansar de las fatigas en su palacio, perfectamente aromatizado con las más ricas y gratas esencias. Así es, que el que llevó el dictado de *Grande* y llenó el mundo con su fama, no sólo por sus conquistas, sino por su cultura y protección á las letras y por haber dado á conocer un Código que ha sido citado como modelo, merece también una mención en este sitio por tener entre sus aficiones la de agradarle los perfumes.

Los griegos usaron los perfumes, no sólo para el tocador, sino con objeto terapéutico. Los templos de Esculapio y de Venus contenían muchas recetas de fabricación de medicamentos, de los que formaban parte aromas. La más celebrada de todas las flores era la rosa, y se consigna que una doncella ateniense recuperó su perdida belleza aplicándose al rostro una porción de rosas, y después fue la esposa de Ciro. Anacreonte cantó esta flor en sus versos.

Los romanos también fueron muy aficionados á los aromas como medicinas, y los médicos árabes prescribían con frecuencia á sus enfermos el uso de perfumes.

Plinio trata de los aromas y consigna centenares de remedios extraídos de las flores.

Los indios, malayos y chinos, desde hace muchos siglos, emplearon flores, hojas y raíces aromáticas, como útiles remedios.

Los negros de la Jamaica curan todavía sus dolores de cabeza con flores y hojas aromáticas de varias plantas.

En Inglaterra, desde tiempos remotos, se hacían guirnal-

das de romero para colocarlas en la cabeza, con objeto de aliviar el dolor.

La ruda, llamada por el gran poeta Shakspeare yerba de gracia, se consideró de mucha utilidad para evitar el contagio.

El ambar era el olor predilecto en los siglos XVI y XVII, y se llegó á censurar el abuso que del mismo y otros perfumes enérgicos se hacía.

Los refinamientos del lujo han aumentado el número de perfumes y, por tanto, se ha perfeccionado su fabricación con los progresos de la química.

En la célebre tragicomedia de Calixto y Melibea, impresa en los comienzos del siglo XVI, se ponen en boca de la madre Celestina animadas descripciones de cosméticos, perfumes y panaceas.

Catalina de Médicis fue quien generalizó en Francia el uso de los perfumes. De Italia tomó después Francia muchos, que vulgarizó sobremanera.

En el reinado de Luis XV la moda de los perfumes llegó á ser una verdadera epidemia, y en la corte, la rigidez de la etiqueta prescribía el uso de distinto perfume cada día, en términos que Versalles fue conocida con el significativo nombre de corte perfumada. Los gastos de madame Pompadour en perfumes, se elevaron á veces hasta 500.000 francos por año sólo para este artículo.

Se dice que los perfumes son á la mujer lo que el rocío á las flores, el canto á las aves y las estrellas al cielo. Es el mejor de sus atavíos y adornos, y lo que complementa y perfecciona su belleza. Pero la elección del aroma es también de gran importancia, para que resulte un atractivo y no desmezca lo que se trata de enaltecer y hermostear.

Las primeras damas que añadieron á los encantos de la hermosura y la elegancia el atractivo de los perfumes, fueron las Reinas y Princesas, á las cuales siguieron las señoras de la aristocracia, y poco después se generalizó á la clase media y aun á las más modestas.

Las grandes señoras de la Edad Media, después de comer se lavaban las manos y la boca con agua de rosas. A veces, en las fiestas y regocijos públicos se erigían fuentes, de las que brotaba agua de azahar.

#### IV

En la época de la Revolución francesa sufrió la perfumería el contratiempo de todos los objetos propios del lujo, aunque después, cuando el Directorio, volvió á adquirir casi su antigua importancia, gracias á Josefina Beauharrais, que era frenética adoradora de los perfumes. Desde entonces el uso de los perfumes siguió una progresión constante, en relación con el lujo, que se desarrolló de una manera extraordinaria. Pero de todas suertes hase perfeccionado el gusto en este particular, pues el almizcle y el civeto, tan en boga en los siglos xvi y xvii, han ido paulatinamente cayendo en desuso, para ser sustituidos por otros aromas de mejores condiciones.

Las flores exhalan perfumes en todos los climas; en las regiones cálidas desprenden aromas más abundantes, y las de los países fríos son en menor cantidad, pero de fragancia más delicada.

El arte del perfumista consiste en la buena elección y conveniente mezcla de los diversos aromas, para preparar las aguas, esencias, extractos y líquidos, ya para el pañuelo, ya también para aromatizar las ropas, el cabello y los diversos objetos que nos rodean, muy variable, según el gusto de los consumidores, y sujeta, por tanto, á los caprichos y veleidades de la moda. Al frente de todas las aguas perfumadas está la clásica y antigua Agua de Colonia, que consiste en una disolución en alcohol de diferentes esencias. Después vienen los llamados vinagres de tocador, y es de muy lejana fecha el llamado de los cuatro ladrones.

De todos modos, la proporción de las esencias en las flores

es muy pequeña, hasta el extremo de que las dificultades y gastos necesarios para extraerlas hacen que su precio sea exorbitante.

Los perfeccionamientos de la química han suministrado medios para obtenerlas con relativa facilidad.

A las esencias es á lo que deben las flores, las hojas y las raíces el olor que exhalan. Muchas existen ya formadas y otras se producen en virtud de reacciones químicas y fermentaciones especiales. El olor de las plantas no reside en todas, en los mismos órganos. Hay algunas, como el lirio y el espicanardo, que se hallan en las raíces (ó para hablar con más propiedad rizonas); otras en el leño, como el cedro y el sándalo; en las hojas, la menta, la salvia, el patchoulí; en la flor, la rosa, la violeta, el jazmín, el nardo; en la semilla, el haba tunka, y en la corteza, la canela. Algunas, como la naranja, encierran tres esencias: una en la hoja, otra en las flores, y otra en la corteza del fruto.

No es posible, ni pertinente del caso, enumerar todas las partes vegetales que producen aromas. Bastará citar, además de las indicadas, entre las flores, la lila, el heliotropo, la reseda, la magnolia y la madreselva; entre las hojas, el cayeput; geranio, espliego, yerbabuena, mirto, tomillo y romero; en los frutos, la bergamota, limón, el anís y la vainilla; en las maderas, el alcanfor y el guayaco; en las cortezas, la cascari-lla y las resinas en los productos llamados benjuí, mirra, bálsamo del Perú y de Tolú, etc.

Siendo el estudio de los perfumes del dominio de la química, claro está que han de haberse reflejado en el mismo todos los progresos y perfecciones que dicha ciencia ha realizado, como fruto de sus múltiples y portentosos trabajos de laboratorio y de investigación. Así es que las esencias se consideran por los químicos, ya como hidrocarburos, como éteres, alcoholes, aldehidos, ácidos, etc., según su diversa naturaleza y su variada función. No hemos de penetrar en ese terreno puramente técnico, porque el objeto de este artículo es tan sólo his-

tórico, y en cuanto se relaciona con las ideas de interés social. Pero, de todas suertes, cabe á la química la misión de haber contribuído con sus estudios á la perfección en el conocimiento y elaboración de los perfumes, facilitando los medios para obtenerlos.

La química ha logrado asimismo producir esencias en sus laboratorios sin el concurso de la naturaleza, y los trabajos sintéticos en este sentido son de gran estima. Así es que, oxidando la salicina, por medio de una mezcla de bicromato potásico y ácido sulfúrico, se obtiene una esencia igual á la grátísima que producen las flores de la reina de los prados. Hay también otras, preparadas artificialmente, como la esencia de peras, de manzanas y de moras, en que se imitan con bastante perfección las que producen los vegetales.

Su estudio, en el actual estado de la ciencia, es de un interés fundamental, pues pueden considerarse las esencias como núcleos de los que se derivan multitud de cuerpos, y las fórmulas químicas de algunas tienen gran complicación, como puede apreciarse en las obras técnicas que del asunto se ocupan, habiendo algunas que encierran datos de grandísimo valor ante los progresos de la química orgánica. Pero el objeto de este artículo, como indica su enunciado, es de índole muy diversa, y no es posible entrar en ese terreno, pues sólo nos referimos á la historia, y á esos horizontes es á los que se ha procurado limitar (aunque compendiosamente) la extensión de estas líneas.

Hay en ese aroma que la flor exhala y en el grato ambiente que tanto subyuga nuestros sentidos al respirar un perfume, un mundo de ideas que la ciencia ha condensado y donde no se sabe qué admirar más, si la pericia operatoria del práctico que ha obtenido con perfecta pureza las esencias productoras de aquel olor, ó el inmenso talento del químico que formula en ecuaciones y en convencionales símbolos toda la arquitectura de los componentes de aquel cuerpo, como si sorprendiera el crítico momento en que se ha producido, cual

---

resultado de los trabajos de la química de la vida de las plantas.

Lo expuesto puede, pues, considerarse como una brevísima síntesis de cuanto se refiere á la historia de los perfumes en conjunto, pues lo que atañe á cada una de las sustancias á que puede asignarse este nombre, constituye multitud de capítulos que no es fácil reunir en un solo estudio, ni tampoco lo consiente la heterogeneidad de los cuerpos comprendidos en la denominación expresada.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,

Académico de número de la Real de Medicina  
y correspondiente de la de la Historia.

## EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

---

Se ha publicado el volumen XVIII, correspondiente al año actual, del interesante *Annuaire de l'Enseignement primaire*, fundado por M. Jost en 1885, y que dicho señor ha compuesto hasta ahora, en que habiéndose visto obligado á dejar la dirección del mismo, ha pasado ésta á manos de M. Félix Martel, Inspector general de Instrucción pública en Francia.

Contiene el volumen á que me refiero, como de costumbre, dos partes de muy diverso interés para nosotros: en la primera figuran, con las indicaciones relativas al personal docente, otros datos numerosos de carácter oficial y disposiciones y documentos sobre la enseñanza primaria del año escolar de 1900 á 1901 en Francia, y en la segunda se insertan varios trabajos sobre asuntos científicos y pedagógicos, algunos de ellos de verdadera importancia. Citaré éstos, limitándome á la cita respecto de todos menos de uno, que es al que principalmente dedicaré el resto del presente artículo, recogiendo en rápido resumen las noticias que en él se dan, y que tienen un interés indiscutible para quien sienta alguna afición por estas cosas de la educación ó de la enseñanza. El trabajo que me propongo resumir es la *Crónica del extranjero*, de M. Jost. Los otros trabajos son los siguientes: *La sociedad de educación social*, por M. Buisson; *El Arte en sus relaciones con la democracia y con la escuela*, por M. Bayet; *La enseñanza de los deberes para con Dios*, por M. Martel; *De la enseñanza experimental de los ele-*

*mentos de la ciencia física en la Escuela primaria*, por M. Desgranges; *La enseñanza doméstica en la Escuela primaria*, por Mad. Sourdillon; *La enseñanza primaria superior en París*, por M. Boitel; *La Instrucción pública en las Antillas francesas*, por M. Ricci; *Dos ejemplos de valor civil*; *Los Congresos de Enseñanza primaria en 1901*, por un congresista; *Crónica geográfica*, por M. Guillot; *Revista de la ciencia en 1901*, por M. Drincourt; *El año agrícola*, por M. Marchand; *Los muertos del año*, y por último, una breve bibliografía.

Naturalmente, aunque limitemos la tarea en el presente artículo á lo que más arriba dejo indicado, no quiere esto decir que sólo la *Crónica del extranjero* tenga para nosotros interés. Nada de eso. En todos los trabajos cuyos títulos quedan copiados hay algo que importaría recoger y señalar. El de M. Buisson, por ejemplo, es una página de elocuente sinceridad acerca de la educación social, expresión con que se significa uno de los movimientos más simpáticos y profundos hacia la afirmación de la solidaridad por la acción pedagógica. M. Buisson historia en su trabajo la formación de la *sociedad de educación social*, y nos da cuenta de una «enquête» acerca de la disciplina de la escuela. Se trataba de determinar el punto siguiente: «¿cómo y en qué medida la disciplina de la escuela combate las tendencias egoístas y prepara para la práctica de la solidaridad?» Al efecto, se solicitó de las personas á quienes la pregunta se dirigía que dieran á conocer sus observaciones personales, sus experiencias, sus proposiciones de reforma, sus críticas; en suma, todas las iniciativas relativas al aprendizaje escolar de la solidaridad social. Es digno de estudio el de M. Bayet, y contienen datos aprovechables, sin duda, los de Mad. Sourdillon y MM. Boitel y *Un Congresista*. Pero no me ha parecido oportuno extractar ó resumir estos trabajos, de un lado, porque esto exigiría un artículo de mayores proporciones que el que me propongo escribir, y por otro lado, porque no trato de exponer aquí doctrinas pedagógicas, que es lo que en muchos de esos trabajos se contienen,

sino pura y simplemente de recoger datos precisos, escuetos, de la naturaleza de los que, como verá el lector, abundan en la *Crónica* de M. Jost. Este artículo, en efecto, hecho al correr de la pluma, es, más que nada, un simple artículo de *información* pedagógica. No será el único que aquí escriba, recogiendo en análoga forma á como hoy lo hago, esto es, con poca ó ninguna crítica personal, hechos é ideas reveladoras del movimiento que doquier se advierte para el estudio y resolución de las cuestiones de enseñanza.

Y veamos ya la noticia del trabajo de M. Jost.

\*  
\* \*

Recoge este ilustre maestro, en primer término, algunas de las apreciaciones formuladas acerca de la enseñanza en Francia por extranjeros visitantes de la Exposición de París. Un inglés, por ejemplo, dice: «lo que nos sorprende á los ingleses es que, á pesar de la reglamentación francesa, de que tanto se habla, los franceses han sabido dar variedad, elasticidad y libertad á los programas y á las escuelas». Un alemán escribe: «lo que desde luego ha llamado la atención, es la importancia extrema que se concede en Francia á las cuestiones de enseñanza y de educación. Los actos allí están en consonancia con las palabras. En la Exposición, la educación y la enseñanza ocupaban el primer lugar...» Otros dos delegados alemanes, los Sres. Brüggemann y Groppler, afirman que «la enseñanza primaria y la educación postescolar de Francia han tomado un vuelo que supera á cuanto se hace en los demás países. En siete ú ocho años se han construído 1.800 escuelas y se han agrandado 3.000 más, destinándose á la instalación material 475 millones de francos...»

Estos dos delegados insertan al final de su libro varios datos estadísticos y un curioso paralelo entre la enseñanza de París y la de Berlín, que exponemos á continuación:

«París sostiene: a) 159 escuelas de párvulos con 717 maestras y 653 clases, frecuentadas por 29.539 niños;

b) 398 escuelas primarias con 3.561 maestros y maestras, y 3.080 clases frecuentadas por 135.977 alumnos.

El presupuesto de la ciudad de París es de 31.855.375 francos.

Para todo el país hay 83.654 escuelas, de las cuales 16.075 son privadas. El número de maestros y maestras es de 152.277, de los cuales son de congregaciones 48.741.

El número de niños en las escuelas de párvulos es de 729.643 y en las primarias 5.531.418.

Del paralelo á que me he referido resulta que gasta París 31.855.375 francos, y Berlín 23.279.250 francos.

Correspondiendo por alumno en París 126,85 francos, y en Berlín 82,15 francos.

Según una maestra húngara, «la escuela primaria francesa es una institución viva que forma cuerpo con la sociedad...»

\*  
\* \*

Refiérese M. Jost al congreso de los maestros alemanes, que se celebrará en 1902 en Sajonia, en Chemnitz, y en el cual se discutirán, entre otras, estas dos cuestiones: Importancia del arte en la educación, y la instrucción y la educación del pueblo desde el punto de vista del progreso moral de la nación alemana, y luego reseña las discusiones habidas en otro congreso de maestros alemanes también, celebrado ya, acerca del trabajo manual de las escuelas primarias de niños. Se han manifestado dos corrientes en este último congreso. La una favorable y la otra contraria al trabajo manual en las escuelas. M. Scherer, inspector de enseñanza, defiende el valor del trabajo manual, no sólo para la educación del ojo y de la mano, sino también como parte de la educación intelectual y moral. M. Ries, maestro de Francfort, niega ese valor, añadiendo por su parte M. Somasco, fundador de la escuela de trabajo manual establecida en su fábrica, en Creil, y hombre de gran autoridad y experiencia, que «no es la habilidad de la mano lo que debe desarrollarse en la escuela, sino que lo que se ne-

cesita es dirigir hacia un objeto determinado la inteligencia y el raciocinio, siendo preciso enseñar la teoría del trabajo manual... La acción viene luego cuando se ha aprendido...»

Se habla también por M. Jost del reclutamiento de los maestros alemanes, que se hace al parecer con gran dificultad, indicándose como causa principal «la situación precaria del maestro, la poca consideración de que éste goza y lo corto de su sueldo. El maestro lo nombra el Gobierno, pero en realidad es un servidor del Municipio, estando bajo la acción de personas de todas las profesiones, nunca de la suya...» El remedio á este mal (allí, como aquí, podríamos decir) está, en el mejoramiento de la situación material del maestro, en que su pago pase al Estado, convirtiendo la escuela de municipal en nacional.

Al lado de esta noticia forma buen contraste esta otra, relativa á los sueldos de los maestros del Gran Ducado de Hesse-Darmstadt: cobran éstos con arreglo á la escala siguiente:

|        |                          |               |
|--------|--------------------------|---------------|
| Hasta  | 5 años de servicios..... | 1.100 marcos. |
| —      | 8 — .....                | 1.250 —       |
| —      | 11 — .....               | 1.450 —       |
| —      | 14 — .....               | 1.550 —       |
| —      | 17 — .....               | 1.700 —       |
| —      | 20 — .....               | 1.850 —       |
| —      | 23 — .....               | 2.000 —       |
| —      | 26 — .....               | 2.200 —       |
| —      | 29 — .....               | 2.400 —       |
| —      | 32 — .....               | 2.600 —       |
| Más de | 32 — .....               | 2.800 —       |

Esto es, sueldo mínimo 1.375 francos, y máximo 3.000, debiendo advertir que estos sueldos son los mínimos legales, pues en general las ciudades pagan más á sus maestros.

\*  
\* \*

Respecto de Suiza, inserta el *Anuario* dos noticias de interés: una de ellas sobre higiene escolar, y otra acerca de la unificación de los sueldos de los maestros.

No hace mucho, en 1900, constituyóse en Suiza una *Sociedad de higiene escolar*, la cual ha publicado su *Anuario*, del que M. Jost toma en primer lugar la indicación de una de las aspiraciones de dicha sociedad, relativa á que la higiene escolar sea una de las ramas objeto del examen obligatorio para todos los maestros, sea cual fuere su categoría; y en segundo lugar, la descripción de los palacios escolares suizos, de Zurich. Tiene Zurich 39 escuelas con 355 clases, figurando entre ellas seis, dignas de muy especial recomendación.

«Son—dice Jost—escuelas verdaderamente modelos.» La escuela del Hischengraben tiene 33 salas, y costó 821.000 francos; la de Feldstrasse tiene 24 salas, y costó 516.589 francos; la de Klingenstrasse tiene 24 salas, y costó 439.406 francos; la de Buhl tiene 31 salas, y costó 530.000 francos...; en suma, los seis edificios han costado 3.096.922 francos.

Y ¿cómo están contruídos? Con cuidado exquisito, teniendo presente todas las prescripciones de la higiene. Cada escuela tiene un lugar de juego amplio, 8 metros cuadrados para cada alumno; tantas salas como clases, con 3 metros 50 de altura todas por lo menos; sala de baños y duchas, etc., etc.

De los sueldos de los maestros suizos se habla por M. Jost con ocasión de la exposición elevada por éstos en un congreso, en la cual se pide la unificación de aquéllos en todos los cantones. Las bases propuestas para la unificación, son las siguientes:

a) Sueldo de entrada: 1.500 francos, sin comprender la casa y jardín.

b) Aumentos quinquenales para llegar al sueldo de 2.500 francos.

c) Pensión de retiro, igual á la mitad del sueldo, pasados veinticinco años de servicios, aumentando progresivamente 1 por 100 al año...

f) Equiparación de maestros y maestras.

Para darse cuenta del alcance de estas bases, conviene saber que hoy los sueldos mínimos en los diferentes cantones

son muy varios, pudiendo citarse por vía de ejemplos los que á continuación copio:

Zurich: 1.200 á 1.600 francos, mas casa, calefacción y jardín.

Lucenca: 900 á 1.300 francos, mas casa ó 180 francos; leña ó 120 francos, y aumentos suplementarios, que á veces elevan los sueldos á 2.500 francos.

Obwalden: 800 francos para los maestros y 400 para las maestras.

Glaris: Minimum legal, 1.000 francos; en realidad, 1.600; sueldo medio, 1.800, y casa ó 200 francos.

Zug: 1.000 francos el minimum para las maestras y 1.300 para los maestros.

Argovia: 1.200 francos, mas la casa.

Thurgovia, 1.200 francos, como sueldo mínimo.

Neuchatel: minimum, 1.600 francos; en las ciudades de Neuchatel, Ferriem, Le Locle y Chaux-de-Fonds 2.000, con aumentos quinquenales.

«Según el documento en donde se toman estos datos, los *sue-*  
*dos reales medios* varían, siendo de 3.782 francos en Basilea, ciudad; 2.491 en Zurich; 1.996 en Ginebra; 1.949 en Schaffhouse; 1.867 Appenzel; 1.786 Saint-Gall; 1.743 Glaris; 1.669 Thurgovia; 1.605 Basilea del Campo; 877 Schwyz; 861 Uri; 741 Grisons; 620 Obwalden; 557 Tesino; 397 Valais. Los cantones protestantes figuran los primeros, y los católicos los últimos.»

\*  
\* \*

Tomando las noticias de un trabajo del profesor Dejob, que á su vez se inspira en el informe del Director del personal del Ministerio de Instrucción pública de Italia, M. Ravá, M. Jost hace algunas indicaciones acerca del estado actual de la instrucción primaria en este país.

Habla M. Jost de la defectuosa instalación de las escuelas, de la situación material de los maestros, de la indiferencia culpable de los Municipios, de quienes dependen aquellas,

como de otras tantas causas del estado de inferioridad de la enseñanza primaria y de la educación del pueblo, que los patriotas italianos deploran.

«De 32.232 locales escolares existentes en 1897-98, sólo 2.291 pueden considerarse como buenos, 17.000 son medianos y 11.000 absolutamente malos.»

«Los sueldos del maestro se estiman por el señor Inspector Ravá como insuficientes por completo para vivir.» Pero va á ver el lector cuáles son esos sueldos, y compárelos luego con los que en España cobran los maestros. Varían, en efecto, aquéllos de 700 á 900 liras en las escuelas rurales; los de las maestras, de 560 á 720, y en las escuelas urbanas oscilan de 900 á 1.320 para las maestras, y de 720 á 1.056 para los maestros. Ya quisieran nuestros maestros cobrar esos sueldos. Recuérdese que aquí hay muchos con menos de 125 pesetas al año.

También en Italia se reclama como medida salvadora de la primera enseñanza la conversión de ésta, de función municipal que es en función nacional: parece ser que allí, como en otras muchas partes, este grave y transcendental interés ideal no puede menos de estar en manos de las gentes que, al dirigir la vida del Estado, puedan darse una cuenta más clara del valor que tiene la formación pedagógica de la sociedad entera.

Y los maestros en Italia, convencidos plenamente de que el remedio de su situación presente y de las consecuencias deplorabilísimas que la misma entraña está por de pronto en su mano, en sus iniciativas, han fundado una federación de los maestros y maestras de todo el país. Federación ó liga cuyo primer objetivo ha de ser «colocar la escuela bajo la directa autoridad del Gobierno, y hacer al maestro un funcionario del Estado y no del Municipio».

\*  
\* \*

Son curiosos estos datos estadísticos acerca de la primera enseñanza en Rusia, que M. Jost toma de documentos oficiales.

El número de escuelas dependientes del Ministerio de Instrucción pública en Rusia es de 37.046 con 84.124 maestras, y frecuentadas por 2.640.048 alumnos.

He aquí la marcha ascendente que desde 1832 ha tenido en Rusia la creación de escuelas.

|               |        |              |           |          |
|---------------|--------|--------------|-----------|----------|
| En 1832 había | 1.203  | escuelas con | 62.846    | alumnos. |
| — 1842 —      | 2.033  | —            | 99.355    | —        |
| — 1872 —      | 20.015 | —            | 790.258   | —        |
| — 1894 —      | 29.923 | —            | 2.020.084 | —        |
| — 1898 —      | 37.048 | —            | 2.640.048 | —        |

Hay, además, escuelas dependientes de otras organizaciones, v. gr., de las iglesias; total 41.653 escuelas con 70.531 maestros y 1.543.188 alumnos, resultando en junto 78.699 escuelas, 154.692 maestros y 4.203.246 alumnos, á pesar de lo cual, de cada tres niños, sólo dos reciben la enseñanza correspondiente. Los gastos de la primera enseñanza, á cargo del Estado, Municipios, ciudades y provincias, se elevan á 40.000.000 de rublos.

\*  
\* \*

Tienen fama Suecia y Noruega de cuidarse mucho de la enseñanza: también estos pueblos echan, como suele decirse, el resto en materia de instalaciones escolares. Según advierte M. Jost, en la Exposición de París de 1900 se pudo ver que Cristianía tiene grandes palacios para la enseñanza primaria: ahora da cuenta de un soberbio edificio construído en Stockolmo, y que «es, quizá, el más completo de cuantos se conocen».

Esta escuela está construída toda ella con piedra y hierro, y hay en la misma las dependencias siguientes: 94 salas de clase, ocho salas de *slojd* (trabajo manual), una sala de dibujo, dos de gimnasia, dos cocinas escolares, dos instalaciones de baños, un comedor para los niños que se desayunan en la escuela, dos salas, una para los maestros y otra para las maestras, tres departamentos para el Director y los criados. Ade-

más de esta escuela se inauguró otra el 1.º de Septiembre, que costó nada más que dos millones de francos (1).

\*  
\* \*

Para terminar esta brevísima reseña, daré cuenta de la última noticia que la interesante crónica de M. Jost inserta: refiérese ésta á una de las muchas manifestaciones de la acción universitaria principalmente, en el sentido de ampliar la esfera de sus beneficios y extender los resultados de su labor docente. Se trata aquí de una manera especial de los cursos de vacaciones de algunas Universidades. Oxford y Cambridge en Inglaterra las tienen ya hace tiempo, pero no habla de ellas M. Jost. Este habla de los organizados en otros países con la idea de destinarlos á los profesores y estudiantes extranjeros que quieran perfeccionarse en la lengua del país respectivo.

M. Jost atribuye la iniciativa de esos cursos á la Universidad de Jena en Alemania. Este año pasado las hubo en el mes de Agosto sobre literatura, ciencias, historia, filosofía, teología, y especialmente sobre ciencia de la educación, por obra del gran discípulo de Herbart, el profesor Rein. El ejemplo de Jena ha sido seguido por las Universidades de Grefswald y Kiel. La Universidad suiza de Ginebra los ha organizado en 1892, y recaen únicamente sobre lengua francesa, métodos de enseñanza del francés y psicología y pedagogía aplicadas.

ADOLFO POSADA.

---

(1) Este ejemplo y el de Zurich, citado más arriba, debieran tenerlo muy presente los iniciadores entusiastas de la idea, plan sobre por tantos motivos, de construir en Madrid los edificios escuelas indispensables, para presentarlos á cuantos deben interesarse en tan importante obra y animarlos así más y más. ¿No podrá Madrid hacer modestamente algo de lo que con tanta esplendidez han hecho esas dos ciudades?

## CRÓNICA LITERARIA

---

De la poesía lírica.—Poetas modernistas y no modernistas. — *Alma*, por D. Manuel Machado.—*El alto de los bohemios*, por D. Francisco Villaespesa.—*Ninfas* y *Almas de violeta*, por D. Juan R. Jiménez.—*Cantos sin eco* y *Medallones*, por D. Salvador González Anaya.—Poesías, de D. Antonio Ledesma Hernández, premiadas en los Juegos florales de Almería.

Uno de los casos más evidentes y notables de vocación literaria es el del poeta lírico. Me refiero al poeta lírico español que vive en el *momento histórico* presente. El poeta dramático y el novelista aspiran á juntar lo dulce de la gloria con lo útil del trimestre ó de la venta de las ediciones. Cuando menos, tienen la esperanza de ser *vistos* ó leídos; mas el pobre poeta lírico ni siquiera puede aspirar á ese premio de *consolación*. Casi no hay ya quien lea versos.

Además, y acaso por lo mismo, los versos no llevan á ninguna parte. Hace cincuenta años, los Ministros de Doña Isabel II, que la daban de Mécenas, solían proteger á los poetas jóvenes y señalarles ración en el presupuesto. El hacer versos, buenos ó malos, fue el principio de muchas carreras administrativas. Hubo quien, empujado por las Musas, llegó á ser *alto* empleado de Hacienda, Ministro plenipotenciario en alguna corte extranjera, ó Juez de primera instancia en la Península. Y la verdad es que los empleados á quienes valió la recomendación de Apolo, no fueron peores que los que son hechura de

las modernas oposiciones, ó penetran en la Administración valiéndose de la llave maestra de un acta de diputado. Al fin y al cabo, unas oposiciones mnemotécnicas como las que se hacen en España, ó la solemne investidura de cunero, no son mayores ejecutorias de capacidad que el escribir una oda ó una letrilla satírica, aunque la oda sea mala y la letrilla no sea buena.

La poesía, ó mejor dicho, el verso, estaban entonces en la atmósfera. Era la época de las coronas poéticas, de los recitados en las tertulias, de los madrigales en los abanicos. Todo el mundo versificaba. Ni los hombres más graves escaparon. Cánovas hizo versos y bien se los echaron después en cara, aunque es indudable que se han escrito y se siguen escribiendo mucho peores.

Cambiaron después gustos y modas. El pobre verso fue viniendo á menos. En la escena, la prosa, antítesis antaño de la poesía, hoy competidora temible de la versificación en la lucha por la vida... de las formas poéticas, va suplantando al verso. Las tiradas de redondillas ó de quintillas, anzuelo infalible del aplauso, van siendo cada vez menos frecuentes. Hasta en las discusiones del Ateneo, tan venidas á menos como el verso, se inquirió si la forma poética *estaba llamada á desaparecer* lenta pero continuamente, cual la media luna; tesis—la de la forma poética—que ha llegado á ser un lugar común que han explotado tirios y troyanos, para innumerables *turnos* en pro y en contra.

Ni siquiera les queda á los poetas el consuelo de apostrofar en resonantes estrofas al prosaico y materialista siglo que se fué, y al no menos materialista y prosaico siglo que ha venido á sucederle con exactitud cronológica. Puede salirles al paso algún sociólogo que asegure bajo su fe de positivista que la poesía no ha desaparecido del mundo ni el siglo es prosaico, sino que el progreso mental ha hecho que el sentido estético se *intelectualice*, y sea ya posible en literatura apreciar la belleza de las imágenes y de los conceptos sin necesidad del

atractivo sensible y musical de la rima, ó que les explique á los poetas cómo la decadencia del verso no es sino un paso más en la diferenciación de las artes del sonido, que allá en los orígenes aparecieron en compleja mezcla juntándose música y poesía con artos del movimiento, como la danza y la mímica, al modo que vemos todavía en la ópera, que sería en tal hipótesis una supervivencia de las más remotas formas del arte, cosa que de seguro no sospechan las *divas* y los *divos* que cobran muchos miles de francos, de liras ó de miseras pesetas, por hacer gorgoritos en los principales teatros del *bel canto*.

\* \* \*

Más, á pesar de los pesares, abundan extraordinariamente los poetas, y se escriben y publican muchos versos. Aunque en este género no podamos competir con otras literaturas contemporáneas como competimos en la novela, la decadencia de nuestra poesía lírica no es tan completa como algunos se la imaginan. No se ven, es verdad, entre los nuevos poetas grandes figuras como Campoamor y Núñez de Arce, como Zorrilla y Quintana, como Espronceda y Becquer; pero hay bastantes cultivadores discretos de la poesía, que tienen sus horas de inspiración y están por encima de la medianía, aborrecida por las Musas. Quizá entre ellos están los herederos de aquellos grandes poetas pasados, aunque todavía no los vemos, porque esas sobresalientes figuras literarias se revelan *à posteriori*, y para reconocerlas por tales es preciso que estén algo pasadas, que lo esencial de su obra esté terminado, que las miremos con ojos de posteridad. Por otra parte, el desvío del público, entregado en materia de lecturas á la novela y al periódico, priva á la poesía lírica del benévolo ambiente de atención y de afición, que ayuda mucho, cuando existe, al desarrollo y florecimiento de los géneros literarios.

Entre los poetas nuevos se distinguen por su afición á la originalidad los modernistas. Como la originalidad puede de-

generar fácilmente en rareza y extravagancia, hay quien se burla de estos vates y de las novedades que quieren introducir en la poesía. Pero la verdad es que entre ellos hay literatos muy apreciables, y que, en general, la escuela ó la tendencia á que pertenecen tiene aspiraciones estéticas que merecen otra consideración que las burlas del ridículo. No niego con esto que al pabellón modernista se acojan por *snobismo* ó *novelería* muchos poetas hueros, cuyo estro no acierta más que á ensartar sin ton ni son palabras rebuscadas, entre cuya hojarasca cuesta trabajo encontrar una idea ó una imagen poética; cierto es también que los mismos modernistas dotados de inspiración y de talento tienen á veces cierta debilidad por lo estrambótico y lo amanerado, ó bien por lo lúgubre, como los románticos de antaño, con los cuales presentan más de un punto de semejanza los modernistas de ahora; pero al cabo, la misma extravagancia es defecto menor que la incurable sosería de muchos versificadores no modernistas que siguen impertérritos escribiendo poesías como las que todos, en los verdes años de la mocedad, escribimos á nuestras respectivas novias, pasando el forzoso sarampión poético de esa edad y expresando en renglones cortos y generalmente malos el eco que habían dejado en nuestro espíritu las lecturas de Becquer, Campoamor ó Espronceda, aplicadas á nuestras propias interioridades sentimentales. La diferencia está en que esos poetas á que me refiero siguen haciendo los mismos versos en la edad madura, como si tal cosa; se *plantan* en la fase poética de los versos á la novia, á imitación de las mujeres que no quieren pasar de determinada edad.

Definir el modernismo es difícil. Las escuelas modernas suelen ser poco dogmáticas, y con frecuencia encierran elementos contradictorios. Además, creo que sobre este punto ha abierto un certamen el semanario *Gente Vieja*, y como suele haber bastante afición á estos concursos, no faltará quien presente cuantas definiciones sean menester y algunas más.

En la poesía lírica los modernistas son innovadores en dos

sentidos. Quieren, por una parte, renovar las combinaciones métricas y las formas de la rima, pensando sin duda que la materia no está agotada y que queda campo á la invención y á la libertad en este terreno, aspiración que parece razonada y plausible, si bien la decadencia del verso hace que el ambiente no sea muy favorable para que se reciban con entusiasmo los nuevos partos de este género. Y suele ocurrir también que, empapados algunos de esos poetas en la lectura de modelos franceses y sugestionados por ellos, se olvidan de las diferencias que existen entre una y otra métrica, y dan la preferencia á las clases de versos menos adecuados para que resalte la sonoridad y armonía del idioma castellano, posponiendo á las imitaciones de los alejandrinos franceses los dos metros más españoles, el octosílabo y el endecasílabo, que, aunque de origen italiano, ha llegado á ser tan nacional como el primero, y se amolda perfectamente á la índole musical de nuestra lengua.

Pretenden también los modernistas remozar el fondo psicológico de la poesía, llevando á ella, en cuanto su índole lo permita, la transformación operada ya en la novela, aspiración que parece igualmente legítima, pues forzoso es confesar que los antiguos tópicos poéticos se han vulgarizado con exceso, y aunque no se hayan descubierto pasiones desconocidas que puedan dar á los poetas asuntos no desflorados, las variaciones históricas de los sentimientos é ideas permiten que en cada época pueda el poeta encontrar acentos nuevos para cantar cosas en esencia eternas, pero no poco mudables en sus formas y en sus combinaciones. No deja de ser resbaladizo este terreno de la nueva *psiquis*, y es muy explicable que algunos de los modernistas se deslicen en sus *psicologismos*, dando por refinamientos espirituales solemnes boberías, empeñándose en idealizar lo feo y repugnante ó cayendo en tal vaguedad que apenas se les entiende. Sin embargo, en la poesía hay que admitir cierta vaguedad. Su asunto principal es el sentimiento, y como las raíces del sentimiento penetran en la parte in-

consciente de nuestro sér, siempre hay en él algo de vago é inefable. De ahí viene su fuerza, á veces invencible, y el encanto del misterio que le rodea, pues lo inconsciente es más *nuestro*, es más nuestro propio yo que el conocimiento, en que sólo ponemos el espejo para reflejar cosas ajenas, ya sean realidades, ó fantasmas.

Los modernistas no se creen obligados por su apellido ó mote á cantar exclusivamente las cosas modernas; no aludo á las máquinas de vapor, al sufragio universal y los rayos X, asuntos que el consentimiento general ha declarado poco poéticos; pero ni siquiera el alma moderna, con todo el séquito de novedades que nos figuramos se han introducido en el Reino interior. Lejos de esto, no desdeñan el pasado, y hasta algunos gustan de volver la vista hacia él. En estas ojeadas retrospectivas, cada escuela ó cada corriente del gusto ha tenido sus predilecciones. Para los neo clásicos no había más que griegos y romanos; los románticos gustaban más de la Edad Media; los modernistas muestran afición al Renacimiento, y también al coquetón y almibarado siglo XVIII... al siglo XVIII de Watteau, no al de la Enciclopedia. En lo del Renacimiento suele andar la mano de Nietzsche.

\*  
\* \*

Entre los libros de versos publicados por poetas que forman en esa legión de los modernistas (en España y América los modernistas se llaman legión) merecen citarse, y citarse con elogio, dos muy recientes: *Alma*, de D. Manuel Machado, y *El alto de los bohemios*, de D. Francisco Villaespesa.

Algo desiguales en pulimento y perfección son las composiciones del Sr. Machado. Hay en algunas de ellas versos mal medidos ó de tan defectuosa acentuación, que es preciso marcar mucho la esura para que no se escandalice el oído. Claro es que estas faltas á la métrica, cuando son excepcionales, no constituyen grave cargo contra un poeta, pero tampoco son

cosa tan liviana que pueda despreciarse. No es que haya que medir los versos con los dedos, y casi puede asegurarse que al que así los mida le saldrán cojos y defectuosos. Quien los mide es el oído, cierto sentido musical de la rima que no debe faltarle al poeta que escriba en verso. Al verso hay que tomarle con todas sus *consecuencias* de acentuación y número de sílabas; si no, no es tal verso ni cosa que lo valga. Ocurre en esto lo que con el baile; no es indispensable saber bailar, y hasta muchos consideran ridículo el hacerlo; pero el que se lanza en un sarao á *rendir culto á Terpsicore*, como decían antiguamente los revisteros de salones, adquiere el compromiso de llevar el compás y ejecutar los movimientos requeridos por la danza; de lo contrario, no debe bailar. Tampoco es indispensable hacer versos; pero de hacerlos, hay que hacerlos como manda el Dios Apolo, ó al menos como dispone la Retórica y Poética.

La composición titulada *Wagner*, es una de las que contiene mayor número de versos duros é inarmónicos en el libro del Sr. Machado. Justo es reconocer que este defecto es la excepción, y que en la mayor parte de las poesías coleccionadas en dicho volumen, los versos son fáciles y armoniosos, y hasta combinaciones métricas felices y originales, como la de la composición titulada *Cantares*.

La desigualdad que, á mi parecer, existe entre estas poesías no se limita al acabamiento de la rima, sino que penetra más hondo. En algunas de ellas, el Sr. Machado es todo un poeta; en otras imita demasiado, ó no dice nada de particular, aunque no imite. De las mejores que contiene el volumen son *Días sin sol*, *Antífona*, *Cantares*, *Castilla*, *Felipe IV* y *Eleusis*.

*Días sin sol* es una delicada alegoría del invierno. En *Antífona*, lo que más llama la atención es el pensamiento, compendiado en el último verso:

«Hetairas y poetas somos hermanos.»

En el Arte, entendido como mera producción de belleza, sin otra finalidad, ó sea en el arte por el arte, hay, en efecto,

algo de prostitución, de comercio de belleza y de placer, que es lo que indica lo de *hetairas*, que por estar en griego es eufemismo. En castellano sonaría muy mal, aunque Cervantes y Quevedo no se paraban en estas pequeñeces, ni se detenían en helenizar ó *grecizar* tales nombres. Pero aquellos eran otros tiempos, y hoy el recato tiene mayores pretensiones y exigencias.

*Castilla* recuerda al venerable *Myo Cid*. Es una composición que revela cultura literaria. Su asunto consiste en que al buen Rodrigo Díaz le niegan posada para no incurrir en el enojo del Rey Alfonso, que, como dice el viejo poema, tenía contra él la *grand saña*:

«... El Rey nos dará muerte,  
Arruinará la casa  
Y sembrará de sal el pobre campo  
Que mi padre trabaja.  
Idos. El cielo os colme de venturas.  
En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada.»

Así dice la asustada muchacha del mesón, á cuya puerta llama la comitiva del héroe castellano. Ha conservado, pues, el Sr. Machado en este episodio el espíritu del antiguo poema, según el cual, el que diera posada al Campeador era hombre, ó mujer, al agua:

«E aquel que gela diesse sopiese uera palabra  
Que perderie los aueres e mas los oios de la cara  
E aun demas los cuerpos e las almas.»

El *Felipe IV* del Sr. Machado es, en cambio, un Felipe IV completamente apócrifo desde el punto de vista histórico; pero la composición es bonita. Aunque entregado á validos y dado á galanteos y diversiones, no fue aquel monarca una figura decorativa como los reyes holgazanes de Francia. Muy pagado de su dignidad real y de la grandeza de la Corona, preocupado con los deberes de la realeza, como lo demuestra su correspondencia con Sor María de Agreda; galán y animoso, como

hombre, el gran Felipe, grande á la manera de los hoyos, no fue el príncipe decadente y exánime que pinta el Sr. Machado y que sólo puede sostener con la diestra un perfumado guante. Si el infeliz Carlos II hubiera sido más apuesto y más gentil hombre, le vendría mejor la composición á que nos referimos que á su padre.

*Eleusis* es la poesía que más me agrada en este tomo. Basta decir *Eleusis* para que se comprenda que el asunto es cosa de misterios. Es un ensueño retrospectivo en que el alma del poeta sigue á una fantástica beldad que va tiempo atraviesa desandando edades y siglos y le hace pasar en un periquete por la Edad Media, por la Grecia clásica, por los imperios orientales y por los tiempos prehistóricos, de donde no pasa, porque tendría que conducirlo al caos primordial. Es algo así como el *Anacronópete*, raro instrumento para hacer andar al tiempo hacia atrás, en que basó Enrique Gaspar la acción de una novelita suya. La composición del Sr. Machado es primorosa.

Otras poesías, como *Versailles*, en que aparece la inevitable *hora de los camafeos*, que, á decir verdad, no tiene hora fija, me parecen inferiores. En la que acabo de citar se descubre la influencia de Rubén Darío, buen poeta, aunque algo amanerado. En otras, como *Noche blanca* y *Copo de nieve*, se advierte la imitación de lo francés. Estas Colombinas y estos Pierrots son máscaras francesas, y traducidas no vencen al moro de Ferreras. Aparte de que el Sr. Machado, por lo mismo que tiene cultura, buen gusto é inspiración, debe dejarse de imitaciones.

En el tomito de poesías del Sr. Villaespesa, *El alto de los bohemios*, una de las mejores, es la que lleva este título y se lo da á todo el volumen. Hay delicadeza de sentimiento, notas de suave y melancólica ternura, y felices imágenes en estas composiciones. Sus principales defectos son la exageración y la extravagancia. En este punto, la poesía titulada *Spoliarium* puede dar quince y raya á los más lúgubres delirios del

romanticismo en los tiempos en que se bebía vinagre á todo pasto y salían á relucir á cada paso en las composiciones poéticas los camposantos y las calaveras. *Crepúsculo*, *Perfume antiguo*, *Tarantela*, *Canción de Otoño* y *Octubre*, me parecen poesías mucho más gratas y más poéticas que ese horrible *Spoliarium* en que los ahorcados, con la lengua fuera, hacen piruetas en el aire. Sin embargo, en *Tarantela* es lástima que el poeta quiera idealizar á un bicho tan feo y repugnante como la araña y le atribuya *pupilas lánguidas* como á cualquier damisela romántica. También está bien hecha la composición titulada *Pan*, pero el calificativo *bifronte* era bueno para aplicado á Jano y no al Dios arcadio. A éste se le puede designar por los innumerables adjetivos que sus pies de cabra, sus cuernos y otras de sus señas personales, amén de los servicios que prestó, inspiraron á sus devotos, y que cualquiera puede ver en los libros corrientes de Mitología. Pero no hay que confundir las especies.

Como el Sr. Machado, el Sr. Villaespesa es un poeta que tiene personalidad. Algunas de sus composiciones llevan cierto sello patricio que las hace muy agradables, y en todas huye de la vulgaridad. Cuando se corrija de algunas exageraciones y se acostumbre á limar un poco los versos, sus composiciones serán mucho más bellas.

Muy inferiores en mérito á los libros de los Sres. Machado y Villaespesa son las *Almas de violeta* de D. Juan R. Jiménez, modernista también, y las *Ninfeas* del mismo autor, con sendos *atrios* (estos atrios se llamaban antes prólogos, introducciones ó cosa así) de los Sres. Villaespesa y Darío. No faltan ciertos rasgos de inspiración en algunas de las composiciones incluídas en uno ú otro de los citados volúmenes, como las tituladas *¡Silencio!*, *Paisaje del corazón* y *La canción de la carne*; pero la mayoría de aquéllas dejan bastante que desear.

En la crónica anterior cité con elogio los versos de D. Salvador González Anaya, reunidos en dos volúmenes: *Cantos sin eco* y *Medallones*, prometiendo decir algunas palabras acerca

de ellos. Como el presente artículo está consagrado á poetas, es ocasión de cumplir el ofrecimiento. Los *Cantos sin eco* son probablemente los primeros versos del autor; pero no hay en ellos los descuidos de versificación ni las reminiscencias demasiado claras de lecturas poéticas (inspiración de segunda mano, tomada de otras poesías, no de la realidad) que tan frecuentes son en los poetas noveles. La forma rítmica de estas composiciones es muy esmerada, y aunque el pensamiento de muchas de ellas ofrezca poca novedad, el Sr. González Anaya lo expresa con discreción y delicadeza, dando frecuentes muestras de un gusto depurado y sano.

*Medallones* es obra posterior á los *Cantos sin eco* en el orden de publicación, y debe de haber sido escrita después, pues revela un considerable progreso. Las poesías que contiene este librito están inspiradas en asuntos clásicos y tienen todo el sabor de antigüedad que puede exigir nuestro público, que en materia de humanidades no es muy exigente por el poco trato que con ellas tiene. Los Juegos olímpicos, el proceso de Friné, los amores de Antonio y Cleopatra, y otros ecos y recuerdos del mundo antiguo, dan materia al Sr. González Anaya para escribir hermosos versos.

También merecen elogio las composiciones de D. Antonio de Ledesma, premiados en los Juegos florales de Almería: *Renacimiento* y *Almería*. Los Juegos florales se van rehabilitando y no son ya el refugio de los poetas chirles. La influencia literaria que se advierte en estas poesías es la de Zorrilla, bastante olvidado ya, á pesar de su mérito y de haber sido en días no muy lejanos el ídolo de una generación.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—CRÍTICA Y ESTÉTICA: Derechos y deberes del crítico de arte moderno.—COSTUMBRES: ¿Con quién casarse?—PSICO-FÍSICA: Los caracteres humanos.—BIOGRAFÍA: Los periodistas parlamentarios franceses.—OCULTISMO: El más allá.—La vida en los cristales.—PSICOLOGÍA INFANTIL: Los niños rebeldes.—IMPRESIONES Y NOTAS: La nueva-yorkitis.—La mejora de la especie humana.—En busca de un alimento ideal.—La Sociedad *Cervantes*.

## CRÍTICA Y ESTÉTICA

DERECHOS Y DEBERES DEL CRÍTICO DE ARTE MODERNO.—Hugo Ojetti trata de este interesante tema en la *Nuova Antología* de Roma. Abolida—dice—la idolatría en los templos hace siglos, persistió para los filósofos en las academias artísticas; la Estética quedaba siendo una rama de la Teología; el artista era el sacerdote de lo bello; la obra de arte un milagro; un hermoso cuadro ó una bella estatua ó estampa otros tantos fetiches, que tenían por sí el poder de conmover á las multitudes, de curar á los enfermos, de consolar á los moribundos.

La estética psicológica ha matado el misterio: la obra de arte es hoy, entre el artista y el espectador, el eje de una balanza; en un platillo pone el artista cuanto ha visto, sentido, pensado y querido y ha tratado de hacer ver, sentir, pensar y querer á su público; en el otro lo que el espectador ve, siente, piensa y quiere ante aquella obra de arte. El equilibrio perfecto no existirá nunca ya.

Tras el sutil pedazo de lienzo manchado de colores que forma un cuadro y que por sí es mudo y nulo, hay, no sólo que imaginar, sino que sentir otro hombre que habla, que hace sonreír ó llorar, entusiasmar ó abatir; pero como estudiar un hombre es más difícil que estudiar un cuadro, la mayor parte de los críticos se contenta con estudiar el cuadro y no van más allá.

De aquella vetusta y ridícula concepción teológica del arte y de la belleza viene todavía, especialmente en los artistas latinos, una falsa idea de su divinidad, que da, aun á los ínfimos y á los derrotados, cierto aire teatral de «reyes en el destierro». Piensan que el arte es realmente el objeto último de la humana actividad y la flor sublime de la vida común, y muchos estetas y retóricos hinchán semejantes prejuicios con frases rimbombantes. El arte es simplemente un medio para alcanzar una suma mayor de felicidad consciente. De aquellos sueños sobrehumanos deriva el desdén al público filisteo, el desprecio á las artes industriales y la reclamación del artista de ser juzgado por sus colegas, ni más ni menos que si se tratara de las castas sacerdotales de la hierática civilización de Oriente.

El artista que trabaja no puede ser crítico honrado del arte que cultiva, porque, si es sincero, tiene que juzgar á los demás con relación á su manera, que juzga la mejor; sus juicios tienen que ser fervientes páginas de propaganda, como puede verse en Delacroix y Wisthler ó en las cartas de Cellentano, Millet y Segantini. Cuando esto no sucede y se quiere aparecer con la síntesis equilibrada de un Lessing, de un Taine ó de un Ruskin, puede asegurarse que el artista crítico ha perdido la energía creadora. La obra de arte trae sus elementos más vitales y originales de la inconsciencia; la crítica, de la conciencia. Aquél admira ó desprecia, éste juzga; aquél habla según su emoción, éste falla según su observación.

En la realidad, el artista hoy, cuando no crea ó está cansado de crear y se da á la crítica, no habla ni escribe, sino que

obra. Incapaz de elevarse á la consideración equitativa de la obra de arte, hace premiar ó alabar las obras que se asemejan ó son una derivación de las suyas, y si es un artista mediano, fatalmente juzgará en virtud de las amistades, de los acomodamientos, del *do ut des*, aunque sea en el más platónico sentido moral. Y los Ministerios, las Juntas permanentes, los Consejos y los Jurados están llenos de artistas medianos.

No hay quien no vea el daño de semejante estado de cosas: imposibilidad en los jóvenes de valía de hallar apoyo en el Estado; necesidad de proceder por intrigas, impuestas hasta á los mejores; fatal decadencia de la fama internacional de los artistas, pues sólo se envían á las Exposiciones extranjeras las obras que agradan ó lisonjean á las medianías; y el espantoso espectáculo de ver todos los días confiado el estudio y la tutela de los más preciosos monumentos antiguos á fautores de un mal cuadro ó de una mala estatua, cuando abundan arqueólogos, historiadores y críticos de arte que lo harían muchísimo mejor. Y todavía insisten en reclamar la supresión de los críticos que no les alaban, recabando para sí todos los derechos y olvidándose de sus deberes.

La crítica es entre nosotros creación novísima, y hasta hace pocos años los críticos más escuchados—poco escuchados por lo demás—eran ó artistas fracasados ó historiadores de arte, y habituados á considerar á los antiguos como santos de altar y á tropezarse en la calle con los modernos en forma mortal, apenas se dignaban hablar de éstos sino como de una estrella errante con relación al sol, juzgando nuestra época avarísima y vulgarísima con relación á los tiempos siempre maravillosos del Renacimiento y de la Atenas de Pericles. Los artistas, estáticos, hacían coro, y de las palabras de unos y otros parecía que no debía nadie pensar más que en el arte para gozar de la vida y resucitar aquellas maravillas. Desde el 600—salvo un poco de 700 veneciano—hasta las modernas Exposiciones, no existía hasta hace poco en la mente de los críticos sino una gran laguna, en la que apenas flotaba solitaria la figura de Canova.

Hoy la cultura sobre la historia del arte contemporáneo es mucho más difícil que la antigua. Hoy hay que viajar, recorrer todas las Exposiciones, registrar museos y colecciones, catálogos y revistas, cartas y Memorias; reconstruir el ambiente histórico, social y político; conocer las relaciones de unos artistas con otros y la influencia que las obras de éstos ejercen en aquéllos; saber todas las ramas del arte, todos sus secretos y todas sus formas; y sólo así, después de esta inmensa labor, puede juzgarse con severidad una obra. Toda alabanza y toda censura en otras condiciones son casuales, irracionales, desleales.

Se objetará: ¿puede adquirirse el gusto con la cultura? La crítica de arte, á diferencia de la crítica literaria, vive de los ojos, y la primera condición de su derecho á ser y á existir es la posesión de un perfecto organismo sensorio. El crítico debe, ante todo, experimentar una sensación y una emoción, y, registrada con sinceridad en su cerebro, podrá encontrar luego la causa en su conciencia. Si con los años se ha formado una predilección—lo cual es muy humano—ó se ha fabricado una teoría—lo cual es necesario á todo pensador—debe estar siempre dispuesto á conmoverse «aun á despecho de su teoría ó de su predilección».

Nuestra época, por la amplitud y profundidad de sus juicios estéticos, no tiene igual en toda la historia. Concedor de este alto puesto que en la jerarquía intelectual ocupa, el crítico moderno tiene el derecho de ingerirse en todo lo que con el arte se relaciona. Los mil ejemplos de las repulsas que han sufrido los Delacroix, Corot, Rousseau, Millet, Segantini, Turner, Wisthler, Liebermann, Manet y tantos otros, no serían posibles, ó por lo menos serían mil veces más difíciles con jurados compuestos también de críticos de arte, porque saben las causas y los efectos de toda novedad sin asustarse de nuevas técnicas y restituyendo al ambiente lo que el artista crearía ser pura originalidad individual.

El crítico de arte, cuando escribe, no habla á los artistas,

sino al público; esto no lo entienden los artistas, que creen lo que los acusados de sus jueces: su opinión depende de la condena ó de la absolución; eso de que el juez no se ocupe de su gratitud, sino del bien de la sociedad, no les cabe en la cabeza. El crítico así, colocado entre el artista creador y el público espectador, puede revelar á éste el por qué de las bellezas de las obras de aquél y señalar á aquél todas las oscilaciones del gusto ó todos los síntomas de su evolución. Luego, dado el desarrollo del arte industrial y la urgente demanda del público de un goce estético, el crítico puede llegar á ser, en los actuales tiempos de crisis moral, política y estética, un verdadero apóstol. Ruskin es de ello brillantísimo ejemplo.

### COSTUMBRES

¿CON QUIÉN CASARSE?—A propósito de un trabajo publicado en el *Pall Mall Magazine*, en el que se estudian las condiciones que debe reunir la mujer con quien debemos casarnos, ó por mejor decir, las condiciones de aquellas con quienes no nos debemos casar, hace Emilio Faguet en la *Revue Bleue* un artículo crítico cuya sustancia merece ser recogida.

El moralista inglés dice: «No os caséis con una joven que se jacte ó que confiese no amar á los niños; no es seguro que diga la verdad; pero en todo caso es mala señal: ó es disimulada, ó se conoce mal, ó es un monstruo, que es lo más probable.» A esto debe añadirse que hay que desconfiar también de las que afectan adorar á los niños, lo cual puede ser una comedia. La joven que ofrece probabilidades de felicidad, es la que *sorprendemos* queriendo á los niños sin la menor ostentación.

«No os caséis—añade el articulista del *Pall Mall*—con una feminista, con una joven que hable de los *derechos de la mujer*; no os caseis con Nora, la noruega, no sea que os deje plantados á los treinta, por irse á rehacer un alma individual, como sucede en *Casa de Muñecas*.» Si las mujeres feministas se in-

clinan naturalmente á apartarse del matrimonio, bueno es ayudarlas un poco; aprobemos su inclinación á la soltería y evitemos casarnos con ellas.

Otra prohibición es la de no casarse con una joven que sea hermosa; el redactor del *Pall Mall* desconfía de la belleza en el matrimonio; pero así como en los puntos anteriores Faguet aplaude, aquí hace sus salvedades. Claro es que reconoce los motivos en que se funda la prohibición, y así como las mujeres prefieren á los hombres feos, porque creen que siendo feos las serán fieles, en lo cual se equivocan, así los hombres deben huir de casarse con las hermosas, para correr menos riesgos de ser engañados. Esto parece muy práctico, pero es poco artístico. La mujer debe ser, si no la belleza, al menos la gracia de la casa; y no debe prohibirse á un hombre, después de andar todo el día tropezando con las fealdades de la realidad, encontrar en su casa el consuelo de la contemplación de unas líneas puras y de unos encantos agradables.

Cierto que se dice no sin razón: ¿Quién se ocupa á los tres años de matrimonio de la cara de su mujer? Cierto también que la belleza pasa y que la fealdad permanece, debiendo empezarse, por previsión, por lo permanente. Cierto que hace años—añade Faguet—yo mismo decía: «Hay en el matrimonio cuatro condiciones que pedir á la novia: la primera, el talento; la segunda, el buen carácter; la tercera, la posición; y la cuarta, la fealdad.» Pero todo eso resulta paradójico: la belleza pasa, pero algo queda de ella, aunque sólo sea el recuerdo; la fealdad subsiste, pero agravándose cada vez más. Un poco de belleza, que no sea excesiva, si queréis, no viene mal. Refresca, dulcifica y alegra, y, en el fondo, la cuestión de la belleza en el matrimonio es la cuestión del amor en el mismo; y aunque la belleza no sea su condición esencial, es por lo menos el elemento inicial, y, por consiguiente, un elemento de importancia.

El moralista inglés desconfía también de las mujeres inteligentes, poniéndonos en guardia contra esas jóvenes «supe-

riores» que sentirán perfecta repugnancia por los cuidados domésticos, y por su marido, hombre ordinario y útil, un desdén amable y una ironía trascendente. Faguet protesta con razón contra esa prohibición, porque ¿qué mujeres inteligentes son esas? Lo serán todo menos inteligentes; serán una Armanda, una Filaminta, una Belisa, pero nunca una mujer inteligente. No hay que confundir las *intelectuales* con las *inteligentes*.

El buen insular es sin sospecharlo un egoísta; el individualismo inglés penetra todo su artículo como un veneno sutil; no piensa nunca más que en la felicidad del esposo, sólo del esposo. Claro es que no hay que pretender que el esposo se sacrifique, como no debe sacrificarse nadie si no es por la patria; pero el inglés sólo piensa en el marido, no piensa en la raza, ni siquiera en los hijos. Con su sistema se correría el riesgo de tener una raza de esperpentos y de imbéciles.

Nietzsche se hubiera estremecido al leer los consejos del *Pall Mall*. «¡Cómo!—habría dicho— si precisamente se trata de casarse con mujeres muy hermosas y de muchísimo talento para tener una raza fuerte, hermosa é inteligente, para crear superhombres; para eso es el matrimonio.» Y Nietzsche en este punto no dejaría de tener razón. Para tener hijos hermosos é inteligentes hay que casarse con una mujer que no sea fea ni tonta. Algo más de ésto ó menos de aquéllo, compensando la belleza lo que falta de inteligencia, ó la inteligencia lo que falta de belleza. ¡Perfectamente! Porque, ¿quién lo tiene todo? No hay que exagerar las cosas, y bueno es que la mujer con quien haya uno de vivir tenga atractivos materiales y espirituales.

Emilio Faguet termina su artículo con un rasgo satírico. «No queréis— dice al articulista inglés — que nos casemos con mujeres hermosas, ni feministas ni inteligentes. Yo soy francés, soy parisién; miro en torno mío, observo á nuestras francesas, á nuestras parisienses, y me encuentro con que todas son bellas, todas son inteligentes y todas son feministas; señor inglés, ¿con quién diablos queréis que nos casemos?»

## PSICO-FISICA

LOS CARACTERES HUMANOS.—Pablo Mantegazza, en la *Nuova Antologia*, expone la clasificación de los caracteres humanos, pasando antes revista á los ensayos de clasificación más en boga de los psicólogos contemporáneos.

Según Paulhan, la ley de la «asociación sistemática», es decir, de la aptitud de todo elemento, deseo, idea ó imagen para suscitar otros elementos que puedan asociarse al mismo para un fin común, es la que explica la formación del carácter, completándose con la ley de inhibición que expresa la detención que todo elemento psíquico tiende á imponer á los elementos con los que no puede asociarse para determinado fin. De aquí los caracteres *equilibrados y desequilibrados, coherentes é incoherentes, unificados y diversificados*.

Fouillée critica esta clasificación con acierto, pero al establecer la suya de *sensitivos, intelectuales y voluntarios*, descomponiendo el proceso psíquico en el sentir, el pensar y el querer, muestra no conocer ni el alfabeto siquiera de la psicología positiva.

Pérez, cuyos hermosos trabajos de psicología infantil son tan estimados, ha consagrado un volumen al estudio del carácter, estableciendo seis tipos de caracteres: *vivaces, vivaces ardientes, ardientes, lentos, lentos ardientes y equilibrados*. La clasificación es extraña, y no parece sino que para Pérez no hay más que dos categorías de hombres: los hombres-tortugas y los hombres-águilas, entre los cuales están los equilibrados, mixtos de águila y tortuga.

Alberto Levy, que ha hecho un buen libro sobre los caracteres, desbarra también al clasificarlos en tres grupos: 1.º Los *exclusivos* ó unilaterales, distinguidos por el predominio de la inteligencia, del sentimiento ó de la voluntad. 2.º Los *mixtos*, en los que predomina ya una, ya otra facultad, ó dos si-

multáneamente. 3.º Los *equilibrados*, en los que no se manifiesta ningún predominio. A estos tres tipos de caracteres sanos se agregan luego los morbosos.

Quien ha visto más claro en esta materia es Ribot, quizá por ser un biólogo más que un metafísico. Para él el carácter es innato, uno y permanente, fuera de los *amorfos*, que no tienen propiamente carácter y adquieren el del medio en que viven, y de los *instables*, que carecen de unidad y pasan de un tipo á otro según las circunstancias. Fuera de estas dos categorías, los caracteres se diversifican según el predominio de las funciones animales, y como el proceso de la vida se reduce á sentir placer ó dolor, reobrando en consecuencia, de aquí los dos tipos originarios de caracteres, según en ellos predomina la sensibilidad ó la actividad, pudiéndose hacer un tercer grupo con los apáticos.

Mantegazza toma por regla de clasificación las grandes necesidades del hombre, á las que corresponden otras tantas pasiones, determinando cada tipo de carácter el predominio de una pasión. Ahora bien, las grandes necesidades humanas son: 1.º, amarse á sí mismo (egoísmo); 2.º, amar la propiedad (avaricia); 3.º, amar al otro sexo (amor); 4.º, defender y aumentar la propia superioridad (vanidad); 5.º, amar á los demás hombres (altruísmo); 6.º, amar lo bello (estética, arte); 7.º, amar lo sobrenatural (misticismo, beatería). De aquí los caracteres fundamentales, que son: egoístas, altruístas, eróticos, crisófilos, vanidosos, estéticos y místicos.

A estas siete familias de caracteres hay que agregar otras cuatro, que se distinguen por el modo general de sentir y de obrar: sentir poco ó mucho y reobrar poco ó mucho; de aquí los apáticos, los tímidos, los instables y los batalladores.

Como ensayo de estudio de algunos de estos caracteres presenta Mantegazza el de los estetas y los místicos. La familia estética es eminentemente aristocrática y sumamente estéril. En Italia, con ser el país en que se rinde culto á lo bello, hay muy pocos que puedan clasificarse como estéticos, porque la

mayor parte de los caracteres de esta clase caen en el erotismo ó en el misticismo.

El esteta puro es el hombre que, sobre toda otra necesidad, siente la de rodearse de cosas bellas y si su organismo cerebral lo consiente, de hacerlas. Y como el sér más bello del mundo es la mujer, y el mejor modo de adorarla es poseerla, de aquí que el esteta se convierta casi siempre en erótico. Canova, Miguel Angel, Leopardi, son estetas puros; Byron, Rafael, Fidias, son eróticos. El esteta puro no ama, sin embargo, únicamente á la mujer, sino todo lo bello que hay en el cielo y en la tierra, en las obras de la naturaleza y en las del hombre, en los vestidos con que se cubre y en los muebles de su casa, en los libros que lee, en el papel en que están impresos y en la encuadernación que los conserva. Las cosas feas son para él otros tantos enemigos, y huye de ellos con horror, lo que le expone á flagrantes injusticias y á brutales violencias. Más afortunado que el esteta erótico es el esteta místico; muchas mujeres que en su juventud fueron estetas eróticas, se hacen místicas al enfriarse su amor en la vejez.

Muchísimo se ha escrito sobre la historia de las religiones, pero nada sobre la fisiología del sentimiento religioso, y no es esta la ocasión de hacerlo. Muy diversos son los místicos, nombre que abarca desde Santa Teresa hasta el faquir de la India, desde Manzoni hasta el palurdo analfabeto que se golpea el pecho postrado de hinojos ante los altares; pero todos pueden dividirse en dos grupos naturales: los *místicos intelectuales* y los *afectivos*. El místico intelectual renuncia á explicar lo inexplicable, y cree firmemente en Dios. Para ser místico no es preciso creer en todos los dogmas ni practicar todos los ritos del culto; muchos ni siquiera se confiesan, ni se arrodillan ante la hostia consagrada, siendo verdaderos místicos. Son realmente sorprendentes los artificios de que se valen estos místicos intelectuales para poner de acuerdo su fe con la razón, como cuando Fogazzaro se empeña en demostrar que las doctrinas de Darwin se armonizan con las de Cristo. Los mís-

ticos afectivos son en general, por el contrario, pobres de pensamiento, y la fe es en ellos no sólo el primer consuelo de los dolores de la vida, sino el teatro más grato de sus emociones, sintiendo verdadera voluptuosidad al comparar su pequeñez con la grandeza divina; estos místicos afectivos son la clientela más preciosa para todas las religiones, y sin ellos no sería posible ninguna Iglesia, ni menos ningún laboratorio de industrias religiosas.

### BIOGRAFIA

LOS PERIODISTAS PARLAMENTARIOS FRANCESES.—Los periodistas parlamentarios—dice en la *Revue Bleue* Ernesto Carlos—son buenas gentes, cosa que no puede decirse de todos los parlamentarios ni de todos los periodistas. Y es una injusticia que se les expulse ó poco menos de la literatura. Es cosa corriente que en un salón, un crítico parlamentario tiene mucha menos representación que un crítico dramático, por ejemplo. ¿Por qué? Imposible saberlo. Lo cierto es que los periodistas que siguen el curso de las sesiones de las Cámaras para servir las á trozos á los ciudadanos franceses, no son tan salvajes como se imaginan. Unos son importantes por su posición; otros son verdaderas personalidades literarias; otros son individualidades pintorescas; pero en nuestra época ni siquiera lo pintoresco es despreciable.

*Edgardo Hement*.—Es uno de los más jóvenes decanos de la prensa parlamentaria, el más sencillo y más amable de sus compañeros. Es uno de los periodistas contemporáneos que no ha escrito jamás una línea ni firmado un artículo. Y quizá ese sea el secreto de su fuerza. En sus conversaciones muestra, como un periodista ordinario, buen sentido, saber, conocimiento imperturbable de la vida y de los hombres; tiene hasta talento. Pero todo eso, con ser mucho, no es nada. El rasgo característico de Hement es su importancia. Es más impor-

tante que un Ministro y casi tanto como un hujier del Parlamento.

*Pas-Perdus.*—Su verdadero nombre es Anatolio Claveau; ha escrito mucho y bien, y es el Montaigne parlamentario. Sus escritos pueden releerse. ¡Qué bien matiza! ¡Qué indulgencia tiene, tan inagotablemente burlona! ¡Qué epigramas tan áticos! ¡Qué retratos, que viven en tres líneas!

*Pablo Bosq.*—Es también otro escritor, digno de más extensa reputación; pero ignora el arte del reclamo en que sobresalen los folletinistas de teatros; y si no lo ignora, lo cual es posible, lo desdeña seguramente. Ha creado, ó por lo menos recreado, un género: en el mundo del periodismo es corriente decir: *los Pablo Bosq*, ó bien, «Haga usted un *Pablo Bosq*.» Es un clasicista, y sus artículos están llenos de reminiscencias y citas de los grandes escritores. Sus libros *El Guignol parlamentario* y *Nuestros queridos soberanos*, son documentos llenos de atractivos de la vida parlamentaria.

*Luciano Víctor Meunier* es el último romántico, ó el penúltimo, porque Meunier no puede ser el último en nada. Han representado hasta una pieza suya en el Odeon, y eso demuestra perentoriamente que es un escritor ó un amigo de Pablo Ginisty. Desprecia algo el militarismo imperante, pero tiene la traza de un comandante con permiso ilimitado. Es muy cortés, muy servicial y un excelente compañero.

*Papillaud.*—Se dice Papillaud á secas porque es un nombre tan célebre que todo lo demás queda en la sombra. Es un buen muchacho, de lealtad vehemente y hasta feroz, y con talento por añadidura. La Cámara es su atmósfera; los parlamentarios le echarían mucho de menos si de pronto se encontraran privados de ese adversario que los ataca furiosamente, y que al día siguiente va á darles palmaditas en las espaldas. No tardará en ser diputado, y si no es elocuente, será neto y categórico; no entiende de medias tintas, y está siempre dispuesto á batirse por sus ideas.

..... Tras éstos viene el montón de los periodistas parla-

mentarios, ninguno de los cuales, sin embargo, puede confundirse con la multitud: Augusto Arnaud, verdadera potencia del salón de los Pasos Perdidos, y que sería un diplomático maravilloso; Ernesto Vauquelin, la encarnación del *Petit Journal*, que conoce perfectamente el mundo político, disertando sobre sus complicaciones con graciosa facilidad, elegante precisión y clara dialéctica; Gille, con su mordacidad de buena casa, siempre mesurada y matizada con finura; Esteban Chichet, inteligencia admirablemente organizada, que se conforma con ser periodista por no ser ambicioso, cuando podría ser lo que quisiera; Henry, delicado y conciso, sobresaliendo en el arte de resumir con sobriedad y con relieve. Entre los católicos, la Tour du Villars, amable como un verdadero demócrata, y más todavía; Lagoujine, jovencillo cuyo talento literario es ya notable; Luciano Burlet, con ingenio, algo afectado á veces, y con ese buen tono que se exige siempre en el *Gaulois*; Garapon, excelente filósofo en el que el periodismo no es inferior á la filosofía.

En otro grupo Alberto Gouille, revolucionario melancólico; Vuillaume, el más simpático de los radicales socialistas, el mejor instruido en historia contemporánea, rico siempre en anécdotas significativas; Varenne, que os larga á quemarropa sus opiniones y que tiene una hermosa barba y no poco talento; Valoys, el fino Jorge Hement, Montégut, Aubry y tantos otros.

Así se codean diariamente los escritores que más trabajan en común para formar la opinión en Francia. Un gran salón precede á la tribuna de periodistas; allí se juega al *whist* con gran desprecio de los políticos que ergotizan en la sesión; Pappillaud se ve castigado por su antisemitismo, porque casi siempre le toca de compañero Edgardo Hement, que es judío. Por lo demás están perfectamente de acuerdo, y se entienden mejor que si fueran los dos antisemitas. Al otro extremo de la gran mesa trabaja desde hace treinta años Pedro Baragnon; le llaman «l'Oncle Baragnon» y es el Sarcy del periodismo parlamentario.

## OCULTISMO

EL MÁS ALLÁ.—He leído—dice Luis Capuana en la *Rassegna internazionale* de Roma—la historieta, verdadera ó inventada, de ciertos experimentos espiritistas que hicieron salir de quicio á los asistentes: se trataba de que una noche, prolongada excesivamente la sesión, se oyó una voz que decía: «¡Me ahogo! ¡Aire, aire!...» y se vió salir de un sofá al hombre que estaba allí escondido y que era el encargado de producir todas las maravillas. Sabiendo con qué ligereza se practican tales experimentos, posible es que el hecho sea exacto; pero sabiendo también con qué ligereza se echan á volar noticias semejantes, tampoco sería extraño que el hecho fuera falso.

Cierto ó no, ese y los demás descubrimientos de las habilidades de los *medios* de profesión no disminuyen el valor de los muy serios experimentos que no pueden hacer dudar ya de la existencia del más allá á todo espíritu exento de prejuicios. Hoy llamamos *más allá* al mundo que huye de nuestros sentidos ordinarios, dejando á los teólogos el uso de lo *sobrenatural* para evitar equívocos.

Entre las fotografías á través de los cuerpos sólidos y las de seres invisibles obtenidas por medio de rayos todavía desconocidos y con especiales máquinas orgánicas, la diferencia se reduce á bien poco. Y mostraría gran superficialidad de observación el que quisiera negar la realidad de las fotografías espiritistas, únicamente por ser conocido el modo de falsificar este fenómeno. Personas serias é ilustradas, adoptando todas las precauciones imaginables, han visto aparecer en las placas fotográficas semblantes de personas muertas hace años de las que no existía ninguna fotografía ni dibujo, y reconocidos como sumamente parecidos por sus amigos y parientes.

El ignorarse todavía cómo se obtienen las verdaderas fotografías espiritistas, no es razón suficiente para dudar de su

existencia; y fuerza es aceptar ese calificativo hasta que se sepa positivamente si se trata de imágenes objetivas reveladas por luminosas y misteriosas proyecciones del organismo humano, ó quizá de no menos misteriosas materializaciones del pensamiento del *medio*, como pretenden los que á toda costa se empeñan en negar todo fenómeno de supervivencia. Esta explicación, aunque ingeniosa y sutil, es arbitraria, siendo mucho más racional y hasta más científica la primera, sobre todo después del descubrimiento de los rayos X.

Natural es que la ciencia se muestre desconfiada ante fenómenos semejantes; pero una cosa es la desconfianza prudente y otra la negativa á prestar atención, so pretexto de tratarse de lo imposible; el límite de lo posible no lo ha señalado nadie. En casa de una familia siciliana servía una vieja que pasaba por algo alucinada, porque mientras andaba en los quehaceres domésticos, murmuraba como si hablara con alguien, decía que veía fantasmas, y anunciaba frecuentemente lo que había de suceder, acertando siempre; su amo una noche se encerró en su cuarto para escribir una poesía con motivo del anunciado y próximo alumbramiento de la Reina María Cristina de Saboya, mujer de Fernando II, y cuando estaba para terminar su poética labor, de la que no había hablado con nadie, sintió que llamaban á la puerta de su habitación, encontrándose con que era la criada.

—¿Qué quieres?—la dijo.

—Nada—respondió la vieja.—Vengo únicamente para advertirte que es inútil que hagas la poesía á la Reina. Ha muerto de parto hace pocas horas. La he visto. Y dió tales detalles de todo lo sucedido, que su amo llegó á dudar. Tres días después se recibió el periódico oficial con la noticia de la muerte y los mismos pormenores contados por la vieja.

Hechos semejantes á éste, claro es que no pueden reproducirse en los laboratorios para el estudio de los sabios; pero ponerlos en duda, cuando las personas que los certifican reúnen las mayores garantías de veracidad, sería desconfianza injus-

tificable. No puede afirmarse que muchísimos fenómenos atribuidos hoy á seres que llamamos convencionalmente espíritus, no puedan hacerse entrar en la categoría de hechos físicos debidos á causas inexplicadas, pero explicables con el tiempo, de nuestro organismo. Lo inexplicable es la obstinación de quienes se empeñan en negar la posibilidad de la supervivencia del individuo, y..., digamos la palabra, su inmortalidad.

Se ha dicho que el siglo xx será llamado triunfalmente el siglo de la electricidad; pero hay indicios de que puede llegar á merecer otro nombre más glorioso. Y nada se habrá cambiado por eso en el orden científico; sólo que los futuros diccionarios explicarán diversamente el significado, ahora demasiado metafísico y teológico, del vocablo *sobrenatural*, ó relegarán esta palabra al grupo de las desusadas.

\*  
\* \*  
\*

LA VIDA EN LOS CRISTALES.—Cerca de diez y ocho años hace que Oton de Schrön, profesor de Anatomía patológica en la Universidad de Nápoles, continúa con la calma paciente y serena de los «seguros»—como dice en *La Nuova Parola* G. Colazza—sus investigaciones experimentales sobre la vida en los cristales, llegando á resultados tan extraordinarios que abren á la ciencia nuevos y vastísimos campos de estudio.

Schrön no se dedicó expresamente á este trabajo sino á consecuencia de sus estudios bacteriológicos. Empleando medios microfotográficos que le permitían tener imágenes con 400.000 diámetros de aumento, llegó á caracterizar nuevos modos de generación en las bacterias, tales como el caso en que la espora, después de salir del bacilo generador, empieza por un proceso íntimo germinal á llenarse de bacilos isodiamétricos, y se convierte en una cápsula que, en un momento dado, y por la presión de su contenido acumulado, estalla como una granada lanzando á corta distancia los nuevos microbios, ó como el caso del bacilo que se separa de una cadena de

bacterias, adoptando forma utricular; el bacilo-vírgula del cólera no es más que una fase de esta formación.

Durante este período de vida activísima se elaboran especiales productos de secreción, entre los que Schrön ha distinguido cuatro sucesivos: 1.º, un producto seroso límpido; 2.º, un producto gaseoso que sale al exterior en forma de burbujas; 3.º, una sustancia albuminoídea, finamente granulosa, que no polariza la luz ni cristaliza; 4.º, otra sustancia albuminoídea que, ya en estado amorfo polariza, y luego cristaliza en formas constantes, según las bacterias de que deriva. Estos cristales muestran fenómenos vitales, que fueron los que despertaron la atención de Schrön, el cual anotó la primera diferenciación, observada por la aparición de elementos rotundeantes (petroblastos) con dos aspectos de color, blanco y negro, que han sido distinguidos con los nombres de protolitoplasma y deutero-litoplasma. El movimiento en estos cristales es en forma de ondas vibrantes interiores (endocristalinas), en torno (epicristalinas) y en la superficie (pericristalinas), y es tan activo que desarrolla calor bastante para ablandar la gelatina del cultivo.

No se trata en estas manifestaciones vitales de los cristales de una verdadera vida orgánica; pero, así y todo, los fenómenos observados y los hechos recogidos son de tal importancia y trascendencia, que merecen ser estudiados detenidamente, constituyendo una nueva fase de la Cristalografía y de la Química.

## PSICOLOGIA INFANTIL

LOS REBELDILLOS.—«Los niños autómatas—dice en *La Revue*, de París, Lino Ferriani—no existen, digan lo que quieran los que han estudiado al niño en su gabinete sin abrir el gran libro de la Naturaleza: bajo esa blusita y esos pantalones cortos hay un hombre con todas las pasiones humanas, tanto más terribles cuanto menos freno haya encontrado en

la educación recibida. Ante un niño, jamás debe olvidarse nadie de que se trata de un hombre, «aunque sea en miniatura.»

El problema psíquico de la rebelión en la infancia es más arduo de lo que parece, pues el educador no debe admitir ni un niño que sea voluntarioso, intolerante, ni un santito que con todo se resigna. Todos los niños, salvo raras excepciones, tienen marcadas tendencias á sublevarse; los niños son revolucionarios, como se ve en sus juegos, cuando se creen libres. Pero precisamente en sus momentos de expansión, cuando puede fotografiarse á lo vivo su estado psíquico y sus fuerzas evolutivas, es cuando se les deja abandonados, sin estudiarlos ni observarlos. El niño debe ser dirigido y vigilado en sus juegos sin que siquiera lo sospeche, y para ello nada mejor que mezclarse en sus diversiones, como hacen hoy los mejores pedagogos.

El instinto de la rebelión es en el niño poderosísimo, precisamente por el arraigo que en su espíritu tiene el sentimiento de la *justicia*; quiere una cosa, se la niegan, y la negativa le parece una injusticia, contra la cual se subleva. Es evidente que cuanto más penetra en el sér colectivo el concepto de la justicia, más aumenta el sentimiento de rebelión contra todo lo injusto. Donde se ve mejor este efecto es en la vida escolar, cuando un niño cree lesionados sus derechos; entonces se subleva; si es atrevido, protestará en alta voz y llegará hasta la insolencia; si es tímido, la rebelión tomará otro camino interior, engendrando el odio y la venganza con la perfidia y la traición, que son las armas de los débiles y de los cobardes. ¡Desdichado maestro el que no sabe ser justo, y, creyendo que produce una colección de seres inofensivos, no hace más que sembrar rebeldes y traidores!

¿Quién es el mejor juez de la bondad, del saber y de la equidad de un maestro? Sus propios discípulos; podrán equivocarse, pero rara vez y muy poco. ¿Quién no conoce sus rebeliones individuales ó colectivas? Gestos de desdén, bolitas de papel lanzadas durante la lección, dibujos injuriosos, man-

chas de tinta, pateaduras, estornudos, toses ó manifestaciones colectivas en la calle; todo eso es fruto legítimo de las injusticias que comete y que le hacen víctima de sus oprimidos. De 100 niños observados, todos con instintos rebeldes, 25 son más indisciplinados que los demás; pues esos 25 han tenido que sufrir, en su casa ó en la escuela, alguna injusticia.

Lino Ferriani ha abierto una información entre doce niños de carácter francamente rebelde; he aquí las respuestas que han dado á sus preguntas: 1.º Mejor quiero un bofetón que una injusticia. 2.º En la escuela todos deben ser iguales. 3.º Detesto la injusticia. 4.º Pegar á un niño es una cobardía: fortuna tiene el maestro para que yo no le devuelva su punta-pié. 5.º Cuando yo sea grande ya me vengaré de las injusticias que ahora me hacen en la escuela. 6.º Amo la justicia. 7.º No sé lo que es la justicia, pero sé que no aguanto la injusticia. 8.º Mi compañero Luis lo soporta todo; pero yo no, porque la injusticia me descorazona. 9.º Cuando sea grande seré revolucionario. 10 Rabio cuando me quitan la razón y sé que la tengo. 11 Cuando el maestro es injusto me dan ganas de desgarrar todos mis libros y enviar al diablo mis estudios. 12 Cuando veo que me maltratan injustamente, me siento con el coraje de un león.

No menos características son las respuestas de cuatro niños, hijos de criminales violentos, en las que brilla el factor hereditario perfeccionado por el medio ambiente: 1.ª No, no aguanto las injusticias; soy capaz de agañotar al que me las haga. 2.ª Soy chico, pero ya creceré y me vengaré de todos los malos tratos que me hace sufrir mi hermano. 3.ª Me maltratan, y tengo el derecho de sublevarme y de defenderme á pedradas. 4.ª Cuando me las tengo que ver con personas injustas, quisiera tener un fusil para matar al que comete una injusticia.

También son dignas de atención las respuestas de cuatro niñas, hijas de padres normales, pero en cuya casa estaba algo abandonada la educación; una de ellas había sido echada de

la escuela por su carácter violento, y en lugar de volver á su casa anduvo errante diez horas por las calles; obligada al arrepentimiento y á pedir perdón á la maestra, tuvo calentura y convulsiones, que se renovaban en cuanto se pronunciaba la palabra escuela: 1.<sup>a</sup> Mejor quisiera morir que pedir perdón. 2.<sup>a</sup> La injusticia me da deseos de arañar á todo el mundo. 3.<sup>a</sup> Mi mayor disgusto es ver á una niña bien vestida cuando yo estoy llena de harapos; eso es injusto. 4.<sup>a</sup> Cuando me maltratan siento en el corazón como un puñado de agujas que me pican, y entonces necesito romper todo lo que tengo á mano; un día, rabiosa, rompí la cabeza á mi única muñeca, que tanto quería.

Este último caso es el colmo, porque romper la muñeca querida, que es el alma, la confidente, la hija de la niña, que conoce todos sus secretos, sus alegrías, sus tristezas y sus decepciones, es señal de que un drama psicológico violento ha sacudido aquel organismo. El acto de rebelión, cuando llega á esa exageración, no debe reprimirse con castigos, sino que debe ser tratado por un médico. Esa exageración puede ocultar el principio de una enfermedad nerviosa, un desfallecimiento del poder volitivo, un indicio epiléptico, un desequilibrio cerebral; hay que acudir á la medicina y hojear todo el repertorio del amor maternal para llegar á la curación.

Todo niño, y fuerza es repetirlo, tiene el instinto de la rebelión, y si echamos una ojeada sobre la historia de las revoluciones y motines populares, veremos siempre que entre los amotinados más virulentos, chillones y osados, están las mujeres y los niños. Si el niño, pues, está inclinado á la rebelión, la educación debe refrenar el temperamento eruptivo por sistemas racionales, dulcificando lo que el carácter tiene de anguloso. El estudio asiduo del niño, basado en el amor, debe tender á dirigir esas sanas energías rebeldes por la vía de esa noble fraternidad humana que Cristo enseñó al mundo con su ejemplo y su martirio. Y no se olvide que el gran remedio para disminuir el número de los sublevados es no ser injustos con

ellos; severos cuando sea preciso, pero siempre justos; así desaparecerán los impulsivos extraviados y los tartufos insidiosos.

### IMPRESIONES Y NOTAS.

LA NUEVAYORKITIS.—Es una nueva enfermedad que padecen especialmente los habitantes de Nueva York, según afirma el Dr. Girdner, que hace veinticinco años viene estudiándolos con el mayor cuidado y que acaba de publicar un libro como resultado de sus observaciones.

La nuevayorkitis se revela cerebralmente por una megalomania más perniciosa que la hipertrofia mental de los bostonianos y que la elefantiasis de los naturales de Chicago. Sus síntomas morales son la existencia de sentimientos débiles, de escasa duración y raros. Como síntomas físicos pueden señalarse la rapidez y nerviosidad de los movimientos y la inutilidad de la mayor parte de éstos. Como tratamiento, se recomienda la cura de aire y de luz aplicada al cerebro y al corazón.

Podría hacerse notar al Dr. Girdner, como lo hace Candiani, que la nuevayorkitis que pretende haber descubierto y ser privativa de Nueva York, es endémica desde hace medio siglo en toda aglomeración de más de cincuenta seres humanos.

\* \* \*

LA MEJORA DE LA ESPECIE HUMANA.—Francisco Galton ha descubierto el medio, infalible según él, de mejorar la especie humana sin tener que recurrir al añejo medio espartano de suprimir los niños mal nacidos, y sin prohibir el matrimonio entre personas degeneradas ó enfermas, ni menos esterilizar á estas personas para evitar la propagación de enfermedades y vicios hereditarios.

Galton no es un desconocido; sus trabajos de antropología y demografía le han formado una reputación en los países de lengua inglesa, y su sistema de mejoramiento se basa en cálculos serios debidamente comprobados.

Estableciendo una escala de perfeccionamiento de 1 á 10, puede afirmarse que de cada 10.000 personas hay 35 cuyo valor intelectual, moral y físico está representado por 1, el minimum de la escala, y otras 33 cuyo valor llega al maximum de 10; aquéllos son los seres inferiores, y éstos los superiores de la especie humana; los casi superiores que entran en el grupo 9 son 180, los que entran en el 8 son 672, y los casi nulos vienen á ser también 180 del 2 y 672 del 3; al número 5 corresponde la masa mayor, 2.500 personas.

El problema se reduce á lograr la multiplicación de los matrimonios en las últimas categorías, de 7 á 10. ¿Cómo? Persuadiendo á los hijos que nazcan de padres cuyo coeficiente sea superior á 6, de que su ideal consiste en casarse muy jóvenes, á los veintidós años cuando más, y á que no se casen sino con personas que tengan el mismo coeficiente, apelando para ello á la religión, al patriotismo, á todos los medios de que pueda disponerse. Con este mismo propósito, las leyes deben velar por la mejora de la raza, otorgando exenciones y privilegios á los matrimonios que realicen este ideal, protegiéndolos con rebajas en las contribuciones, pensiones y cargos en la Administración pública, etc. De este modo se estimularía la formación de hermosas y sanas parejas, cuya descendencia sería firme garantía de prosperidad para la raza.

\*  
\* \*

EN BUSCA DE UN ALIMENTO IDEAL.— La leche ha sido estimada siempre como el alimento que la previsora Naturaleza ha puesto á disposición de los niños; pero no todas las leches son iguales, y la de mujer, por ejemplo, tiene más azúcar y menos caseína que la de vaca. Para obtenerla igual se diluyó

la de vaca en agua, adicionándola azúcar, pero no por eso se obtuvieron mejores resultados. ¿Por qué? Porque la leche de vaca, al ser entregada al consumo, está plagada de microbios; se mató á los microbios haciendo hervir la leche, y se tuvo la leche esterilizada, que llenó de entusiasmo á los médicos y á las madres. Pronto, sin embargo, hubo que bajar el diapasón de los elogios, sobre todo cuando se conoció la llamada enfermedad de Barlow ó escorbuto infantil, reconociéndose que la leche esterilizada no era el alimento ideal, á pesar de no tener microbios y de poseer la misma composición que la leche de mujer.

¿En qué consistía la diferencia? He aquí lo que — según el Dr. Romme nos participa en *La Revue* de París — han descubierto, tras pacientes investigaciones, el profesor Hutinel y su discípulo Nobecourt, al encontrar en la leche de mujer *fermentos solubles* que no existen en las leches de vacas ni de cabras. Teóricamente ya había establecido el Dr. Escherich la necesidad de la existencia de estos fermentos; pero hasta los trabajos de Hutinel y Nobecourt no se había demostrado que existiesen.

La leche de mujer, según estos sabios, encierra fermentos oxidantes que transforman la grasa en glicerina, é hidratantes, que cambian en azúcar el almidón. De estos fermentos, unos son comunes, variando las proporciones, á todas las leches, y otros son especiales de la leche de mujer; únicamente la leche de burras posee los mismos fermentos que la leche de mujer. Ahora bien, ya hacía tiempo que estaba demostrado que sólo los niños criados con leche de burras se desarrollaban como los criados con leche de mujer. Así se explica ya este hecho, como se explica que la leche esterilizada ó hervida no dé perfecto resultado, puesto que el calor destruye esos fermentos, sin los cuales los tejidos se nutren mal.

Sabido esto, la conclusión era fácil, y Spolverini ha publicado hace meses curiosos experimentos que muestran que, modificando el régimen alimenticio de un animal lechero, se

le puede hacer fabricar leche que contenga los mismos fermentos que la de mujer. Una cabra que sometió á su régimen ordinario añadiéndola cebada en germinación, dió al cabo de un mes una leche que encerraba aquellos fermentos; repetido este experimento en vacas y en cabras, se ha obtenido idéntico resultado. Si estos experimentos se confirman, puede afirmarse que se ha encontrado el alimento ideal, buscado desde hace tanto tiempo por los médicos.

\*  
\* \*

LA SOCIEDAD «CERVANTES».—Un uruguayo, entusiasta de Taine y de Cervantes, ha publicado en Montevideo un opúsculo de propaganda para lanzar al mundo una hermosa idea: la de organizar una Sociedad internacional que, con el título de *Sociedad Cervantes*, se extienda á todos los países de habla castellana, con el noble propósito de mantenerlos unidos por el culto al insigne autor del *Quijote* y por la fe en el porvenir de la raza que inspiró tan magnífica creación literaria.

El autor de la idea es D. Alberto Nin-Frías, y como fines y bases de la Sociedad propone la fundación de una ciudad con el nombre de Cervantes; la celebración de un banquete anual el 7 de Octubre, fecha del natalicio del gran hablista; la creación de tres premios anuales para las tres mejores obras hispanoamericanas; de un premio trienal á la mejor obra sobre Cervantes ó el *Quijote*; de otro premio anual al individuo ú obra que hubiera logrado acercar á los países de habla cervantina mediante tratados, asociaciones ó leyes; la institución de solemnes fiestas quinquenales que durarán siete días, formando la *Semana Cervantes*; la celebración cada quince años de un gran Congreso social, y la celebración anual de una *conversazione*, ó sea reunión de los socios y sus familias para asistir á un *promenade concert* ó algo equivalente, dándose además mensualmente una conferencia sobre el *Quijote* ú otra obra de Cervantes.

De perlas nos parece la idea, y no hay que decir con cuánto placer celebraremos su más cumplido éxito. Pero ¿no podía el Sr. Nin-Frías sustituir con algo más castizo y cervantesco esa *conversazione* y ese (llamémosle *ese*, aunque en francés sería *esa*) *promenade concert* con que quiere amenizar las reuniones de socios? ¿Es que no tenemos en castellano las palabras *tertulia* y *paseo concierto* para expresar la misma idea, sin tener que mendigar ni tomar prestados vocablos exóticos, cuando el préstamo no es de absoluta necesidad?

Fuera de esto, cuente el entusiasta cervantista con nuestro sincero aplauso y ¡adelante con la magna obra!

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

**Manuale della beneficenza**, del Dott. Luigi Castiglioni.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1901.—Un volumen de 340 páginas, 3,50 liras.

Empleando el método llamado dogmático, consistente en exponer una serie de disposiciones legales vaciándolas en un molde ó plan sistemático formado previamente, el Dr. Castiglioni presenta en este *Manual* un tratado orgánico y completo de la beneficencia de su país, ó sea de la legislación vigente en Italia, en lo relativo á las distintas ramas ó manifestaciones de la beneficencia.

El libro este ofrece, por tanto, interés, en primer término, para los italianos, pero también lo tiene general y para todo el mundo, ya porque las cuestiones en él tratadas se presentan poco más ó menos del mismo modo en todos los países á que damos el calificativo de cultos, ya también porque el autor no se limita á dar cuenta de los preceptos legislativos existentes en Italia sobre cada uno de los problemas de que va ocupándose, sino que mezcla á menudo con tal exposición abundantes observaciones y consideraciones doctrinales. Además, la obra contiene una introducción en que se estudia—muy sobria y discretamente por cierto—el punto general (y no ya exclusivo de Italia) tocante á las relaciones entre el Estado y la beneficencia, carácter de ésta é intervención que en ella debe tener el poder público.

P. DORADO.

**La loi sur le régime des aliénés.** Discours prononcé à l'audience solennelle de rentrée de la Cour d'appel de Bruxelles, le 2 Octobre 1899, par M. H. Willemaers, Procureur général.—Bruxelles, 1899.—Folleto de 58 páginas.

**Les aliénés criminels.** Discours prononcé à l'audience solennelle de rentrée de la Cour d'appel de Bruxelles, le 1<sup>er</sup> Octobre 1900, par M. H. Willemaers, Procureur général.—Bruxelles, 1900.—Folleto de 84 páginas.

M. Willemaers ha estudiado bien, en general, pero muy singularmente en cuanto se refiere á su país, la cuestión de los alienados y de la situación de los mismos desde el punto de vista jurídico, así en lo que se refiere á los alienados criminales como en lo que toca á los alineados no criminales ó inofensivos.

Al examen de la situación legal de estos últimos está dedicado el discurso de apertura del Tribunal de Apelación de Bruselas en 1899. En este discurso, su autor, después de hacer algunas indicaciones sobre lo que él llama «indiferencia, incertidumbre y caos» dominantes en Bélgica antes de 1850, en lo que atañe al tratamiento de los locos, y después de recordar brevemente las disposiciones legislativas que regulaban tal estado, expone y comenta los principales preceptos de la ley de 18 de Junio de 1850, que completada y modificada por otra de 1873, constituye todavía en sus fundamentos la legislación vigente en Bélgica. M. Willemaers nos enseña en este escrito qué clases de establecimientos son los que pueden albergar á los alienados, y con qué condiciones, qué autoridades pueden decretar la reclusión en ellos y la salida de los mismos, etc.

En el otro discurso se ocupa el autor, con claridad y orden, de los locos que cometen delitos, de su responsabilidad y del tratamiento á que debe sometérselos. Da cuenta con este motivo de las discusiones habidas durante los últimos años en Congresos y reuniones varias (fijándose especialmente en las

belgas) respecto á si los locos delincuentes deben ser enviados, para someterles al conveniente tratamiento curativo y defensivo, á los asilos ordinarios, ó á secciones especiales creadas para ellos en los mismos, ó á particulares asilos erigidos *ad hoc*. M. Willemaers se adhiere á esta última solución. Discute igualmente los problemas relativos á saber qué individuos han de ser sometidos al tratamiento propio de los locos criminales: si todos los locos, cualquiera que sea el hecho punible que hayan realizado, ó sólo los autores de delitos graves, de crímenes, ó aquellos que los jueces competentes decidan, debiendo, en lo tanto, quedar entregado por completo este asunto á su discrecional arbitrio. Tampoco se olvida el autor de considerar el tema desde el punto de vista de la libertad individual, haciéndose cargo de los peligros que ésta pudiera correr dando sumas facilidades á los jueces ó á las autoridades administrativas para ordenar la reclusión de los locos á título de individuos meramente peligrosos: v. gr., de aquellos que no hubieran cometido delito alguno, pero de quienes se temiese que podían cometerlos, á juzgar por sus antecedentes, por su conducta irregular, etc.

P. DORADO.

## INDICE

---

|                                                                                                          | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>High-life</i> (novela), por la Baronesa de Suttner.....                                               | 5            |
| <i>Poetas americanos: Rimas</i> , por Leonidas Pallares Arteta.....                                      | 44           |
| <i>El problema religioso en España</i> , por Edmundo González-Blanco..                                   | 46           |
| <i>La historia en el drama Ruy Blas de Víctor Hugo</i> , por A. Morel-Fatio .....                        | 66           |
| <i>Antecedentes históricos y estado actual del problema obrero en España</i> , por Práxedes Zancada..... | 106          |
| <i>Historia de los perfumes</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig.....                                      | 139          |
| <i>Educación y enseñanza</i> , por Adolfo Posada.....                                                    | 150          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                  | 166          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                    | 177          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado .....                                                        | 202          |

# VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                          |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                      |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p>Jorge Sand, por Zola, 1 pta.<br/>Victor Hugo, por idem, id.<br/>Balzac, por id., id.<br/>Alfonso Daudet, por id., id.<br/>Sardou, por id., id.<br/>Dumas (hijo), por id., id.<br/>G. Flaubert., por id., id.<br/>Chateaubriand, por id., id.<br/>Goncourt, por id., id.<br/>Musset, por id., id.<br/>El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 ptas.<br/>Núñez de Arce, por M y Pelayo, 1 pta.<br/>Ventura de la Vega, por Valera, id.<br/>Teófilo Gautier, por Zola, id.</p> | <p>Sainte-Beuve, por Zola, id.<br/>Concepción Arenal, por Pedro Dorado, id.<br/>Heine, por Teófilo Gautier, idem.<br/>Ibsen, por L. Passarge, id.<br/>Taine, por Bourget, 50 céntimos.<br/>Bretón, por Molins, 1 pta.<br/>Campoamor, por E. Pardo Bazán, id.<br/>Fernán-Caballero, por Asensio, id.<br/>E. Zola, por Maupassant y Alexis, id.<br/>Mouton (Mérimé), por Bergeret, id.</p> | <p>Hartzenbusch, por Guerra, 1 pta.<br/>Cánovas, por Campoamor, idem.<br/>Alarcón, por E. P. Bazán, id.<br/>Zorrilla, por Fernán-Flor, idem.<br/>Stendhal, por Zola, id.<br/>M. de la Rosa, por M. y Pelayo, id.<br/>Ayala, por J. O. Picón, id.<br/>Tamayo, por Fernán-Flor, idem.<br/>Trueba, por Becerro de Bengoa, id.<br/>Lord Macaulay, por Gladstone, id.</p> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

## COLECCION DE LIBROS ESCOGIDOS A TRES PESETAS TOMO

- |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                    |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.</li> <li>2. Barbey d'Aurevilly, El Cabeceilla.</li> <li>3. Tolstoy, Marido y mujer.</li> <li>4. Wagner, Recuerdos de mi vida.</li> <li>5. Tolstoy, Dos generaciones.</li> <li>6. Goncourt, Querida.</li> <li>7. Tolstoy, El Ahorcado</li> <li>8. Turgeneff, Humo.</li> <li>9. Zola, Las Veladas de Médan.</li> <li>10. Tolstoy, El Principe Nekhli.</li> <li>11. Goncourt, Renais Mauperrin.</li> <li>12. Barbey, El dandismo.</li> <li>13 y 14. Daudet, Jack.</li> <li>15. Tolstoy, En el Cáucaso.</li> <li>16. Turgueneff, Nido de hidalgos.</li> <li>17. Zola, Estudios literarios.</li> <li>18. Cherbuliez, Miss Rovel.</li> <li>19. Renán, Mi infancia y mi juventud.</li> <li>20. Tolstoy, La Muerte.</li> <li>21. Goncourt, Germinia, Lacerieux.</li> <li>22. Daudet, La Evangelista.</li> <li>23. Zola, La Novela experimental.</li> <li>24. Flaubert, Un corazón sencillo.</li> <li>25. Turgueneff, El Judío.</li> <li>26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.</li> <li>27. Stuart Mill, Mismemorias.</li> <li>28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.</li> <li>30. Zola, Mis odios.</li> <li>31. Dostoyuski, La casa de los muertos.</li> <li>32. Zola, Nuevos estudios literarios.</li> <li>33. Dostoyuski La Novela del presidio.</li> <li>34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol.</li> <li>35. Zola, Estudios críticos.</li> <li>36 y 37. Campe, Historia de América.</li> <li>38. Daudet, El Sitio de París.</li> <li>39. Asensio, Pinzón.</li> <li>40. Cherbuliez, Amores frágiles.</li> <li>41. Heine, Memorias.</li> <li>42. Ferri, Antropología criminal.</li> <li>43. Ibsen, Casa de muñeca.</li> <li>44. Goncourt, La Elisa.</li> <li>45. Lombroso, Antropología y osiquiatría.</li> <li>46. Daudet. Novelas del lunes.</li> <li>47. Turgueneff, El Rey Lear de la Estepa.</li> <li>48. Tolstoy, Los Cosacos.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>49. Sainte-Beuve, Tres mujeres.</li> <li>50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.</li> <li>52. Tolstoy, Iván el Imbécil.</li> <li>53. Ibsen, Los Aparecidos.</li> <li>54. Balzac, Eugenia Grandet.</li> <li>55. Ramillete de cuentos.</li> <li>56 y 57. Renán, Memorias íntimas.</li> <li>58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.</li> <li>59. Daudet, Cartas de mi molino.</li> <li>60. Turgueneff, Un Desesperado.</li> <li>61. Goncourt, La Faustín.</li> <li>62. Balzac, Papá Goriot.</li> <li>63. Tolstoy, El Canto del cisne</li> <li>64. Coppée, Un idilio.</li> <li>65. Caro, El Suicidio y la civilización.</li> <li>66. Taine, Filosofía del arte.</li> <li>67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.</li> <li>69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas.</li> <li>70. Sofía Gay, Salones célebres.</li> <li>71. Tolstoy, El Camino de la vida.</li> <li>72. Lombroso, El Hipnotismo.</li> <li>73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.</li> <li>74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.</li> <li>75. Tolstoy, Placeres viciosos.</li> <li>76. Balzac, Ursula Mirouet.</li> <li>77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo.</li> <li>78. Schopenhauer, Estudios escogidos.</li> <li>79. Campoamor, Dolores y humoradas.</li> <li>80. Turgueneff, Primer amor.</li> <li>81. Tolstoy, El Trabajo.</li> <li>82. Tesoro de Cuentos.</li> <li>83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.</li> <li>84. Sardou, La Perla negra.</li> <li>85. Tolstoy, Mi confesión.</li> <li>86 y 87. Zola, El Doctor Pascual.</li> <li>88. Kropotkin, La Conquista del pan.</li> <li>89. Turgueneff, Aguas primaverales.</li> <li>90. Tolstoy, Los Hambrientos.</li> <li>91. Cherbuliez, Paula Meré.</li> <li>92. Ferrán, Obras completas.</li> <li>93. Cherbuliez, Metu Holdenis</li> <li>94. Tolstoy, ¿Qué hacer?</li> <li>95. Idem, Lo que debe hacerse</li> <li>96. Taine. El Arte en Grecia.</li> <li>97. Turgueneff, Demetrio Rudin.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>98. Gautier, Las Bombas prusianas.</li> <li>99. Lubbock, La Vida dichosa.</li> <li>100. Daudet, Tartarin en los Alpes.</li> <li>101. Taine, El Ideal en el arte.</li> <li>102. Caro, Costumbres literarias.</li> <li>103. Taine, Nápoles.</li> <li>104 y 105. Idem, Roma.</li> <li>106. Idem, Florencia.</li> <li>107. Idem, Venecia.</li> <li>108. Idem, Milán.</li> <li>109. Tarde, Estudios penales sociales.</li> <li>110. Barbey d'Aurevilly, Verganza de una mujer.</li> <li>111. Balzac, César Birotteau.</li> <li>112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.</li> <li>113. Tolstoy, Mi infancia.</li> <li>114. Arnold, La critica en la actualidad.</li> <li>115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.</li> <li>116. Varios autores, Cuentos escogidos.</li> <li>117. Tolstoy, La Escuela de Yasnaya Poliana.</li> <li>118. P. Merimée, Colomba.</li> <li>119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.</li> <li>120. Barbey, Las Diabólicas.</li> <li>121. Gautier, Nerval y Baudelaire.</li> <li>122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.</li> <li>123. Turgueneff, El Reloj.</li> <li>124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.</li> <li>125. Daudet, Cuentos y fantasías.</li> <li>126. Tolstoy, Mi juventud.</li> <li>127. Caro, Littré y el Positivismo.</li> <li>128. Zola, Los Hombros de la marquesa.</li> <li>129. Goncourt, La Señora Gervaisais.</li> <li>130. Baudelaire, Los Paraísos artificiales</li> <li>131. D'Aurevilly, La Hechizada</li> <li>132. Gautier, Madama de Girardin y Balzac.</li> <li>133. Mis perlas, por Merimée.</li> <li>134. Tchong-Ki-Tong, La China contemporánea.</li> <li>135. Lombroso, Ultimos progresos de la Antropología.</li> <li>136. Stendhal, E Amor.</li> <li>137. Turgueneff, Padres é hijos.</li> <li>138. Stendhal, Curiosidades amatorias.</li> <li>139. Turgueneff, La Guillotina.</li> <li>140. Caro, El Derecho y la fuerza.</li> </ol> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

# BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFIA E HISTORIA

- Aguzado.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alejandro.**—Cartas amorosas, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Antoine.**—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 150.
- Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 ptas.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Bunge.**—La Educación, 12 ptas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
- Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Michol y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
- Champeomunale.**—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Derado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elhira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Elzbacher.**—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Nombres simbólicos, 4 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Fleot.**—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 8 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 ptas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 ptas.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Geneourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La du-Barry, 4 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extran-
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumpowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura de Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 250 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lencke.**—Estética, 8 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Seilán), 3 pts.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fiorenti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.
- Maudica.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.—Historia de las Religiones, 8 pesetas.
- Meneval y Chantelance.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 pesetas.
- Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 ptas.—Derecho Civil, dos tomos, 15 ptas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios

escogidos, 3 ptas.—El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte), 10 pesetas.

**Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

**Sohm.**—Derecho privado romano, 14 ptas.

**Spencer.**—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

**Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.

**Stirner.**—El Unico y su propiedad, 9 ptas.

**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.

**Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

**Taine.**—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Los filósofos

del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.

**Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.

**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.

**Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.

**Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Baucés, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Pío, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Serna, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sella, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

**Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.

**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

**Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.

**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

**Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 ptas.

**Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

## OBRAS RECIEN PUBLICADAS

POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

**Virgili:** Manual de Estadística, 4 pesetas.—**Todd:** El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.—**Eltzbacher:** El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 ptas.—**Stirner:** El Unico y su propiedad, 9 pesetas.—**C. Ellis Stevens:** La Constitución de los Estados Unidos, 4 ptas.—**Spencer:** Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 7 pesetas.—**Schopenhauer:** El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte) 10 pesetas.—**George:** Protección y libre cambio, 9 ptas.—**Ruskin:** Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.—**Taine:** Historia de la literatura inglesa. La Edad Moderna, 7 pesetas.—**Ricci:** Derecho Civil, dos vols., 15 ptas.—**Nietzsche:** Humano, demasiado humano, 6 pesetas.—**Finot:** Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.—**Boccardo:** Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.—**Carlyle:** La Revolución francesa, tomo II, La Constitución, 8 ptas.—**Novicow:** Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—**Wilson:** El Gobierno Congresional; Régimen político de los Estados Unidos, 5 pesetas.—**Fitzmaurice-Kelly:** Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.—**Concourt:** La du-Barry, 4 pesetas.—**Taine:** Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—**Champcommunal:** La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado, 10 pesetas.—**Starcke:** La familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.—**Caró:** La filosofía de Goethe, 6 ptas.—**Spencer:** La Moral de los diversos pueblos y la Moral personal; 3.<sup>a</sup> edición, 7 pesetas.—**Lubbock:** El empleo de la vida; 3.<sup>a</sup> edición, 3 pesetas.—**Witt:** Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos, 7 pesetas.—**Novicow:** El porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—**Max Müller:** Historia de las Religiones, 8 pesetas.—**Bunge:** La educación, 12 pesetas.—**Bagehot:** La constitución inglesa, 7 pesetas.—**Laveleye:** El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.—**Nietzsche:** Aurora, 7 pesetas.—**Carlyle:** Revolución francesa, tomo III, 8 pesetas.

# LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XIV

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

### CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.—Fuera de España, un año, cuarenta francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.

-Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO